

# Biblioteca "LUX"

El Centenario de Pestalozzi

en España

POR EL MAGISTRAL DE AVILA

CON PRÓLOGO DEL

Excmo. Sr. D. José M.ª González  
de Echávarri

Catedrático de la Universidad de Valladolid

SENÉN MARTIN

IMPRESOR

AVILA







# El Centenario de Pestalozzi en España

... de las inteligencias

DE TERCER CLASIS

... A ... LA ... Y ...

... DE LA ...

... DE ...



AL  
Divino Maestro Cristo Jesús,

RESPLANDOR ETERNO DE LA GLORIA DEL PADRE,  
HIJO DE DIOS Y REDENTOR DEL MUNDO;

único y supremo pedagogo de la Historia,

EL MÁS PROFUNDO Y EL MÁS SENCILLO,  
«SOLUCIÓN DE TODAS LAS DIFICULTADES»;

Rey de las inteligencias

DE CUYOS LABIOS  
BROTÓ A RAUDALES LA FELICIDAD Y LA VIDA;  
FUNDADOR DE LA CATÓLICA IGLESIA,  
MAESTRA DE NACIONES Y EDUCADORA DE PUEBLOS,  
SIN CUYO CELESTIAL INFLUJO  
LA ESCUELA SE CONVIERTE,  
SEGÚN FRASE DE S. S. PÍO XI,  
EN «CÁTEDRA DE ERROR Y APRENDIZAJE DE VICIOS».

AL

Divino Maestro Cristo Jesús,

RESPIRANDO ETERNO DE LA GLORIA DEL PADRE,  
HIJO DE DIOS Y REDENTOR DEL MUNDO;

único y supremo pedagogo de la historia,

EL MÁS PROFUNDO Y EL MÁS SENCILLO,  
>SOLUCIÓN DE TODAS LAS DIFICULTADES;

Rey de las inteligencias

DE CUYOS FAROS

BRUVA A RADIALES LA VERDAD Y LA VIDA;

FUNDADOR DE LA CATÓLICA IGLESIA,

MAESTRA DE NACIONES Y EDUCADORA DE PUEBLOS,

SIN CUYO CENITAL IMPULSO

LA ESCUELA SE CONVERTE,

SEGÚN BRUVA DE S. TMO XI,

EN CÁTEDRA DE BIENOR Y APRINDIZAJE DE VICIOS.

BIBLIOTECA "LUX"

XIX

*Al Excmo. Sr. Marqués de Benavente, mi querido amigo, cuyo magnífico libro sobre la recepción de Pestalozzi en España me ha servido de guía para el autor*

El Centenario de Pestalozzi en España

POR EL

M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales

CANÓNIGO MAGISTERIAL DE AVILA, CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE SU MAJESTAD

CON CARTA-PRÓLOGO

DEL

Excmo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> González de Echavarri

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



AVILA

Tipografía y Encuadernación de Senén Martín

1927

**CENSURA ECLESIASTICA**

*Nihil obstat*

DR. PETRUS RUIZ,  
Censor.

IMPRIMI POTEST

† **Henricus**, Episcopus Abulensis.  
*Abulæ, 22 Aprilis 1927.*

## CARTA PRÓLOGO

*Señor don Ignacio Navarro Canales,  
Magistral de Avila*

*Ilustre amigo: Como Juana de Arco daba lecciones a los **prudentes de la carne** diciendo que llevaba la paz en la punta de su lanza, así usted rompe con los puntos de su pluma la paz de tantas **vírgenes o varones necios** que en estos días de combate se esfuerzan en no ver peligros y pretenden desarmar al enemigo tributándole alabanzas.*

*Se han repetido con el Centenario de Pestalozzi dos fenómenos que el menos perspicaz puede observar en los momentos actuales. Por un lado la consigna de la descristianización de España proclamando y recomendando la enseñanza neutra cuando se propugna en el orden social la instrucción obligatoria, para que sin radicalismos que pueden asustar, se eleven altares a todos los educadores paganos y ateos.*

*En otro orden, la falta de inquisición en los planes del adversario o la sobra de inconsciencia, conduce a algunos periódicos y revistas católicas o a aquéllos otros que avergonzándose en llamárselo se reciben con aplauso en las familias cristianas, a sumar sus alabanzas a los que tributan los des cristianizadores de oficio. Olvidando los preceptos recientes de los Papas, juzgan de **buen tono** titerario o científico elogiar al autor sin entrar en el fondo de sus obras, pero su actitud sirve para canonizar los vicios de aquél y solemnizar sus desatinos.*

*Está usted, mi buen amigo, fuera del **buen tono** modernista, pero su **disonancia** sabe a ortodoxia y las páginas de este libro son música de martillo que no invita al arrullo de los enemigos de la Iglesia.*

\*\*\*

*Con gran acierto pone de relieve no sólo el laicismo que resplandece en la obra de Pestalozzi sino la ineficacia de sus procedimientos educadores probada con el testimonio de sus contemporáneos. Yo diría más y lo ha dicho usted en otras ocasiones y escritos. Así como a la educación católica se deben las buenas costumbres a la educación sin Dios hay que atribuir el desenfreno de aquellas y la ruina social.*

*Hace pocos años en un Congreso regional en cuya organización y sostenimiento tomaban*

parte activa elementos católicos, la Institución libre de enseñanza consiguió deslizar una conferencia en la que se propugnaba la educación edificada sobre cimientos de los escritores paganos. Se desdeñaba con el silencio a Jesucristo fuente de toda verdad y pureza y en cambio se recomendaba a Platón ocultando sus vicios, y a Séneca millonario de sextercios predicando la frugalidad y después de ensalzar la piedad y la justicia escribiendo la carta de Nerón al Senado disculpándose de la muerte de Agripina.

**Desentonando** de la tranquilidad general tocóme en aquella ocasión romper el fuego y tuve el honor de ver apoyada mi actitud por tres insignes Prelados de la Iglesia española, los más interesados en ello por su jurisdicción y naturaleza de origen. El caso actual es uno de tantos en el esfuerzo general de las sectas contra la educación cristiana, campaña cuya lógica consecuencia es la corrupción de costumbres y el desmoronamiento social. Rousseau que usted prueba a maravilla fué el inspirador de Pestalozzi escribió que le parecía cara la libertad comprada con la sangre de un solo ciudadano y ese maestro filántropo cuyos discípulos endurecían su corazón aplaudiendo las escenas de la guillotina se vió trasladado en sus cenizas al Panteón por acuerdo de la Asamblea revolucionaria para ocupar **puesto de honor** junto al cadáver de Marat el demagogo incendiario y regicida.

Para esos educadores que en vez de alumbrar

los entendimientos y dar conocimiento de la verdad enturbian la razón y escandalizan con sus libertades, para esa instrucción laica que en lugar de ingerir la afición a lo bueno y descubrir con los auxilios de la Religión las facciones del alma embrutecen el espíritu y afeminan los ánimos, para esos hombres y más si son extranjeros tiene la **auto-intelectualidad** española el resorte de todos sus elogios y alabanzas; han comparado a Pestalozzi con San Francisco de Asís y en estos mismos días encumbran al filósofo de Amsterdam Spinoza para quien sus partidarios tuvieron en otra época el epíteto de **santo del panteísmo**.

De esos altares infernales brota toda la perversión, todos los estragos de una juventud corrompida, cáncer de la sociedad futura, jóvenes envejecidos por la crápula que hasta en las modas buscan el afeminamiento pagano, mujeres que todavía en las fronteras de la niñez desfloran su honestidad, con la desenvoitura del pensar, del hablar, y del vestir.

\*  
\*  
\*

Permita usted mi querido señor Magistral y perdone el lector una última impresión de carácter personal en la que se retrate no al modesto Profesor de una Universidad española, sino al padre de una numerosa familia a la que con

la ayuda del Cielo se procura imprimir una dirección netamente cristiana.

Esta estimadísima colección de sus artículos con demanda de Prólogo llegó a mis manos unas horas antes de tomar el tren con el mayor de mis trece hijos, buscando para éste, en grave pero necesaria operación quirúrgica, término a una dolencia de cuatro años, si con la gracia de Dios así convenía para el bien espiritual de todos. Yo le he visto al día siguiente llegar tranquilo y alegre al lugar de prueba y nuevos dolores; yo le he oído bendecir a Dios y a su Madre Santísima; también he escuchado entre los operadores la frase **es un bravo** y tal verdad no podía negarse; pero no un bravo por naturaleza sino por auxilio celestial, un bravo por que horas antes le ha comunicado valor y resignación el Pan eucarístico, un bravo por la fe recibida y la educación cristiana de todos los días y de todas las horas.

En cambio hace bastantes años coincidí en un viaje con un escritor extraordinariamente aplaudido por los revolucionarios españoles, un hombre de desgraciada sequedad espiritual, uno de tantos defensores de la moral natural y educación neutra. La enfermedad le acercaba al sepulcro, el dolor laceraba su cuerpo y llegaba al alma acompañado de imprecaciones y protestas; parecía un energúmeno. En aquel entonces y cuantas veces lo recuerdo, si la oración por su alma brota en mis labios, para la vida de cáte-

*dra y de familia se robustece la creencia de lo imprescindible que es hermanar la instrucción y la educación religiosa. Que no incurramos en el reproche de Montaigne. «El cuidado de nuestros padres se dirige sólo a llenarnos la cabeza de ciencia pero se preocupan poco de la virtud y del buen juicio».*

*Toque de alarma es su libro y Dios quiera sirva para despertar a los perezosos e infundir alientos a los combatientes. Mi sincera felicitación y un saludo afectuoso de su admirador y amigo*

**José María González de Echávarri**

Valladolid, 22 Marzo 1927.

## INTRODUCCION

No aspira a ser el presente librito estudio crítico acabado de la pedagogía de Pestalozzi.

Concebido estos días, a raíz de los encomios tributados en toda España al maestro de Zurich, con motivo del centenario de su muerte, tan sólo contiene *algunos reparos*, que según mi humilde y leal saber y entender, pueden y aún deben oponerse a tan gratuito e injustificado concierto de alabanzas.

Ocupado en actos diversos de mi sagrado ministerio y en la tarea asidua que consigo lleva la Dirección de *El Diario de Avila*, confieso ingenuamente que apenas si he tenido tiempo para revolver algún que otro libro o revista tocantes y concernientes a Pestalozzi. No me ha sido posible estudiar la obra de *Herisson*, «Pestalozzi, discípulo de Juan Jacobo Rousseau»; ni la de *Jullien*, «Noticia acerca del método educativo de Pestalozzi»; ni la de *Pinloche*, «Pestalozzi y la educación popular»; ni la de *Luzuriaga*, «Kant, Pestalozzi y Goethe». Hubiera consultado con gusto los trabajos de *Stoppolini*, de *Roger de Guimps*, de *Guillaume*, de *Barnard*, de *Basí*, de

Clouzet, de A. Cochin, de Crampon, de Chavannes, de Fischer, de Kramer, de Paroz y de otros autores que escribieron sobre el pedagogo suizo; pero, repito, que no he dispuesto de tiempo para ello. Tan sólo he ojeado las historias de la pedagogía de Guex, de Damseaux, de Ruiz Amado, de Pertrusa y Gil, de Compayré; mas los apuntes recogidos bastan y sobran para cimentar la verdad de las afirmaciones que he de consignar en el curso de este modesto trabajo.

No me mueve en él otro fin que el esclarecimiento de la verdad, desfigurada, a mi juicio, notablemente, por la imponente gritería y frenético clamoreo de la prensa. Se ha llamado a Pestalozzi *el maestro más grande de la historia; el príncipe, profeta y rey de la pedagogía moderna; el filántropo, el apóstol, el santo; el bienhechor mayor de la Humanidad; el hombre tierno, sentimental, todo corazón para los niños y desvalidos; el gran educador del pueblo*. Se ha dicho de su método y de su pedagogía que eran los mismos que los de San José de Calasanz, los de Siurot y los de Manjón; se le ha comparado en el desprendimiento *con San Francisco de Asís*, y, en la ternura, *con el mismo Jesucristo*, llegando a afirmar, que *en tan evangélica figura deben considerarse reverenciados y exaltados todos los maestros de España, de Europa y del mundo*.

Y no sólo se han apurado los superlativos del encomio en las columnas de la prensa; sino que

varias revistas le han dedicado números extraordinarios; se han celebrado muchos actos de propaganda en su honor, y hasta, por la Unión Radio Madrid, que tiene infinitamente más oyentes que leyentes pudo tener la prensa panegirista de Pestalozzi, se explicaba el día 17 de febrero, centenario de su muerte, y en la sesión de la noche, cuando se suponía de sobremesa a las familias, el libro que sobre las madres escribió el maestro de Zurich y el grande amor y ternura con que acogía y acariciaba a los niños.

Tengo para mí que tan intensa labor de divulgación ha sido en extremo perniciosa y nefasta; porque los elogios, alabanzas y encomios han recaído sobre un corifeo abierto y declarado de la enseñanza *naturalista*, opuesta diametralmente a la educación católica, única que autoriza la Iglesia y que puede y debe darse en nuestra católica España.

*Que se prohíba con rigor cualquier escuela no católica*, debe ser en la actualidad anhelo ferviente de los católicos españoles; y, para conseguirlo, todos en apretada y compacta falange deben unirse, según acaba de intimarnos el Jefe de la acción católica española, Emmo. Cardenal Reig, en áureo y luminoso documento (1).

No creemos que facilite empresa tan noble la celebración de Centenarios de la traza y estilo

(1) *Principios y bases de reorganización de la Acción Católica Española.*—Toledo-1926-pág. 108.

del que se ha llevado a cabo estos días concerniente a Pestalozzi; y por eso, aun a trueque de que se pierda nuestra voz humilde entre tan pública y altisonante algazara, formulamos con toda libertad los reparos y censuras que nos merece conducta, al parecer, menos reflexiva y discreta.

Para proceder con algún método, divido el presente trabajo en *dos partes: documental* la primera y *crítica* la segunda.

Reproduzco en primer término, total o parcialmente, *la propaganda oral y escrita*, de que he tenido conocimiento. Expongo después, en varios capítulos, los diversos *reparos* que se me ofrecen poner a la tan decantada obra pedagógica del maestro de Zurich. Tienen estos por fundamento y base algunos artículos que he publicado en *El Diario de Avila*. La imposibilidad de tratar en el referido periódico de este asunto, con la extensión que requería, suscitó en mí la idea de pergeñar este librito.

Y ceda en él toda la molestia, consiguiente al natural apremio, en baldón y descrédito de la escuela naturalista o laica, enemiga de Jesucristo; en honra de la Católica Iglesia, *maestra de naciones y educadora de pueblos*, como la llamó Benedicto XV; y en cumplida alabanza y sentido desagravio de la dulcísima y tiernísima Virgen María, Reina de los ángeles y Madre de los hombres, tan preterida y olvidada en la amerengada y dulzarrona pedagogía del calvinista Pestalozzi.



# A) PROPAGANDA ORAL

## PRIMERA PARTE

### I.—ACTOS EN MADRID

#### PROPAGANDA ORAL Y ESCRITA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DE PESTA- LOZZI

Tomamos como punto de partida el 18 febrero

A) *Propaganda oral.*

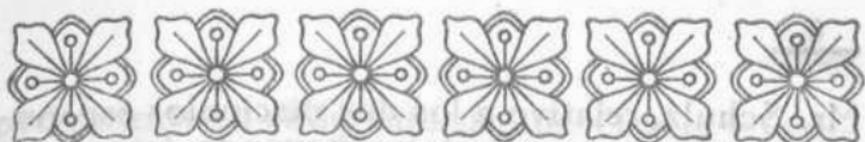
B) *Propaganda escrita.*

de la muerte del precursor de la moderna pedagogía, el suizo Juan Enrique Pestalozzi, se celebró en la Real Sociedad Económica Madrileña un acto de homenaje a su memoria, que presidió el director de Primera enseñanza, señor Suárez Somoza.

Asistieron a la sesión de la Matritense el ministro de Suiza, el Dr. Bauer, el señor Samper, el doctor Cartera, el presidente de la sociedad, señor Molina, y muchas otras personas.

El Sr. Gallo de Benavides, en nombre de la Sociedad Amigos del Niño, dirigió un saludo a los presentes y recordó el episodio citado por





## A) PROPAGANDA ORAL

### I.—ACTOS EN MADRID

#### 1.º En la Real Sociedad

#### Económica Matritense.

Tomamos la reseña de «A B C» (18 febrero):

«Ayer, fecha del primer Centenario de la muerte del precursor de la moderna pedagogía, el suizo Juan Enrique Pestalozzi, se celebró en la Real Sociedad Económica Matritense un acto de homenaje a su memoria, que presidió el director de Primera enseñanza, señor Suárez Somonte.

Asistieron a la sesión de la Matritense el ministro de Suiza, el Dr. Bauer, el señor Samper, el doctor Cortezo, el presidente de la sociedad, señor Molina, y muchas otras personas.

El Sr. Gallo de Renovales, en nombre de la Sociedad Amigos del Niño, dirigió un saludo a los presentes y recordó el episodio citado por

Mr. Schulz, relativo a los dos discípulos españoles que siguieron a Pestalozzi cuando éste abandonó Iverdon. Dió las gracias a todos los concurrentes al acto por su asistencia, en nombre de la Sociedad organizadora del acto.

El señor Fernández Ascarza habló de Pestalozzi y comparó al eminente pedagogo suizo con algunos maestros españoles perdidos en las aldeas, y, como él, incomprendidos y víctimas de un medio ambiente adverso en épocas tan distintas.

El señor marqués de Retortillo, director de la Escuela Superior del Magisterio, leyó unas cuartillas en honor de Pestalozzi, y rogó al Gobierno y a su representante en el acto que se celebraba fuese concedido el crédito solicitado para adquirir el boceto del pedagogo suizo, obra de Mateo Inurria.

El Sr. Moulin, profesor y escritor suizo, que representaba al Comité de su país organizador de las fiestas del Centenario, y que ha venido a Madrid con motivo del homenaje aquí tributado a Pestalozzi, leyó unas cuartillas en francés, que reflejaban la vida de aquél. Fué muy aplaudido.

Por último, el Sr. Suárez Somonte pronunció elocuentes palabras, diciendo que, en el día de ayer, en todas las escuelas de España, incluso las más apartadas, se habrá rendido un recuerdo al gran pedagogo suizo. Dirigió palabras de cortesía al ministro de Suiza, presente en el acto, y al delegado de dicho país, N. Moulin.

Habló del libro de Pestalozzi *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, integrado por una serie de cartas dirigidas a las madres, y dijo que el vacío apreciado en la doctrina del autor estaba lleno por el gran amor que supo despertar hacia la obra de la enseñanza en la mujer suiza.

Se asoció, en nombre del Gobierno, y muy es-

pecialmente en el del ministro de Gracia y Justicia, al homenaje a Pestalozzi.

El simpático acto resultó muy brillante, y todos los oradores fueron objeto de aplausos».

## 2.º En la Escuela Normal

Transcribimos de «A B C» (20 febrero):

«Organizada por la Asociación de Maestros, de Madrid, se celebró ayer, a las seis de la tarde, en la Escuela Normal, una velada-homenaje a la memoria de Pestalozzi, bajo la presidencia del director general de Primera enseñanza, Sr. Suárez Somonte.

El Colegio de Doctores y la Sociedad Amigos del Niño estuvieron representados en el acto por el doctor Baüer.

Dió comienzo el homenaje pronunciando el presidente de la Asociación de Maestros, señor Llorca, breves palabras de presentación de los oradores.

En nombre de los maestros municipales, habló D. Julio Noguera, quien reseñó con vigorosos rasgos algunos aspectos de la vida íntima de Pestalozzi; D. Blas Zambrano, por la Asociación de Maestros, puso de relieve la influencia que en su tiempo ejerció la doctrina pestalozziana en varios países, y D. José Xandri, en representación de la Escuela Nacional del Magisterio, esbozó la silueta moral del insigne pedagogo suizo, y analizó su carta «De cómo Gertrudis enseña a sus hijos», cuyo contenido trata de aplicar la intuición a la educación religiosa.

A continuación hicieron uso de la palabra don José Ballester, para encomiar el apostolado pedagógico ejercido por Pestalozzi, y el Sr. Gallo

de Renovales, para establecer un parangón entre la obra educativa infantil pestalozziana y la actual obra social pedagógica que realiza la Sociedad Amigos del Niño.

El escritor D. Ramiro de Maeztu pronunció elocuentes frases, haciendo resaltar que en la obra de Pestalozzi, se advierte, sobre todo, un profundo sentimiento emotivo, que se comunica del profesor a los niños. A esto, principalmente, hay que encaminarse en la enseñanza moderna; a una íntima compenetración espiritual entre profesores y alumnos, robustecida con constantes prácticas y entrenamientos.

Los anteriores oradores fueron muy aplaudidos.

El director de Primera enseñanza, señor Suárez Somonte, resumió con brillantes palabras los discursos pronunciados, y expresó que deseaba recoger varias notas del acto celebrado.

Ensalzó la enorme figura pedagógica de Pestalozzi, para llegar a la conclusión de que quería formar la capacidad emocional del maestro, definiendo su vocación, y haciendo que su actuación en la escuela sea eminentemente práctica.

A este efecto, repitió palabras, por él pronunciadas en actos anteriores, respecto a lo que entiende debe ser la Escuela Normal de Maestros: un laboratorio de maestros que sepan enseñar, a enseñar prácticamente.

Después de citar rasgos preeminentes del gran pedagogo helvético, hizo resaltar el lazo que debe unir a la familia con la escuela.

Al terminar el Sr. Suárez Somonte su elocuentísima oración fué calurosamente ovacionado.

El acto resultó muy lucido.»

### 5.º En la Casa del Pueblo

Copiamos de «La Libertad» (18 febrero):

«Ayer dió su anunciada conferencia el doctor catedrático de la Universidad Central D. Andrés Ovejero, correspondiendo este acto al ciclo organizado por la Federación Local de la Edificación.

El salón estaba totalmente lleno.

Presidió Pedro Trillo, presidente a su vez de la entidad organizadora del acto.

Trillo dirigió un cordial saludo al Sr. Ovejero, y éste desarrolló seguidamente el tema: «El centenario de Pestalozzi y la educación del pueblo».

Comenzó el Sr. Ovejero diciendo:

—La Casa del Pueblo demuestra que sabe cumplir con sus deberes. Los obreros se asocian a esta fiesta porque ya no solamente le interesan aquellas que le son familiares, como las de Marx, Lasalle, Saint-Simón, etc., sino también las que se dedican a hombres que han contribuido poderosamente al desarrollo de la cultura general.

Dice que se produce una reunión para recordar y aplaudir a un precursor del socialismo científico.

Consigna que cuando no había llegado la hora de las conmemoraciones oficiales, ya el camarada Fernando de los Ríos había acertado a determinar el valor sintético de la obra pestalozziana e influencia de ésta en las corrientes pedagógicas modernas.

Refiere los tres factores o direcciones históricas que marcan parcialmente esa tendencia: el Renacimiento, la Reforma y la cultura enciclopedista francesa, o siglo de las luces en Alemania. La evolución de la conciencia del maestro marcha con la evolución de la conciencia universal.

Depende que el maestro utilice sus ideas al educar.

Concreta los puntos a tratar en su conferencia en estas tres preguntas: ¿De dónde viene Pestalozzi? ¿Dónde actuó Pestalozzi? Y ¿a dónde va la obra de Pestalozzi?

Donde los demás encuentran dudas y vacilaciones de Pestalozzi, halla el conferenciante la manifestación clara de una firmísima decisión. Es una orientación espiritual que logra triunfar de todas las vicisitudes y lo va demostrando elocuentemente, consignando que surgió el maestro cuando pereció el teólogo, desapareció el jurista y fracasó el agricultor. Ya en la miseria el maestro es cuando exclama: «¡Vengan a mí los miserables!» Y convierte su casa en escuela. Llama a los niños pobres, y sobre la piedra de la pobreza se levantan todos los fundamentos de la Pedagogía moderna.

Detalla el curso que sigue Pestalozzi en el ejercicio educador. Primero, en Neuhof; luego, en el Orfelinato de Stanz, para volver, dos años antes de morir, a su casa y a su tierra, porque la tierra es también madre y educadora.

Al recoger en Neuhof a los niños pobres, tiene hasta que darles vestido. Allí, en 1875, se funda la moderna Pedagogía en sus dos notas más salientes: instrucción y trabajo.

Recomienda el señor Ovejero, el libro de Pestalozzi «Leonardo y Gertrudis», que debe figurar en los pequeños estantes de las organizaciones. Los protagonistas son un albañil y su esposa.

—Pestalozzi—sigue—tuvo la intuición de reconocer por vez primera la personalidad del niño y la sustantividad de la vida infantil. No hay que hacer por el niño lo que el niño no pueda hacer por sí. La emancipación del niño es obra de ellos

mismos, como la del pueblo ha de ser obra del pueblo mismo. Pueblo que se equivoca con la papeleta del sufragio en la mano, aprende a no equivocarse otra vez. Como hace el niño cuando se apercibe de sus errores.

Relata después la influencia ejercida por Pestalozzi en la pedagogía española, donde antes que en ningún otro país europeo, salvo Suiza aparecieron las instituciones pestalozzianas, que pasaron por grandes vicisitudes.

Propone que la Casa del Pueblo pida al Ayuntamiento se coloque una lápida en las casas de la calle Ancha y Pez donde estuvieron instaladas aquellas instituciones, que fracasaron porque fué desvirtuada su esencia. La escuela popular fué convertida en aristocrática.

Termina diciendo que el socialismo científico y la ciencia de la educación son consustanciales.

Los oyentes ovacionan grandemente al señor Ovejero al terminar éste su elocuentísima conferencia, varias veces subrayada con grandes aplausos».

#### 4.º En la Normal de Maes-

:: :: ::: tras ::: ::: :::

Vemos en «Informaciones» (18 febrero):

«Un acto íntimo y cordial se dedicó a Pestalozzi en la Escuela Normal de Maestras.

La profesora de Pedagogía explicó la vida y la obra ejemplar del ilustre pedagogo suizo y varias alumnas leyeron trozos de sus libros. También una niñita leyó una composición del señor Zoza-ya, titulada «La escuela triste.»»

**5.º En el Asilo de Santa****:: :: :: Cristina :: :: ::**

Cortamos el siguiente suelto de «A B C» (4 marzo):

«LOS AMIGOS DEL NIÑO

El domingo, día 6, a las once de la mañana, se celebrará en el Asilo de Santa Cristina (Moncloa) un festival infantil para el reparto de 200 cartillas a los niños pobres de las escuelas premiados con motivo del «Homenaje a un gran corazón. Pestalozzi, 1827-1927».

Están invitados los exploradores, intervendrán algunos artistas y dirigirán breves palabras a los niños los señores Medina, García Molina y don Alvaro López Núñez.

Cuantos deseen invitaciones para esta fiesta pueden recogerlas en la Real Sociedad Económica Matritense (plaza de la Villa, número 2).»

## II.—ACTOS EN PROVINCIAS

Información de «A B C» (18 febrero):

«Zaragoza 17, 9 noche. En la Escuela Normal de Maestros se celebró un acto de homenaje a Pestalozzi.

Dieron conferencias los profesores don Pedro Loperana y don José Salazar.

Los periódicos dedican artículos en homenaje al maestro de los pobres.

*Granada* 17, 9 noche. Ante numerosa concurrencia de profesores y alumnos, dió una conferencia, en la Escuela Normal, don Miguel Her-

nández Cerra, acerca de Pestalozzi, con motivo del Centenario de su muerte.

Ensalzó la obra cultural del insigne pedagogo, estimulando a todos a continuar la obra educativa que inició.

Fué muy aplaudido.

*Huesca* 17, 9 noche. En todos los colegios los profesores dieron hoy una explicación sobre la figura del pedagogo Pestalozzi.

En la sección cultural de la Escuela Normal se leyeron trabajos literarios por los alumnos.

*Segovia* 17, 11 noche. En la Diputación se celebró una solemnidad literaria en homenaje al pedagogo Pestalozzi.

Pronunciaron discursos el presidente de la Diputación y representantes de Centros de enseñanza.

El acto resultó brillantísimo.

*San Sebastián* 17, 11 noche. Organizado por el Ateneo guipuzcoano se celebró, en el instituto, una velada en conmemoración del centenario de la muerte de Pestalozzi.

El inspector de enseñanza don Ruperto Luzuriaga pronunció un elocuente discurso.

*Barcelona* 17, 12 noche. En la escuela Suiza se celebró esta mañana la anunciada manifestación pro Pestalozzi. Pronunció una conferencia muy interesante el director de dichas escuelas.

En el Ateneo Instructivo de San Juan se ha dedicado también una famosa sesión al centenario de Pestalozzi.

El sábado próximo, en la Universidad de Barcelona, dará una conferencia don Roberto Mou-

lín, sobre la vida y obras de dicho pedagogo suizo.

Asimismo se ha celebrado, organizada por el Comité de la escuela Suiza, de Barcelona, una velada, en la que se han interpretado escogidos números musicales y se han pronunciado discursos en memoria y elogio de Pestalozzi.

*Zaragoza 17, 12 noche.* De acuerdo con la junta local de primera enseñanza, se ha celebrado, en el grupo de escuelas Gascón y Marín, un acto pro Pestalozzi. Presidió el alcalde de Zaragoza, señor Allué Salvador, y asistieron todos los maestros, con 20 niños de cada escuela graduada. Pronunciaron discursos, en nombre de los maestros, el señor Fatás y el señor Allué Salvador».

Completamos la anterior información con los siguientes telegramas de «LA LIBERTAD» (18 febrero):

«*Málaga, 17.*—En la Sociedad Económica se celebró esta noche una velada conmemorativa en homenaje a Pestalozzi.

Tomaron parte en ella la directora de la Normal, Victoria Montiel; los catedráticos Quintana y Pertrusa y el director jefe de enseñanza señor Vergé.

*Albacete. 17.*—En la Normal de Maestros, el grupo de alumnos de la clase de Historia, dirigido por el profesor don Alfredo Jara, inauguró la biblioteca Pestalozzi.

Pronunciaron discursos varios alumnos, leyéndose un precioso trabajo enviado por el redactor de «LA LIBERTAD», don Luis de Zulueta.

Don Alfredo Jara leyó por su parte unas cuartillas de don Rafael Altamira.

*Almería.* 17.—En la Normal de Maestros se celebró una velada conmemorativa del centenario de Pestalozzi.

El profesor don Miguel Hernández, dió una conferencia ensalzando la obra cultural del insigne pedagogo suizo estimulando a los modernos maestros para que continúen la noble y alta misión educativa del gran Pestalozzi».

De *Salamanca, Burgos y León*, poseemos las amplias reseñas siguientes:

### SALAMANCA

Dice «La Gaceta Regional» (18 febrero):

#### :: :: «En la Normal :: ::

A las cinco de la tarde de ayer se celebró en la Escuela Normal de Maestros la reunión anunciada para la creación en la provincia de la «Asociación de Amigos de la Escuela y del Niño».

Da comienzo el acto explicando el señor Villalobos el objeto de la reunión cual es el de rendir un homenaje a Pestalozzi y nada mejor para ello que dar realidad a los ideales del gran pedagogo fundando la «Asociación de Amigos de la Escuela y del Niño».

Explica el señor Villalobos lo que debe ser la Asociación a crear, leyendo seguidamente la siguiente declaración fundamento y base de la Asociación que nace:

«Fomentar la construcción de Escuelas alegres e higiénicas en las ciudades y en los pueblos.

Creación de todas las Escuelas Nacionales necesarias para que la enseñanza pueda hacerse efectivamente obligatoria. Inspección médica escolar efectiva, para que los anormales sean sometidos a una pedagogía especial. Creación de cantinas escolares, roperos, mutualidades, cooperativas y asociaciones de alumnos, colonias regulares de verano; sanatorios escolares y escuelas al aire libre, bibliotecas populares, iniciación en la escuela del aprendizaje de las artes y los oficios.

Y con estas bases referentes a los niños y a la Escuela, procurar el perfeccionamiento de los maestros para que realicen la alta misión que la patria y la humanidad le tienen confiada».

Se aprueba por aclamación e igualmente las siguientes conclusiones:

1.º Como homenaje a Pestalozzi, en la fecha de su centenario se crea la Asociación provincial salmantina de los Amigos de la Escuela y del Niño.

2.º Se nombrará una comisión provisional, que redactará los estatutos de la Asociación.

Hace su entrada en el salón nuestra primera autoridad civil, don Luis Díez del Corral y Bravo, que pasa a ocupar la presidencia del acto.

A continuación intervinieron los señores García Martín, Corbo, Escanilla y don Juan Francisco Rodríguez, quienes recogen, alabándolas, las palabras del señor Villalobos, encaminadas a ver pronto realizada la idea de crear la Asociación de «Amigos de la Escuela y del Niño».

De acuerdo todos los presentes en la forma en que habían de redactarse los Estatutos por los que se ha de regir la Asociación, por unanimidad, fué nombrada la Comisión provisional, que quedó constituida por los señores siguientes:

Doña Juana Trujillo, directora de la Normal;

don Juan Francisco Rodríguez, catedrático de la Normal de Maestros; don Eulalio Escudero, inspector jefe de primera enseñanza; don Tomás Pérez Alfonso, por la Asociación provincial del Magisterio; don Filiberto Villalobos; los catedráticos de la Universidad don Esteban Madruga y don José Valenzuela; el director del Instituto o un catedrático que el Claustro designe y el arquitecto don Eduardo Lozano.

Seguidamente el señor gobernador pronuncia un breve pero sentido discurso.

Ofrece el señor Díez del Corral su colaboración más entusiasta.

Da la enhorabuena a todos los que han intervenido y termina diciendo: Cuando lleguen a mí los Estatutos, como gobernador civil, tendré una gran satisfacción en autorizarlos, para que dé sus frutos esta obra que comenzáis.

Las últimas palabras del señor Díez del Corral, son recibidas con nutridos aplausos, dándose por terminado el acto.

### :: En la Universidad ::

Todos los asistentes al acto que dejamos reseñado, se trasladaron al Paraninfo de la Universidad, donde había de tener lugar el acto organizado por los alumnos y profesores de la Escuela Normal de Maestros en memoria de Juan Enrique Pestalozzi.

Presiden el gobernador civil señor Díez del Corral y el inspector jefe de primera enseñanza don Eulalio Escudero.

En el salón hay gran número de profesores y alumnos.

Declarado abierto el acto por el señor gobernador, hace uso de la palabra el profesor de la Es-

cuela Normal don Juan Francisco Rodríguez quien manifiesta que los verdaderos iniciadores del acto son los alumnos normalistas pues sin ellos posiblemente no se hubiera rendido este recuerdo a Pestalozzi. Se detiene en la obra de Pestalozzi y termina haciendo la presentación de los alumnos señores Abraido y Albarrán.

Ocupa la tribuna a continuación el alumno de cuarto curso de la Escuela Normal don José Abraido del Rey.

El señor Abraido, en su interesante discurso, hace una extensa biografía de Juan Enrique Pestalozzi y expone su vida ejemplar.

Es muy aplaudido el orador.

Seguidamente pasa también a ocupar la tribuna el también alumno de cuarto curso de la Escuela Normal don Antonio Albarrán Gil, quien en su brillante disertación dió a conocer la obra de Pestalozzi, siendo calurosamente aplaudido.

A continuación el profesor don Nicolás Escanilla hizo uso de la palabra manifestando que la obra de Pestalozzi es orgánica y sistemática.

Analizó las relaciones de Pestalozzi con Kant para afirmar que Pestalozzi fué un filósofo kantiano

Terminó su discurso el señor Escanilla apreciando, como el más grande de los méritos de Pestalozzi el ser un gran pedagogo.

Es muy aplaudido.

Un discurso breve pero elocuente, del señor Díez del Corral, cierra el acto.

Alaba el señor Díez del Corral la labor de alumnos y profesores.

Hace de Pestalozzi un acabado estudio y termina pidiendo para el pedagogo suizo veneración entusiasta.

El señor Díez del Corral es aplaudido entusiastamente».

## BURGOS

Copiamos de «Diario de Burgos» (18 de febrero):

### •En la Casa del Pueblo

En el salón teatro de la Casa del Pueblo tuvo lugar, anoche, a la hora anunciada, el acto conmemorativo del Centenario de Pestalozzi.

El presidente de la Federación Local de Sociedades Obreras, Paulino Palazuelos, expuso, en breves palabras, cómo al observar que en nuestra ciudad pasaba desapercibida fecha tan memorable, los obreros se aprestaron a unir sus voces modestas, pero sentidas, a las que hoy resuenan en España y en el mundo todo, en honor del fundador de la «Escuela del pueblo». «Para ello solicitamos el concurso de nuestro compañero el profesor normal don Pedro Díez Pérez, quien, una vez más, viene a sembrar entre los obreros, lo que aprendió en las aulas». A continuación le cede el uso de la palabra.

«En el primer centenario de la muerte de Juan Enrique Pestalozzi—comenzó el señor Díez Pérez—, que hoy conmemora el mundo civilizado, antes de hablaros de su vida heroica, procuraré encasillarla, fijándola en el tiempo y en el espacio, ya que, espacio y tiempo son factores que condicionan los hechos humanos y los valoran».

Estableciendo comparaciones con nuestra época, señala a continuación el estado de la enseñanza primaria en el siglo XVIII, y hace destacar, que en ese siglo, que provocara a su final la

Revolución francesa, y en Suiza. la patria de Rousseau, nace y vive Juan Enrique Pestalozzi.

Pestalozzi, como toda la juventud universitaria de Zurich, leyó con pasión las obras de Rousseau; bebió en las fuentes del renacimiento filosófico de su siglo. Pestalozzi imaginó y quiso la escuela universal, gratuita, laica, accesible a todos los niños ricos y pobres, en el siglo en que se conseguía la igualdad política de todos los hombres, y surgían vigorosos los conceptos Estado y ciudadano.

Pestalozzi quiso ser solamente maestro de escuela. A Pestalozzi se le ha llamado «padre de la escuela del pueblo»; «creador de la escuela moderna»; «promovedor de la pedagogía contemporánea»... Pestalozzi es el Don Quijote de la Pedagogía. Como aquel personaje de ficción, tan humano que, según don Miguel de Unamuno, ha dado vida a Cervantes, ser real que llegó a imaginarlo, quiso desfacer en tuertos y enmendar injusticias; pero, en vez de la lanza enmohecida, utilizó la escuela por toda arma; como don Quijote, que actualmente está originando esa filosofía a que se da el nombre de «Quijotismo», Pestalozzi pasó por loco y visionario; como a don Quijote, su sentimentalismo y su gran fe en el porvenir, le llevaron a escalar las altas cimas de la inmortalidad...

Pero observo—decía el señor Díez Pérez—que, hablando de Pestalozzi, hombre desaliñado y poco amigo del orden, desordenada y con desaliño va saliendo esta su semblanza, y dudo, entre continuar de este modo, siguiendo su propio espíritu, o rectificar, pensando en la mayor utilidad de esta modesta charla de divulgación. Porque, si el pedagogo Pestalozzi fué un ensayador que titubeó en todo momento, sin sentar sus

principios y su propia vida, la pedagogía es método, y el método orden, y el orden eficacia.

En beneficio de la eficacia, sirviéndose de algunos libros que han escrito los numerosos biógrafos y comentaristas de Pestalozzi, y de obras del propio Pestalozzi, fué estudiando la vida del pedagogo y filósofo suizo, plena de heroísmo, plena de quijotismo..., ya que, el quijotismo, es acción que brota a impulsos del sentimiento, apartándose no pocas veces de esa gran cosa que han dado en llamar sentido común.

En Pestalozzi hombre, influyen grandemente dos hechos: ambiente familiar y lugar de nacimiento. Pestalozzi, que nace en Zurich el 12 de enero de 1746, queda huérfano de padre a la edad de seis años.

Pestalozzi «fué, ante todo, hijo de su madre»; en su cuerpo débil se desarrolló al contacto materno, una sensibilidad casi femenil. Pestalozzi se mostrará en toda su existencia más sensible que reflexivo; será un hombre sencillo, un experimentado de la miseria y del dolor.

Pestalozzi, estudiante en Zurich, foco intenso por aquel entonces de vida intelectual, se entregará de lleno a las ideas democráticas y será durante toda su vida, un infatigable defensor de los humildes de los pobres... Pestalozzi irá solo por el mundo, pues su mujer, Ana Schulttes, no entorpecerá ni modificará su personal condición. El matrimonio de ambos, «fué un matrimonio de almas»; se unieron en uno solo, dos quijotismos.

Va desfilando a continuación, la vida pedagógica de Pestalozzi con todas sus ternuras y heroísmos; el asilo de Neuhof, y su fracaso, a pesar de las suscripciones y donativos con que prolongan su ruina final; sus dieciocho años de soledad, en los que, Pestalozzi, «vegeta como una

planta pisoteada a orillas del camino», medita y escribe la mayor de sus obras de carácter social y pedagógico; sus triunfos de escritor, que no llenan la aspiración fundamental de su vida, que es ser «maestro de escuela»; el orfelinato de Stanz, donde, en nombre de los revolucionarios triunfadores, sus amigos, pretenden realizar en un convento hostil su ensayo de educación laica; la «locura de Stanz», que es una de las más bellas páginas de la atormentada y luminosa vida del «padre de los huérfanos»...

Pestalozzi, que contesta al ministro Légrand, cuando le ofrece un buen puesto en el Gobierno: «¡Quiero ser maestro de escuela!», vé con dolor cómo el orfelinato se transforma, por necesidades de la guerra, en hospital militar, y eso cuando, agotado y enfermo, Pestalozzi escupía sangre.

Van desfilando luego sus ensayos de Berthoud, Münchenbuchsee, Iverdón... Las disputas frecuentes que sostiene con los otros maestros sus colaboradores; los apremios económicos; los ataques del fanatismo intransigente; la muerte de su animosa y heroica compañera...

Y por último, la muerte del gran filántropo en Neuhof, el 17 de febrero de 1827, cuando pobre, encorvado y achacoso, no puede replicar a Biber que, por entonces, publicaba un odioso libro presentándole como un charlatán, hipócrita, inmoral y falisario. Hay algo trágico en las palabras que a su médico dirige Pestalozzi casi moribundo: «¡Necesito absolutamente, vivir aún seis semanas más, para refutar a ese infame calumniador!»

Sí, Pestalozzi no fué un «visionario», como sus coetáneos le llamaron, casi fué un vidente, al escribir estas frases de dolor y de esperanza:

«Quiero que se me entierre bajo el alero de una

escuela; que se inscriba mi nombre en la piedra que recibirá mis cenizas; y, cuando la lluvia del cielo la haya desgastado y roto en pedazos, entonces tal vez, los hombres se mostrarán más justos para mí, que lo fueron durante toda mi vida»...

Suiza—añadía el señor Díez Pérez—le ha elevado en Iverdon, en 1888, el monumento más bello de los que se le han dedicado. Y en estos momentos, toda la humanidad civilizada, se descubre con respeto ante la evolución de su vida heroica.

Los materialistas burgaleses, los obreros, han dado con este acto, pobre por mi torpe palabra; pero elevado por la delicadeza espiritual que revela, una hermosa lección de idealismo.

Y sólo me resta señalar que al honrar a Pestalozzi, no debemos querer quedarnos en Pestalozzi. Lo bueno del pasado, es bueno tan sólo cuando se continúa. Y nuestra época, dista cerca de doscientos años de aquella otra en que surgió un Pestalozzi, porque en aquel entonces eran necesarios su heroísmo y su fe. Burgos, ya lo dije en otra ocasión; en pleno siglo XX, tiene su Pestalozzi en el humilde sacerdote y hombre bueno que se llama don Valentín Palencia. ¿Dónde encontrar otro Pestalozzi?—escribe Compayre al comentar la «loca aventura» de Stanz. ¿Dónde hallar otro don Valentín Palencia? apuntamos nosotros. Estas almas heroicas, son flores espirituales sumamente raras, en un campo de seres de carne y hueso. Y a estos héroes, que a veces provocan la risa en las «gentes sensatas», se les puede admirar; pero es dificilísimo imitarlos. La senda que recorren, áspera y espinosa, solo pueden seguirla espíritus selectos, hombres escogidos que surgen de tarde en tarde.

Burgos se halla actualmente en materia de ins-

trucción a un nivel muy siglo XVIII. La culpa es tal vez de todos; autoridades y pueblo, incluyendo, como es natural, mi parte en ella. Por ésto, por considerarme a mí mismo con un tanto de culpa, en la culpa colectiva, quisiera no ser blando en mis censuras. El *hecho* y no el *dicho*, es lo que debe avergonzarnos.

¡Lástima es, no se haya celebrado en Burgos, este primer centenario de la muerte de Pestalozzi, con la inauguración de grupos escolares y la asistencia a esta fiesta, de una nutrida representación de esa «Sociedad de Amigos de los Niños», que se propaga por toda España, y, en Burgos está aún por formar.

Aunque con ello hubiéramos roto los moldes dieciochescos, éste habría sido el mejor modo de asociar nuestras voces, en el mundial concierto que hoy honra y venera la memoria, buena y santa del «fundador de la escuela popular».

Al terminar su «charla de divulgación», que duró aproximadamente una hora, el señor Díez Pérez, fué muy aplaudido:

Y el señor Palazuelos dió por terminado el acto, añadiendo que el comité de la «Federación Local de Sociedades Obreras», se hallaba gestionando la celebración de sucesivas conferencias, a las que irán siendo invitadas, distinguidas personalidades de la intelectualidad burgalesa».

## LEON

«El Diario de León» (14 marzo) da cuenta de la inauguración del «Ateneo escolar» celebrada el día 12, con la conferencia del director de dicho Centro, don José M.<sup>a</sup> Vicente.

Reproducimos de la reseña el siguiente párrafo:  
«Entra de lleno en su conferencia el señor Vi-

cente para tratar de Pestalozzi. Dice que el pedagogo suizo es una figura difícil de bosquejar por su complejidad pues al lado de sus rasgos geniales, tuvo errores a veces incompatibles con su clara inteligencia.

Pestalozzi más que filósofo fué pedagogo de acción, verdadero conductor de niños, a disposición de los cuales puso su actividad entera, su vida. Se puede discutir su cultura; pero jamás su amor a la Infancia.

El conferenciante quiere juzgar, a Pestalozzi desde un punto de vista técnico o profesional y dice que si efectivamente es cierto que no fué el autor del método intuitivo, no se puede negar, que fué quien lo aplicó en la escuela, valiéndose del lenguaje y de lo que hoy se llama lección de cosas, enseñando todo de todo, primero lo particular, lo conocido, lo fácil para llegar a lo difícil. Enseñaba como un niño sabio para formar hombres inteligentes y de gran corazón. Hizo de la escuela un hogar de amor donde el alumno infantil encontraba las delicadezas y ternuras de su cariñosa madre.

La importancia máxima del maestro suizo fué acaso la de crear la escuela del pueblo.

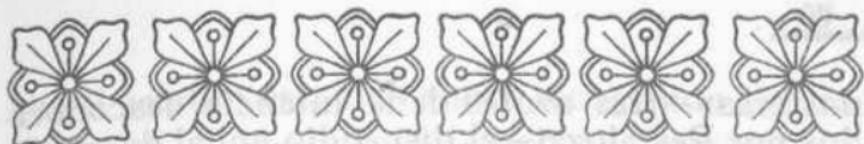
Don José M.<sup>a</sup> Vicente fué aplaudido varias veces por su conferencia culta y erudita.

Puso fin al acto el señor gobernador, felicitando al conferenciante y a los jóvenes escolares.

Asistieron los señores Inspectores de enseñanza, señores profesores y alumnas de la Normal y un grupo numeroso de señoritas. La comisión organizadora muy atenta en su papel. Para todos nuestra enhorabuena muy especialmente para el Ateneo del Magisterio por la primera página que empieza a escribir en su vida escolar.

*Constantino García».*





## B) PROPAGANDA ESCRITA

### I.—PRENSA DE MADRID

1.º «El Liberal» (18 fe-

brero : : : : :)

### «LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS

Entre Pestalozzi, que sólo quiso ser maestro de escuela, y los maestros de escuela que sólo quieren ser Pestalozzis, hay, sin duda, un término medio de amor a la infancia al alcance de todas las buenas voluntades.

¿Hay en la actualidad—tiempos del pedagogo Siurot—mayor o menor número de niños que hace cien años—época del maestro Pestalozzi? Lo ignoramos cabalmente en este momento. No sabemos si en la contabilidad infantil se ha reforzado el que pudiera llamarse «capítulo de ingresos». Nos consta, en cambio, que se ha acrecentado el de «gastos». Entre inclusas, automóviles y «ca-

nasteras»—tres azotes de la infancia desconocidos por Pestalozzi—el dispendio anual de pequeños es tan considerable, que mueve a meditar si antes de poco no serán ya innecesarias todas las teorías y prácticas pedagógicas; sí, en muy breve plazo no se encontrarán ya menores a quienes educar en los principios de «El canto del cisne», del maestro suizo.

Este fundado temor reduce nuestra acción conmemorativa al límite de lo puramente evocador y sentimental; a pronunciar el venerando nombre del sabio Juan Enrique y volver los ojos, arrasados en lágrimas, a la infancia que perdió un maestro como él. Nunca cual en estos días de centenario para suspirar por los pobres niños. Y por las pobres niñas... desaparecidas.»

A continuación, y bajo el título *ante el centenario de Pestalozzi*, publica dos caricaturas de un sacerdote y de un hermano de las Escuelas cristianas, en medio de los cuales aparece un niño con escapulario y un cirio en la mano. En la parte superior del grabado se lee: *Escuela pía*; y al pie: *los pedagogos de ahora*.

## 2.º «El Socialista» (17 febrero)

Dedica toda su primera plana a Pestalozzi, abarca las seis columnas de texto el siguiente título: *Nuestro homenaje de admiración al gran educador del pueblo*.

Del fondo—que firma Julián Besteiro—son estos párrafos:

«Como Owen, Pestalozzi conoció el fracaso. Pero, tal vez más propiamente que de Owen, puede decirse de Pestalozzi que, de las semillas

que él sembró estamos ahora recogiendo los frutos.»

«La vida de Pestalozzi está toda ella teñida de una luz de melancólica poesía. La biografía del gran pedagogo, sus escritos todos, son una fuente inagotable de inspiración para el artista, para el literato y para el hombre de ciencia.

Es indudable que la cultura contemporánea no ha cumplido todavía íntegramente los deberes que le ha impuesto el legado espiritual que le dejó Pestalozzi. Del mismo modo puede decirse que, la inspiración de la Humanidad actual, no ha logrado agotar aún los ricos materiales que para su aprovechamiento le dejó el gran maestro.

Sin duda, es difícil encontrar país alguno en el mundo en el cual la influencia pestalozziana no se deje sentir en las corrientes modernas de la educación.

Así, entre nosotros, los españoles, la influencia predominante en toda la reforma educativa nacida del impulso que en la segunda mitad del pasado siglo partió de don Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza por él fundada, está impregnada, tanto de los principios educativos que más han influido en los sistemas pedagógicos de Inglaterra, como de la reconciliación con la naturaleza y la espontaneidad del alma del niño que proviene de Rousseau, como de las ideas fundamentales que en su práctica escolar y en sus escritos desarrolló Pestalozzi.

Mas la deuda principal que con Pestalozzi tenemos los hombres actuales es la de continuar y llevar a término la lucha penosa que él mantuvo en su vida para libertar la escuela, no solamente de los más groseros prejuicios sociales, sino también de los prejuicios de los profesionales de la educación, en los cuales, como en todas las co-

lectividades, pesa con frecuencia excesivamente el lastre de la tradición».

«Solamente una crítica penetrante y metódicamente conducida puede extraer de las obras de Pestalozzi el concepto del valor y significación social de la educación, el del respeto que debe el maestro a las capacidades naturales de los alumnos, del enlace que existe entre la reforma escolar y la reforma social que preconiza el socialismo, de la importancia educativa del trabajo en la escuela y en la vida de los adultos, de la conexión, que existe entre la organización democrática de la producción, como una función social, y la organización racional de la escuela en la continuidad de todos sus grados.

Todas estas ideas, que dibujan la estructura del movimiento pedagógico y social contemporáneo, nacieron en el alma de Pestalozzi al calor de su simpatía por la miseria, al impulso de sus ideales de humana perfección. Todos estos principios están contenidos en gérmen en la concepción dinámica como base de la «intuición» como base de todo proceso educativo, y se caracterizan por su naturaleza fundamentalmente activa, dinámica, fecunda, idéntica en estos caracteres, a la naturaleza esencial del socialismo científico, campo espiritual el más propio, y aun el único posible, para el desenvolvimiento sano y normal de las nuevas corrientes de la pedagogía».

Otro artículo se titula *La madre en la obra de Pestalozzi*. Lo firma Elisa López Velasco. Entresacamos los párrafos siguientes:

«Pero el mal (que sufría el pueblo) era muy extenso; tenía no sólo hondas, sino amplias raíces. El mismo nos pinta, con realismo sorprendente,

el panorama social cuando quiere darnos idea de la instrucción en su tiempo: «Se presentaba como una gran casa, cuyo piso superior brillaba por su arte elevado y completo; pero que sólo se halla habitado por muy pocos hombres; en el del medio viven ya más, pero carecen de una escalera con que poder subir de un modo humano al piso superior, y si manifiestan deseo de trepar a modo de animales, se les destroza la pierna o el brazo que podrían utilizar para ello; en el inferior mora un innumerable rebaño de hombres «que tienen exactamente el mismo derecho» que los del superior a disfrutar de la luz del sol y del aire sano; pero no solamente los abandona a sí mismos en la obscuridad nauseabunda de los calabozos, sino que, cuando se arriesgan tan sólo a elevar la cabeza para mirar a los resplandores del piso superior, se les horadan brutalmente los ojos».

«Esta protección (la del Estado) obsesiona a Pestalozzi; el Estado soberano, con sus grandes recursos económicos y fuerza coercitiva; pues si Pestalozzi afirma que la obra de la escuela es de paz y la cultura debe llevar al espíritu el «sosiego interior», es cierto que el Estado es el único que puede imponerla y acudir con el remedio en proporción al mal...

La época favoreció sus anhelos; los efectos de la Revolución francesa con su credo político —el Estado, soberano, y su credo social, declaración de los derechos del hombre—, estaban en todas las conciencias. La joven Helvetia, en su régimen unitario o en su régimen cantonal, sufre la influencia de estas ideas renovadoras. La obra de Pestalozzi tuvo la protección de ministros en su país y de príncipes y soberanos en otros pueblos de Europa: Alemania, Austria, Holanda, España, etc, fueron propagadoras del sistema, y,

sin embargo, aún pensaba el Maestro en otro factor más rápido y más eficaz para elevar a la gran masa del pueblo: «la natural influencia educadora de las madres»,

«Si Pestalozzi es el fundador de la escuela popular, no olviden las madres, en la conmemoración del centenario de este gran hombre, que fueron tres las ideas fundamentales que movieron su acción educadora: el niño, la madre, el pueblo.

El niño, como un futuro ideal fundamento de un Estado mejor; la madre, como medio insustituible de realizarlo, y el pueblo, realidad triste, dolorosa, en su opresión y miseria, que «tenía derecho» a elevarse por la educación a una vida más humana».

D. Rodolfo Llopis en su artículo *Quiere llegar a ser maestro*, dice:

«Hoy, a los cien años de su muerte, en Suiza como en España, en Italia como en Bélgica, en Francia como en Alemania y como en el mundo entero, se consagrarán cordiales homenajes a la memoria de Pestalozzi.

¡Testamentarios de Pestalozzi...! Todos nos consideramos un poco sus testamentarios. Lo son, en realidad, todos aquellos que se preocupen de emancipar a los hombres por la educación».

«Pestalozzi fué el maestro de su época. A su escuela acuden en pedagógica peregrinación los hombres más representativos de toda Europa. Y al volver a sus respectivos países, las ideas geniales del genial pedagogo van sembrándose por doquier. Poco importa que al fructificar adopten nuevas modalidades; lo interesante es que no se

pierda el esfuerzo. Y en el esfuerzo de gigante que supone la obra de Pestalozzi se encuentran ya los gérmenes de lo que hoy constituye el panorama de la vanguardia pedagógica. En Pestalozzi hay que ver al precursor de las llamadas escuelas nuevas, al precursor de la pedagogía social, al iniciador de la escuela productiva, al propagador de la escuela activa, al defensor entusiasta, apasionado, de lo que hoy llaman escuela única. Su escuela popular, tal como él la concebía, nos lo está indicando. Aquel símil suyo, cuando habla de «la casa de la injusticia» que es la organización escolar, y se propone construir «la escalera unificadora» por donde han de pasar todos los niños a fin de no desperdiciar inútilmente ninguna capacidad, no es sino una anticipación de la gran campaña que vienen haciendo activamente los espíritus más generosos de todo el mundo que luchan por democratizar o nacionalizar la enseñanza».

D. Dionisio Correas en su artículo, *Un excelso trabajador*, afirma:

«Espíritus cicateros, ansiosos de empañar la figura gloriosa de Pestalozzi, poniendo de relieve los defectos que él mismo con adorable ingenuidad descubría, han tratado de presentarnos al gran educador como un hombre dotado de una absoluta incapacidad para organizar su trabajo metódicamente, olvidando que el espíritu del genio es llama que alumbra con vivos fulgores y no casillero meticulosamente ordenado según los rituales burocráticos. Pero si no contara Pestalozzi, en la actualidad, con el testimonio de la universal admiración, bastaría señalar el juicio reverente que sus contemporáneos más ilustres,

Herder, Humboldt, Wieland, tuvieron hacia él y hacia su obra, y que Fichte, el gran filósofo, decía: «La regeneración de la nación alemana la espero del instituto Pestalozzi».

«Muy discutida ha sido la obra del gran educador suizo; contra él como contra Rousseau se han escrito las más acres censuras, pero también las páginas más encomiásticas, y hoy los principios cardinales en que se orienta la escuela popular de todos los países hay que buscarlos en el pedagogo ginebrino y en el educador zuriqués. Los dos esclarecidos genios han inflamado la mente y el corazón de los maestros de todo el mundo, y en sus obras está viva la cantera de la que ha de sacar los materiales todo aquel que haya de entregarse de modo eficiente a la educación de la infancia.

Pestalozzi es el padre de la educación popular; acaso nadie con más desinterés ni con mayor entusiasmo haya pretendido elevar la condición material y moral del pueblo».

3.º «Heraldo de Madrid»

:-: :-: (17 febrero) :-: :-:

Publicaba de fondo el siguiente artículo:

«En el centenario de Pestalozzi

### **Entran 6.000 niños en las Inclusas y mueren 3.000**

Hay que transformar estas arcaicas instituciones en establecimientos de puericultura

Una de esas coincidencias singulares que trae consigo la lógica de la actualidad nos da ocasión para contribuir con una aportación práctica al

centenario del gran pedagogo y gran amante de la infancia desvalida, Juan Enrique Pestalozzi. El ilustre director de la Inclusa de Madrid, doctor Bravo, daba días pasados una conferencia vibrante y documentada abordando con ejemplar valentía ciudadana el problema de las Inclusas españolas, conferencia a la que HERALDO DE MADRID dió toda la importancia que merecía el problema capital suscitado en ella.

El problema no es de ahora. Periódicamente, unas veces por impulso propio, otras estimulada por demandas de los técnicos, la Prensa se ha ocupado de los infelices niños abandonados por sus padres a la beneficencia pública. En 1918, unas manifestaciones sensacionales de los doctores Bravo y Muñoyerro, que abnegadamente y con celo ejemplar vienen defendiendo desde entonces la causa de la infancia abandonada, tuvieron la virtud de que la Inclusa de Madrid fuese trasladada al edificio en que está instalada actualmente.

Pero esta vez la cuestión se plantea en términos más amplios y más radicales. No se trata de una cuestión puramente local, sino de un verdadero problema nacional, cuya solución es urgente y vitalísima. Para darse cuenta de su trascendencia basta citar estas cifras elocuentes: seis mil niños entran anualmente en las Inclusas españolas; de ellos mueren aproximadamente, unos tres mil, siendo así que con una organización nacional del servicio pudieran salvarse al menos la mitad.

La solución propuesta por el doctor Bravo es radical; pero en ella le acompaña la opinión de todas las personas competentes. Hay que ir a la supresión de las Inclusas, sustituyéndolas por establecimientos que sean verdaderos hogares,

donde las madres legítimas o naturales que lo deseen puedan lactar a sus hijos, y a los demás pueda dárseles una crianza nacional. Este es el sistema que predomina ya en casi todos los países, habiendo dado en todas partes los mejores frutos. Ni las Diputaciones ni el Estado pueden desentenderse de problema tan vital; es preciso que aunen sus esfuerzos para que cese un estado de cosas depresivo y para evitar que lleguemos a ser en este aspecto una excepción dentro de los países civilizados».

#### 4.º «El Imparcial» (17 fe-

brero

«En el centenario de su muerte

### Juan Enrique Pestalozzi

Sin duda hay un instinto en el pueblo que le lleva a distinguir, entre los diferentes valores que se le ofrecen, aquellos de calidad primera y que, sobre todos, debe reverenciar... aun cuando los desconozca. Ello explica el hecho de que no exista en el dilatado campo de la pedagogía universal ningún nombre más divulgado que el de Pestalozzi, quizá el único que ha llegado hasta el pueblo, confundándose en ese saber de todos que es como el último compendio de la cultura humana, representada a veces por solas las palabras, las cuales, al no significar nada concreto, lo dicen y comprenden todo.

Pestalozzi recibe así en esta adhesión universal la de los enterados y la de las masas, el reconocimiento que él aguardaba: «Quiero que se me entierre bajo el alero de una escuela; se inscriba mi nombre sobre la piedra que recubra mis cen-

zas, y cuando la lluvia de los cielos la haya desgastado y roto, acaso entonces los hombres se muestren más justos para mí que lo fueron durante mi vida»... En esta suave queja se halla toda el alma sensible de Pestalozzi y su creencia esencial en la bondad de los hombres, aunque él recogiera de ellos abundante cosecha de amarguras. Mas no bastaron éstas, ni los sucesivos fracasos, a distraerle de su noble obsesión: «No he querido durante toda mi vida—escribía en 1801—y sólo quiero hoy una cosa: el bien del pueblo que amo y cuyas miserias siento como pocos hombres». Pestalozzi muéstrase así como un apóstol que predica con la acción, con la plena consagración a la educación del niño. *El Contrato social* y el *Emilio* son los adoctrinadores de este gran corazón: «Rousseau rompió con la fuerza de un hércules las pesadas cadenas del espíritu humano; confió el niño a sí propio y su educación a la Naturaleza». La Naturaleza, la realidad según se nos ofrece, constituyen la base del sistema pestalozziano, lo mismo en el aspecto inmediato de la instrucción que en la utilización de sus elementos como recurso formativo: «La Naturaleza—escribe en las *Veladas de un ermitaño*—desarrolla todas las energías de la Humanidad mediante el ejercicio, y por su empleo obtiene el desarrollo y crecimiento. Es necesario que el niño trabaje, que sus ojos, su voz, sus manos se hallen constantemente ocupadas. Así, pues, nada de lecturas apagadas, ni de largas recitaciones mecánicas, ni de esas clases soporíferas en las que un maestro rutinario dicta o expone su ciencia a pobres infelices que se contentan con soportar la lección monótona con una atención más o menos distraída y ciertamente aburrida. La verdadera escuela es aquella en que todos

trabajan, así los alumnos como el maestro».

También en esto, en la ejemplaridad del trabajo, Pestalozzi impone las horas todas de su vida. Su afán, su desvelo, llegan hasta agotarle. He aquí—dice uno de sus comentadores—el cuadro aproximado de un día escolar en Iverdon. Los alumnos se levantaban a las seis de la mañana; pero ya Pestalozzi se hallaba en pie, y a veces, desde las dos de la madrugada iba de puerta en puerta llamando a los profesores para que acudiesen a su despacho a fin de conversar con ellos y comunicarles sus reflexiones.

Trabajo fuerte, trabajo duro, si se quiere; mas impregnado de alegría: «Toda instrucción es cosa despreciable si hace perder al niño su espontaneidad y su alegría». Y añade más tarde: «La risa es un don de Dios; dejad que el niño ría y conserve su alegría». Prescindiendo de la aspiración filosófica de Pestalozzi, de su empeño en construir un sistema pedagógico, nosotros hallamos en estas palabras lo más puro y fundamental de su doctrina. Todo cuanto lleve a constreñir al niño normal, a limitar su actividad original, a velar su ingenuo descuido, su mirada abierta a todos los interrogantes de la vida, su alegría vital, es esencial e irremediablemente antieducativo y dañoso a la conveniente formación de la infancia.

Pestalozzi creía en el niño como en algo que tiene virtud propia, con independencia de lo que acertada o erróneamente, muchas veces ésto, pongamos en él; y porque creía en la sustantividad pueril, supo hacer la entrega rendida, tierna de sí mismo, convirtiéndose en niño que ríe y llora con éste y... saca también su beneficio; «La intimidad con los niños—escribía don Francisco Giner a Leopoldo Alas—y con el espíritu joven es un don de Dios para que no se seque el alma de

los viejos y pueda guardar un poco de jugo y de frescura y de jovialidad y divino amor a todo lo que viene y vendrá detrás, cuándo nuestros huesos blanqueen en los muladares » En Pestalozzi, como en los pocos que en esto pueden seguirle, el milagro brota de claro hontanar. Juan Enrique huérfano de padre a los seis años, fué, sobre todo, hijo de su madre, mujer inteligente y de corazón, de la que recibiera lección ininterrumpida de bondad. No extrañemos así que el filósofo Fichte dijese más tarde de él: «Es feo, va vestido como un labriego; más posee tan delicados sentimientos que pocos hombres pueden igualársele.» Ya Ana Schultess había leído antes en «sus grandes ojos negros la dulzura y nobleza de su alma»; porque la personalidad de Pestalozzi era tal que por fuerza interesaba de una u otra manera a quienes se le aproximaban, así Goethe, así Herbart, así Froebel, Ritter, madame de Stael, Klopstock, Wieland, Herder... Los unos admiran al hombre, los otros al educador, al filósofo que busca la verdad, al soñador de un mundo mejor. En cualquiera de estos aspectos, que no son todos, la figura de Pestalozzi ofrece relieve singular, inconfundible. «Es un hombre único», decía Lavater, sin que le cegara la amistad. Y por serlo, ahí está su obra, tan dispersa, tan accidentada, tan abundante en aciertos como en errores y siempre ejemplar. Con ella la educación contemporánea ha recibido sugerencias o impulsos que todavía son novedad, y durante mucho tiempo, quizá para siempre, guiarán a los maestros de todo el mundo.

\*  
\* \*

«España no permaneció insensible al movimiento pestalozziano, como lo prueban los ensayos de

Tarragona y Santander y el Instituto Militar Pestalozziano, fundado en Madrid por Godoy en el año 1806 con palabras que merecen ser recogidas. Dice así la Real orden de 31 de julio de aquel año en la que el Príncipe de la Paz comunica el nombramiento de director de la escuela pestalozziana: «Los rápidos progresos que va haciendo en la Europa el geométrico y analítico método de enseñanza de Pestalozzi y la importancia que ofrece de facilitar a los jóvenes los medios de instruirse pronto y exactamente, han fixado mi atención, y he meditado el modo con que podría realizarse el establecimiento de una escuela en Madrid..., un establecimiento que tanto interesa y que se irá arreglando sucesivamente, según los resultados que produzca y los progresos que haga. Conviene también dar una idea al público en nuestros periódicos de este sistema para que vayan meditando sobre él las Corporaciones sabias y se hallen ilustradas y prontas a corresponder a las miras del Gobierno, siempre que quisiese valerse de ellas para que se extienda a otros parajes de la Península...» Discretísimos propósitos de gobernante que desea hacer las cosas bien y conforme a los medios y capacidades prometedores de eficacia.

En enero de 1808 se da por terminado el ensayo, ateniéndose como razón al hecho de que «algunos padres de familia se han manifestado descontentos, otros individuos del Instituto han escrito contra él, y las naciones ilustradas no lo han establecido todavía», y «teniendo también en consideración que las actuales circunstancias no permiten continuar los gastos». La ignorancia la preocupación y la baja política habían aplicado la piqueta demoledora: mas el Príncipe de la Paz declara y afirma su opinión personal escri-

biendo el 1.º de febrero de 1808 una carta a Pestalozzi en la que lamenta la triste resolución adoptada.

Luis SANTULLANO»

5.º «Diario Universal»

::: :: (17 febrero) ::: :::

He aquí su artículo de fondo:

### «Rutas pedagógicas»

En buen hora unos cuantos espíritus cultos y amantes probados de la verdadera pedagogía, han aunado en estos días sus esfuerzos para evitar que pasase inadvertida la fecha del centenario de la muerte de Pestalozzi, el gran apóstol, precursor, y hasta un poco mártir de la moderna enseñanza.

En buena hora, porque, aparte de haberse dicho cosas muy bellas y justas en los diversos actos de homenaje, y, a más de haber buscado la colaboración más propicia, al hacer actores de muchos de ellos a nuestra infancia escolar, hemos vivido en España, merced al apoyo caloroso prestado por toda la Prensa nacional a dichos actos, unos días en que se ha dedicado atención preferente y seducción noble para las cuestiones pedagógicas, para las que solemos tener bien mezquina atención normalmente.

Nos congratulamos de que haya sido así. No de ahora sino de tiempos ya casi remotos, nuestro diario, con toda su modestia, pero también con toda tenacidad y entusiasmo, ha perseverado en la campaña de movilizar el interés de las personas cultas, en el sentido de sentir hondamente la conveniencia de renovar nuestras teo-

rías y prácticas pedagógicas, harto envejecidas y harto fracasadas, por viejas, tanto como por viciosas, desde su mismo origen.

Escuela y Despensa, el programa único de Costa, sigue teniendo aún en España palpitante y recia actualidad, precisamente por esa desatención global y aún particular, que nos ha merecido siempre la magna cuestión de la educación racional, científica, lógica, inteligente y cordial; la educación en fin, que Pestalozzi impulsara, defendiera, y al fin impusiera en las tierras anhelosas de renovación cultural y progreso pedagógico.

A lo más a que hemos llegado, en estos últimos tiempos, ha sido a plantear ensayos, tales como el Instituto Escuela y algún otro Centro docente, y a dotar a la carrera del Magisterio de algo más de tono, y dignificación; primero, con el impulso de las reformas que nuestro ilustre amigo el conde de Romanones dictara para gloria de su nombre y bien de la Enseñanza desde el Ministerio de Instrucción Pública, reformas que redimieron al Magisterio del estado humillante en que vivía por incomprensible pasividad del Estado. Esa impulsión dada al Magisterio, y esa dignificación de la carrera pedagógica, han servido ciertamente para que ya sean muchos los que con entera capacidad y verdadera ilusión se acerquen a las Escuelas donde se enseñan las disciplinas que conducen a obtener el título de Maestro.

Con ello, con contar por armas y soldados un ideal legítimo de mejora y unos maestros entusiastas y perfectamente percatados de su alta misión social, nuestra enseñanza y singularmente la primaria, ha sacudido bastante el polvo de sus pasadas épocas rutinarias y ha entrado por vías de franca y plausible mejora. Bien estará el perseverar en tales empeños. Y para lograrlo, paré-

cenos de perlas que se hable a las gentes de lo que fueron hombres como Pestalozzi, y lo que representó su obra, obra de hombre que sabía poner al lado de la cerebración, la sentimentalidad, y que en la función docente veía algo más que un modo de vivir; veía el ejercicio de altísimo apostolado, la obra que más debería de envanecer a un hombre, por lo menos según nuestro entender, ya que seguimos pensando hoy como ayer, que la paz y el progreso de los mundos tiene que ser el resultado lógico de la mejora de los maestros y de los regímenes de la enseñanza».

6.º **A B C** (22 febrero)

Publicó de fondo el siguiente artículo:

**«Juan Enrique Pestalozzi. Para los niños**

El nombre de Juan Enrique Pestalozzi, nacido en 1746, muerto el 17 de febrero de 1827, resuena, debe resonar, devotamente en el mundo entero; fué amigo de los niños, tuvo para ellos prescripciones geniales, consagrándoles talento excepcional y ternura práctica e infinita. Desde el primer momento le interesaron las desventuras populares, clamó por su remedio; donde había trabajadores hambrientos de pan para el cuerpo y el espíritu, allí estaba, dispuesto a esforzarse por quienes sufriesen tales miserias. Arrostró fatigas, penurias, burlas, indiferencias; cuanto emplean muchas veces la maldad o la estulticia humanas, soportándolo como verdadero iluminado, y tradujo en ideas, consejos, advertencias, lo convertido por la torpeza en pasiones cegadoras y odios

capaces de llegar al extravío. Fué sincero, con intenciones puras, laborioso y tan confiado, que, con arreglo a palabras suyas, cuando ya tenía nieve en los cabellos, sentíase como si contara pocos años.

La inscripción puesta sobre la tumba donde se guardan sus cenizas le llama padre de los huérfanos, salvador de los pobres y guía en el mundo; todo añadía para los otros; para sí, nada, terminando con un «bendito sea su nombre», mucho más expresivo que cuantos elogios buscarse acertada y sentida dedicatoria. Conforme a lo dicho por un comentador, llevó su cariño hasta la locura; «de ordinario—escribe otro—repartía su comida entre los discípulos, y una vez se quitó las hebillas de plata de sus zapatos para socorrer a un mendigo. Compuso novelas, redactó periódicos, organizando diferentes establecimientos benéficos; pero su vocación íntima, de la entraña, ejercida hasta el último momento de su vida, fué la de maestro de escuela».

Su labor pedagógica, extensa, original, perseverante y en absoluto desinteresada, mueve, sin duda, a quienes en estos días consagran al maestro suizo recuerdos merecidos al través de una vida larga, consumida con noble tesón para los niños y su defensa; no hay tarea, de las humanas, más altruista, más grande, más heroica que la suya. Los genios asombrando, los sabios descubriendo, cuantos contribuyen a la glorificación humana, consideran como excelso, siendo modestísimo, el trabajo de llevar luz a los cerebros infantiles,

El nombre de Pestalozzi debe sonar continuamente, no sólo por cuanto hizo, su generosidad, sacrificios, obras y enseñanzas, sino atendiendo a lo que sugirió: avivar las almas, para verlas li-

bres del embrutecimiento. En vida tuvo talento creador; muerto, siguió dando lecciones con el recuerdo. En Zurich contemplé su estatua en bronce; la figura del pedagogo aparece acariciando a un rapaz y el grupo por ellos formado, condensa la fundamental y preferida de cuantas misiones se impuso, y eso que se considera la suya como la más exuberante producción de obras instructivas.

Todos los desvíos, amarguras y quebrantos, supo, mediante venturosa transformación, cambiarlos en generosidades puestas al servicio de los pequeñuelos. Así realizó obra de trascendencia, en la cual intervinimos los españoles. En el libro dedicado al gran pedagogo por el docto profesor, eminente publicista e ilustre compañero don Rufino Blanco, se consagran muchas páginas a relatar varias e interesantes manifestaciones hechas por nuestra nación en movimiento intelectual extendido a los más importantes pueblos de Europa. El príncipe de la paz, en el momento culminante de su poderío, y dos años antes de ver trocadas en miserias sus transitoriamente triunfales designios, creó la Escuela Pestalozziana, mediante oficio dirigido a don Pedro Ceballos, primer secretario de Estado y del despacho de Su Majestad.

Hubo, en efecto, al iniciarse el siglo XIX, sacudida realizada por el insigne maestro, a quien siguen recordando con gratitud cuantos reconocen la trascendencia de sus propósitos. Ninguna obligación más provechosa que la de atender a los niños: el que gobierna y el gobernado, el poderoso y el humilde, el fuerte y el débil, el sentimental y el prosaico, los consideran manantial de la vida, y como han de apagar su sed en el transcurso de la existencia, cuidan de la pureza

de la fuente, la transparencia de sus aguas, manteniéndolas limpias al correr por el cauce, camino de la mar, que es el morir.

El cuidado de los niños, las atenciones para ellos, cuanto redunde en provecho suyo; es la primera, la más fecunda obligación social, grata a los ojos de Dios y beneficiosa para las nobles ansias de la Humanidad. Si quieren ser fuertes, necesitarán generaciones robustas, y la robustez no se improvisa; ha de allegarse en el germen, acompañar a la criatura desde el comienzo, unirse a ella en todo su desarrollo. Si quiere ser inteligente, preparará los albores de los cerebros, conduciéndoles por el camino del verdadero y fructífero conocimiento, para que ni se paralicen ni se abrumen con excesiva carga, ni abandonen nunca la contemplación de la Verdad, guía provechoso con la rectitud del entendimiento.

Por lo mismo que el ambiente de nuestra sociedad es propicio a lo fortuito, a los afanes por el provecho material, adquirido de repente, a veces sin escrúpulo, se necesita que las fuerzas directoras eviten males, cuyo término es la ruina moral y también en ocasiones la material. Abrase proceso contra las deficiencias de la educación; en las escuelas se expenden recetas contra los males sufridos. Necesitamos vigilar la formación de caracteres robustos, íntegros, propios para el mundo moderno.

Afortunadamente, España siente la preocupación de tal problema. Don Lorenzo Luzuriaga, adscrito a nuestro Museo Pedagógico, especializado con brillantez en trabajos relativos a la enseñanza, publica en la segunda edición de su libro acerca del analfabetismo datos consoladores, pues demuestran haberse atenuado cifras de ayer, hoy recordadas con sonrojo.

El analfabetismo de nuestro país tiene la proporción de un 42,64 por 100. Necesitamos persistir en el empeño de mejorar tales números. «No quiere esto decir—afirma el señor Luzuriaga—que entre analfabetismo y cultura exista relación íntima. Pueblos de proporción mínima de analfabetos—agrega—, cual los escandinavos, no alcanzan en ciertas manifestaciones de cultura la elevación de otros» y cita como ejemplo el nombre de España. Pero nuestro afán ha de consistir preferentemente en mejorar la instrucción primaria; aumentemos el número de escuelas, celebrando así el nombre de quien hace más de un siglo trabajó fervorosamente pensando en los niños. Hagamos su causa con ahinco, resuelta e incansablemente; será el mejor, el más espléndido homenaje rendido a quien llamaron maestro de la Humanidad y escribió estas palabras: «El hombre, al nacer, lleva consigo el germen de las facultades que deben conducirle a gobernar razonable y apaciblemente su existencia. La Naturaleza, o, por mejor decir, Dios, eterno, creador de todas las cosas, ha hecho depender el desenvolvimiento de estas facultades, que en la primera edad se reducen a observar y hablar, de la solicitud maternal y de ciertas circunstancias inseparables de esta misma solicitud, obrando sobre los sentidos del niño desde los primeros días de su vida».

**J. Francos Rodríguez»**

Este mismo periódico madrileño, en su número correspondiente al 8 de marzo, dedicó el siguiente fondo a Pestalozzi:

**«España y el centenario de  
Pestalozzi**

En los momentos en que se celebra en toda Eu-

ropa el Centenario de la muerte de Pestalozzi sería bueno que no nos olvidásemos de que una de las obras más importantes, más ecuanímes, más documentadas y más nobles que se han escrito sobre el gran pedagogo suizo es la del español Rufino Blanco. Los extranjeros no la olvidan. Y en muchas de las antologías que ahora se publican en Zurich, en Milán y en París tenemos el gusto de encontrar, entre páginas ya célebres de Compayré, de Karl Schmidt, del padre Girard, de Fichte, de madame de Stael, de Ramsauer y de otros muchos panegiristas alemanes, helvéticos, franceses e italianos del fundador del Instituto de Iverdon, algunos trozos magistrales, en los que el eminente educacionista madrileño hace ver la influencia que el sistema pestalozziano ha tenido en España desde los primeros años del siglo XIX, Antes de que Tobler, Hopf y Barraud, procediendo como misioneros de los nuevos sistemas, se encaminasen hacia Bergerac para crear allí una escuela modelo y emprender así, de una manera formal, la conquista de las Galias, ya en España funcionaba el plantel que en Tarragona fundaron en 1801, tres oficiales del regimiento de Suizos de Su Majestad Católica. Esta pronta aceptación de un método que todavía era combatido en el seno mismo del Consejo Federal Suizo, no dejó de ser considerada con extrañeza por los que, en el Norte de Europa, suponían entonces a la Patria de Torquemada sumida en un «impenetrable obscurantismo inquisitorial», para emplear la frase de un comentador de Juan Jacobo. Reflejos atenuados de tal creencia se encuentran hasta en el folleto, de Morf, titulado *Pestalozzi in Spanien*. Pero basta leer una de las cartas en que el teniente Voitel, que vivía en Cataluña desde hacía varios años, habla del buen suceso de la primera

escuela pestalozziana, para tener una idea exacta de la verdad. «Como había en el regimiento — dice — de 20 a 30 hijos de soldados que, gozando de las más felices disposiciones, se exponían por falta de educación, a hacerse unos perdidos, me decidí a fundar una clase.» Y agrega: «No referiré por no ser prolijo, cuánto tuve que trabajar al principio; baste decir que la obra camina a medida de mi deseo». Algunos comentadores de estas palabras parecen creer que sólo los extranjeros establecidos en Tarragona sentían entusiasmos, al menos en un principio, por la obra de Voitel. La verdad es que apenas enteradas de lo que significaba el nuevo sistema, todas las asociaciones culturales de la Península comenzaron a desear introducirlo en las aulas que patrocinaban. La Compañía Cantábrica, presidida por el duque de Frías, y dirigida por el padre Andújar, fué la primera que envió una comisión al cuartel de los Suizos de Su Majestad para estudiar la escuela que allí funcionaba con tanto éxito, y proponer a su director que se trasladase a Madrid, con el fin de establecer otra igual, que pudiese servir de ejemplo y de norma a los demás planteles del reino. Como el teniente no podía abandonar su puesto, decidió al capellán de sus tropas a solicitar la licencia necesaria para ir a la capital a encargarse de la fundación del aula deseada. Esto acaeció en el verano de 1805. Y fué tan rápido el triunfo del colegio madrileño, que antes de terminar el mismo año ya se había inaugurado en Santander, bajo la vigilancia de Bobely, un Seminario para formar maestros según el flamante principio pedagógico. La batalla, entonces, estaba ya ganada. Y el vencedor era el buen sacerdote, de quien Studer nos ha dejado una silueta inefable, que Rufino Blanco traduce en su libro: «Este

don Juan de Andúzar—dice el escritor extranjero—es un eclesiástico, natural de Murcia, de estatura mediana, color moreno, cabellos negros, ojos grandes y llenos de fuego, nariz ligeramente encorvada a la romana, labios salientes, fuerte y blanca dentadura; en una palabra de aspecto enérgico y robusto. Cuando llamaba a su criado, gritaba: «¡Juanito!» Si no llegaba: «¡Señor Juan!» Y, finalmente: «¡Señor don Juan!» Aun teniendo ingresos considerables, casi nunca disponía de dinero, pues lo necesitaban los pobres. Si quería convidar a algún amigo, tenía que rebuscar en un cofre más que modesto un par de ochentines, que guardaba en un periódico. Tenía en poco el reino de este mundo. Campesino de origen, se hizo con el estudio de la teología camino para una posición en consonancia con su talento y fuerza de voluntad. Su honradez y saber le elevaron a ayo de los hijos del duque, en cuya casa vivía, y a redactor de la *Gaceta*».

Un discípulo de este admirable clérigo, digno hermano del cura de Pilar de la Horadada, el coronel Amorós tuvo, más tarde, la gloria de ser el que iniciara a los parisienses en el amor del *sport*. Esto, los españoles lo han olvidado. Los franceses, no.

«Cuando aquel hidalgo llegó a nuestro suelo, a fines de 1814—dice M. G. Lortel—, venía desterrado de su tierra, donde había sido preceptor del infante don Francisco de Pauda, intendente de la Policía, ministro de la Gobernación y jefe de varias provincias. Entre nosotros, entonces, hablábase mucho de las teorías pedagógicas de Pestalozzi, que, después de Juan Jacobo Rousseau, empeñábase en predicar la educación natural en la que el cultivo del cuerpo tiene tanta importancia como la del espíritu».

La parte espiritual del método suizo ya otros la habían hecho adoptar en Francia. La parte relativa a la cultura física fué introducida por el discípulo del padre Andújar. Y así, por lo menos a medias, puede España aparecer como la iniciadora pestalozziana de las Galias. Esto, a decir verdad. Rufino Blanco no se atreve ni siquiera a insinuarlo en su libro, publicado, en una época en que el *sport* apenas tenía importancia. Pero hoy, que se nota que de las muchas novedades predicadas por Pestalozzi tal vez la única que lejos de palidecer, ha ido cobrando nuevo brillo de generación en generación, es la deportiva, no me parece exagerada presunción la de pedir para el coronel Amorós un altar en el templo de la gran reforma pedagógica durante estos días de jubileo.

Y si a los organizadores del centenario les parece que es demasiado pedir, les recomiendo que, además de los trozos de Rufino Blanco, que en sus antologías figuran, lean su libro completo. En él verán, en efecto, que, gracias en gran parte al entusiasmo de los jóvenes oficiales de todas las guarniciones de la Península, ávidas de saber y de progreso, el pestalozzismo, sostenido por la fe de Andújar, hizo en España más rápidas conquistas que en los demás países de Europa. Y verán también, no sin la natural sorpresa que causa en Europa lo que sale de los prejuicios rutinarios, que, mientras en Suiza, el Consejo federal, después de oír el informe del reverendo padre Girard, negábase a prestar su apoyo material al Instituto modelo de Iverdon, en España, el príncipe de la Paz escribía a los corregidores y a los presidentes de las Sociedades Económicas del Reino, pidiéndoles con gran empeño que



De los siete artículos, que rodean y encuadran las mencionadas frases, reproducimos a continuación los dos primeros de los señores Suárez Somonte y Allué Salvador, limitándonos a consignar algunos incisos de los restantes.

Hé aquí el artículo de don Ignacio Suarez Somonte:

### «El profeta de la moderna pedagogía»

La fama universal de Pestalozzi no es debida a los frutos que obtuvo como maestro en la práctica de la enseñanza, sino a que fué un sacerdote de esa misma enseñanza, un apóstol y un profeta de la moderna pedagogía, en la que no hay nada bueno que no fuera enseñado por él. La escuela para Pestalozzi fué laboratorio, donde hizo pruebas de ensayo de todo lo excelso y de todo lo grande que puede imaginarse y que puede sentirse en bien de la Humanidad. La gigantesca figura de Pestalozzi aparece en la Historia, más que con los resplandores de su inteligencia, con la hermosura de su corazón: que eso fué Pestalozzi: un gran corazón, rebosante de amor y de ternura por la Humanidad, y de ella especialmente por la niñez pobre y desvalida.

Ni él ni sus discípulos precisaron su método, porque la obra que realizaba era más de corazón que de inteligencia, y su método y pedagogía eran su amor y su ternura por la niñez. El mismo método y la misma pedagogía que San José de Calasanz y sus discípulos, que nuestro venerable y nunca bien llorado padre Manjón, y que nuestro ilustre maestro y nunca bien ponderado Siurot.

El maestro modela el alma de la niñez, no a la luz de las verdades que enseña, sino al calor del amor que pone en la enseñanza.

«Fué Pestalozzi una cristalización providencial del ambiente revolucionario de su época y de las corrientes de libertad y emancipación del pueblo que agitaban a la Humanidad; fué un revolucionario contra todos los abusos e injusticias, y su espíritu, puro e inquieto, le apartó del sacerdocio de la iglesia para llevarle al otro sacerdocio hermano de la enseñanza, empujado por el idealismo pedagógico de Rousseau en su *Emilio*, cuya obra es el espíritu y es la teoría de todas las prácticas en la enseñanza de la vida de Pestalozzi».

Fué un revolucionario que evitó a la Humanidad muchos trastornos y sacudidas violentas. Se unió en espíritu a la Revolución francesa para encauzarla al bien de la Humanidad por la educación del pueblo; pero el gran Napoleón no tuvo tiempo para emplearlo en el «A B C» de Pestalozzi, y el pueblo libre empleó su libertad en querer esclavizar a los demás, ya que cuando un pueblo no está educado en el bien y en el amor; el único empleo que puede tener su violento esfuerzo al romper las cadenas que le oprimen es echarlas sobre las demás o cambiar su esclavitud por otra más fuerte y más dura.

Si Pestalozzi hubiera sido anterior a Rousseau, la Revolución francesa habría sido más humana y más fecunda en bienes y provechos para el mundo, y si Rusia hubiera acogido las ideas y principios de Pestalozzi con el entusiasmo y el fervor que Alemania, la faz del mundo hubiese cambiado y no se hubiera roto el equilibrio mundial ni habría desaparecido la muralla de la raza eslava, que la Providencia colocó para contener los peligros de la raza amarilla.

A tanto alcanza la fuerza y la virtud de la educación del pueblo, fin principal de la actuación de Pestalozzi, que fué un ferviente enamorado de

la Humanidad, cuyo perfeccionamiento buscaba por la educación, único camino para llegar a ese fin, en el cual aún nos queda mucho que andar, pues si bien es cierto que las ideas y principios de Pestalozzi han influido en nuestras escuelas como en las del mundo entero, aún no tiene nuestra primera enseñanza la orientación profesional que el gran pedagogo deseaba para que fuera la escuela preparación para la vida, orientación principal de todos los grados y clases de enseñanza.

Debe la escuela adaptarse al ambiente del sitio donde esté, y a eso vamos con decisión y urgencia. La escuela del litoral debe mirar al mar y sobre la cultura general necesaria y la formación ciudadana debe dárseles a los niños conocimientos de pesca y navegación, ya que en ello estará su porvenir; en las regiones agrícolas la escuela debe mirar al campo, y junto con aquella cultura y aquella ciudadana formación debe dárseles a los niños conocimientos agrícolas de los cultivos especiales del lugar; y así en las demás actividades y fuentes de riqueza en cada sitio, que deben tener en la escuela su precisa y clara iniciación. Que lo que quiera recogerse como fruto de la actividad social es necesario verterlo como semilla en la escuela. A ello vamos, y con poco esfuerzo será pronto realidad; pero es necesario mucho más para la realización del plan pestalozziano en la misión de la escuela, en la formación y educación del pueblo, preparándole para la vida.

Hace falta con urgencia que la acción de nuestra escuela continúe hasta el cuartel, llenando el espacio, hoy casi vacío, entre el término de la edad escolar y el ingreso en las filas del Ejército, transformando la escuela en ese período en centro de formación ciudadana y escuela de aprendi-

zaje y perfeccionamiento de oficios, ocupaciones e industrias de cada lugar.

Esta enseñanza post-escolar ha de ser preceptiva, con sanciones al llegar al cuartel; pero su fuerza de imposición ha de apoyarse más en la virtualidad de esa enseñanza en su utilidad e inmediata aplicación.

Le falta mucho a la Humanidad para realizar el programa de Pestalozzi sobre la educación del pueblo, obra precisa para el orden social en cada nación y para la paz del mundo, ya que el problema social en cada sitio y el de la Humanidad entera es un problema de educación».

El de don Miguel Allué Salvador es del tenor siguiente:

### **«La obraviva de la educación social**

No hace muchos días leí en un periódico que comentaba la proximidad del centenario de Pestalozzi, la noticia, en verdad ingrata, de haber fracasado en su país y en todas partes las instituciones pestalozzianas.

Afortunadamente, no se trata de una noticia que no pueda rectificarse. Más bien que una noticia, es una impresión personal, que, inspirada en una conciencia recta, tiene por razones de forma y de oportunidad todas las apariencias de una originalidad provocadora y artificiosa.

No está mal este género de artificios y provocaciones. Gracias a ellos se enciende la controversia, y el coro de unánimes alabanzas, un tanto frío siempre, se adereza con esas salpicaduras, que hacen de la obra del maestro, siquiera por unos días, la piedra de toque de una palpitante actualidad.

Y claro es que el hecho escueto de que un maestro de escuela, muerto hace cien años, sea por unos días una palpitante actualidad debe satisfacernos a todos los que vemos en el problema de la educación la cuestión magna de las sociedades contemporáneas.

Hablemos, pues, de Pestalozzi en esta fecha memorable para la historia de la Pedagogía.

\*  
\*  
\*

Millones de españoles, al oír sonar el nombre de Pestalozzi, se preguntarían. «¿Y quién fué Pestalozzi?»

Al responderles que Pestalozzi ha sido nada menos que el fundador de la escuela pública de nuestros días, y, juntamente con Rousseau y con Herbart, el iniciador de la Pedagogía contemporánea, tengo para mí que se quedarían tan perplejos como antes.

He ahí una sencilla e importante finalidad del centenario: evitar que vuelva a ocurrir eso.

Es una gran tristeza observar la indiferencia de las masas ante el problema de la educación. Todavía sigue siendo en muchos casos el principal estímulo de las familias para enviar los niños a la escuela el grato deseo de evitarse molestias domésticas, acompañado de la satisfacción que produce saber que fuera del hogar están los pequeños recogidos y libres de accidentes catastróficos. De accidentes de otra índole, pocos se preocupan.

Nuestro permanente optimismo nos lleva a reconocer que en todos los países, sin excluir el nuestro, la escuela pública se ve asistida de una simpatía y de una efusión popular cada día mayor.

El centenario de Pestalozzi debe contribuir a que esa simpatía y esa efusión popular aumenten. El hombre y la obra son como el pedernal y la piedra: se completan para producir la chispa del entusiasmo que envuelve a las empresas nobles y generosas.

\*  
\* \*

Una idea quisiéramos aportar al acopio de pensamientos pestalozzianos que en estos días bullen por las columnas de la Prensa.

Suele aplicarse el ideario y la experiencia pestalozzianos a la escuela primaria. ¿Es que no pueden tener aplicación alguna en los otros grados o sectores de la enseñanza nacional?

Natorp y otros pensadores posteriores han demostrado que Pestalozzi no fué un mero práctico empírico y mecanizado de las primeras letras. Fué un espíritu filosófico, que sin reducir su pensamiento a un sistema cerrado y esquemático, arrojó en los campos de la cultura general multitud de ideas y de propósitos, que poco a poco han ido renovando aquí y allá los sistemas y procedimientos de la enseñanza general.

Los comentaristas de la obra de Pestalozzi señalan tres ideas fundamentales, emanadas de aquella: la idea de espontaneidad en materias de educación, la idea del equilibrio de las energías psíquicas, que luego se ha llamado educación integral, y la idea de la comunidad, base de la pedagogía social contemporánea.

Procediendo con serenidad, ¿será posible negar que esas ideas son aún una atrayente actualidad pedagógica? ¿Acaso tales ideas han dado ya todo el fruto que de ellas se podía esperar?

En el Instituto, en la Universidad, en la Escue-

la Normal, las virtudes pestalozzianas pueden hacer mucho bien. Por eso, su ideario tiene rango sobrado para elevarse sobre los planos de la enseñanza superior, inoculando en ella el virus necesario para substituir la tiesura de antaño por las cordiales y efusivas manifestaciones, que son la trabazón de los procedimientos educativos de hogño.

Reconozcamos, para terminar, que, gracias a Pestalozzi y a otros pedagogos que le han seguido, la educación es una obra viva, que en muchos países tiene ya la asistencia de todas las clases sociales; en el nuestro empieza a despertar la simpatía de todos, lo que vale tanto como asegurarle el amor del pueblo».

Del artículo *Pestalozzi es acción*, son las frases siguientes:

«La figura de Pestalozzi tiene, entre muchas otras la superior condición de que, cuanto más se le contempla y se la estudia, más mueve nuestro pensamiento a la acción. Su vida toda fué acción: acción política, acción pedagógica, acción humanitaria y misericordiosa. ¡Siempre acción!

Por esto no dejó detallado y escrito un método pestalozziano. Han tenido que estructurarlo sus sucesores, extrayéndolo de sus libros y de sus obras. Sus concepciones pedagógicas estuvieron constantemente, y apenas nacidas, tocadas en el control de la realidad, de la práctica, golpeadas en todo momento sobre el yunque de la experiencia. Fué su trabajo un rectificar constante, un dudar de lo bueno, para intentar lograr lo mejor. Es el suyo un caso vivo de lo que es trabajar, animado de la duda, como compañera inseparable,

y con el propósito decidido de la rectificación honrada, ante las enseñanzas de la realidad».

*El dolor y la alegría* titúlase otro artículo, en el que se afirma:

«Toda la obra de este suizo inmortal es una obra de afecto: supo él como nadie - tomar lugar en la intimidad del niño, y así, la infancia lo acogió queriendo el embeleso de sus doctrinas. Desdeñado por Bonaparte y Talleyrand, mereció, en cambio, las lisonjas de Maine, de Biran de Fichte, de Herder y de otros grandes hombres de la época, que supieron comprenderlo. En Pestalozzi había un creador, y en él se inspiró en gran parte un pedagogo tan notable como Frœbel, sin embargo de las diferencias que se aprecian entre uno y otro».

«Era un niño, en realidad. *Todo yo para mis discípulos... Sus manos estaban en mis manos; mis ojos estaban fijos en sus ojos*, decía al hablar del Orfanatorio de Stanz, de la locura de Stanz, de donde—según Guimps—salió la escuela primaria del siglo XIX. Era un niño: un niño complicado y difícil, pero niño en muchas de sus cosas. Es, al fin, el mérito de los que en trato frecuente con los niños son a veces también niños, condición que permite poderlos gozar mejor. Niño y todo, por el carácter, tenía este nombre singular un corazón inmenso, nota sobresaliente suya. Un maestro con corazón, que ahora y siempre constituirá esto la cualidad más estimable de todo educador. Con el corazón, la voluntad, la fuerza milagrosa que no se cansa y que salva los obstáculos; el afán bendito de llegar al ideal.

Pestalozzi... una cumbre. Allá arriba, muy alto, y en disputa con el sol...»

El artículo *Un episodio de la vida de Pestalozzi*, termina de esta suerte:

«La posteridad ha glorificado el nombre de Pestalozzi de modo plástico levantándole un monumento ante el castillo de Iverdon, en que se albergó su escuela, colocando una placa conmemorativa en el de Berthoud, que llenó antes tal misión, y en Zurich, lugar de nacimiento del gran pensador, erigiéndole una estatua y organizando el Museo docente pestalozziano, en el que se enseña la estancia donde el pedagogo vió la primera luz. Pero la apoteosis inicial la realizaron esos miles de niños congregándose para decirle con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, recordando las tiernas palabras de Jesús. «¡Padre y maestro, venimos a tí!»»

Y el último de la plana, *Vida e ideas de Juan Enrique Pestalozzi*, concluye en la siguiente forma:

«En tan evangélica figura deben considerarse reverenciados y exaltados todos los maestros de España, de Europa, del mundo, y esta buena costumbre de recordar, después de un siglo, larga etapa para las obras del genio, las ideas de un hombre-cumbre; su vida, sus libros y su medio intelectual, no sólo depura el prestigio de las grandes figuras, sino que también es un noble y bello estímulo para los pensadores, para los que sobresalen en las letras, en las artes o en las ciencias, y sobre todo para aquellos que se dedican obscura, anónima, penosamente, a derramar a raudales los tesoros que guardan en su corazón y en sus cerebros en beneficio de la Humanidad.

Y entre los centenarios en honor de hombres

gloriosos, seguramente será de los más justos y merecidos este que hoy ofrendamos al maestro Pestalozzi, que nos dejó un legado de ideas, de esperanza y de paz; ideas eternas que han de ayudarnos a grabar en el corazón del hombre la fuerza del Infinito».

## II. — PRENSA DE PROVINCIAS

### 1.º «La Región» (Santan- der-17 febrero) :-: :-:

«Entre las envidiables prendas personales que poseía el pedagogo de Zurich, el incomparable maestro suizo que consagró su vida a la educación de la infancia desvalida, queremos hacer resaltar el amor a la libertad que llenaba por completo su alma.

Sin duda el ambiente en que se desarrollaron sus primeros años fué causa principal de aquel amor. La contemplación de las desgracias de la gente pobre; las llagas sociales que pudo observar en sus visitas a los enfermos acompañando a un tío suyo que ejercía la medicina, inflamaron su espíritu generoso, determinándole a abrazar la profesión de maestro, pensando que así servía mejor a su patria y a la causa de la libertad.

Enamorado de Francia, que le nombró ciudadano de este país, cuando los ejércitos de Napoleón se desparramaron por Europa sembrando la desolación, no volvió a considerarse ciudadano francés. La despectiva forma con que Bonaparte acogió las proposiciones de la reforma de enseñanza, presentadas por Pestalozzi, diciendo que no tenía tiempo de preocuparse del A. B. C., produjeron en el espíritu delicado del apóstol una repugnancia bien manifiesta.

Los ensayos agrícolas de Birr, en cuyo pueblo fundó la granja de Neu Hof, negocio ruinoso; el orfelinato de Stanz, en el que se convirtió en padre de los infelices cuyos progenitores fueron sacrificados en las revueltas revolucionarias de Suiza: el mismo Instituto de Iverdon, visitado por hombres de ciencia de todos los países; todas, absolutamente todas las obras de Juan Enrique Pestalozzi están impregnadas de un sabor democrático por excelencia.

Sus fundaciones; sus libros; su vida entera, son un manantial inagotable de sugerencias para los que se encaminan hacia el ideal universal que, amando a la patria, tenga por guía los grandes principios del amor fraternal con los que, a despecho de egoísmos y concupiscencias, se podrá hacer de todos los hombres una sola familia.

Su única preocupación fué la formación de *ciudadanos*, pero ciudadanos, cultos, honrados, laboriosos, *hombres* en fin.

La escuela del pueblo tuvo en Pestalozzi su valedor más firme. Ni los desengaños, ni las privaciones, ni las ingratitudes que sufrió, fueron bastante a pagar su fe en la redención de las gentes por la educación.

El P. Girard ensalzó su obra. El espíritu de ésta vive entre nosotros hoy con más fuerza que nunca. Las últimas palabras de Juan Enrique resuenan en nuestros oídos como música deliciosa. El, «muero tranquilo, perdono a mis enemigos y bendigo a mis amigos» adquiere en este día, en que se cumplen cien años de su pronunciación, unas proporciones gigantescas.

LA REGION, que viene laborando sin descanso por la «Escuela del Pueblo», quiere entonar un

cántico de alabanza a Pestalozzi, diciendo: Salve, salve, Maestro».

## 2.º «El Diario de Burgos»

::: ::: (17 febrero) ::: :::

«Estos renglones no han de ser una biografía de Juan Enrique Pestalozzi, sin duda el más famoso pedagogo; tarea es esta reservada a las autoridades del mundo pedagógico, y, a decir verdad, la hay copiosa y erudita.

Sólo intentamos trazar unos rasguños en la fecha de hoy, primer centenario de su muerte.

Pestalozzi, es para unos el fundador de la Pedagogía moderna con Herbat, reconociendo a éste sobre Pestalozzi la ventaja de ser un gran psicólogo. Otros le llaman «rey» y «príncipe» de la Pedagogía y todos le aclaman como un hombre que ha amado y se ha sacrificado por la educación popular.

Para nosotros, este glorioso suizo, fué Maestro, eso y nada más, maestro; creo no hay palabra más exacta; eso fué en toda su plenitud, maestro. Cristo decía: «Dejad que los niños vengan a mí». Pestalozzi: «Venid; yo os proporcionaré, instruyéndoos, el modo de que podamos ganar la vida honradamente». Este es Pestalozzi. El maestro de cuerpo entero, el maestro de vocación. «A pesar de mis nevados cabellos—dice en su obra clásica *Como Gertrudis enseña a sus hijos*—era todavía un niño». Ve a Pestalozzi obrando y haciéndose niño para compenetrarse con éstos y de esta manera hacerse entender y amar. En otra página escribe: «Concebí el pensamiento de hacerles dibujar, escribir y trabajar durante la clase». Hé ahí en pocas palabras descrito lo que hoy se llama el método activo, alma y vida de la escuela mo-

derna. Mas, sobre todo, fué el maestro enamorado de la escuela pública, de la escuela última. A aquélla van los niños desheredados de la fortuna, los humildes, esos, que en frase de Amicis: «Salió la sangre bendita que redimió la patria». A éstos adoraba. «Vivía todo el año en compañía de más de cincuenta niños, hijos de pordioseros; en la pobreza compartía mi pan con ellos, y vivía yo mismo como un mendigo para enseñar a mendigos a vivir como hombres». ¡Que sublimidad, que heroísmo que grandeza hay en el alma de Pestalozzi! Esta fase de la vida de nuestro pedagogo es solamente comparable a un Francisco de Asís; como aquél deja su fortuna y se desprende de toda materia y practica a la vez la enseñanza y la caridad.

El pintor Conrado Grob ha tomado en un lienzo «Pestalozzi en Stanz», uno de estos interesantes momentos de su vida, donde recoge con entusiasmo a los niños huérfanos que, a consecuencia de la invasión francesa en Suiza, quedaron abandonados.

Les forma su corazón e inteligencia; les viste, lava, peina; en una palabra, vive la vida de ellos.

Se mueve con ese fino espíritu selecto propio de los genios, no encuentra estabilidad; el quietismo es patrimonio de los pobres en ideas. De Stanz marcha a Berthoud, donde comienzan a apreciar su obra; de aquí a Münchenbuchsee e Iverdon, donde continúa su labor, sin consultar el rostro, plegado de envidias, de los que le rodean.

Y, por fin, después, de haber sembrado fecunda semilla, darnos ideas madres y ser combatido hasta por los que ayer eran sus colaboradores, con la sonrisa del héroe y del mártir en un momento de delirio, fallece el 17 de febrero de 1827.

Sus discípulos le llevan en hombros al sepulcro, le levantan monumentos; la posteridad reconoce sus méritos; pero, por encima de estos diremos con Compayré; «La acción de su pensamiento está siempre viva y circulando de escuela en escuela». En Pestalozzi tienen realidad estas hermosas palabras de Gabriela Mistral: «Cuando vean que te has alejado, recogerán tu simiente; tal vez la besen con ternura y la lleven en su corazón».

Manuel Navarro

Pancorbo 15-II-927».

3.º «El Correo de Zamora»  
 (17 febrero) :-:

«El día 17 de este mes de febrero se cumplen los cien años de la muerte del sabio pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi. ¿Cómo Zamora va a ensalzar la obra del amigo del niño cuyo sistema puede reducirse a este principio básico: «La intuición es absolutamente la fuente principal de los conocimientos?»

Todo el mundo prepara los medios de ensalzar su labor árdua y penosa, porque educar al niño el instruirle, es tarea meritísima, y en hombres como el viejo Pestalozzi, que además por tal fin arrastra y sufre la pobreza, merece reverencia y amor de los que ven el sacrificio que se impuso aquel mártir de la infancia indigente y desvalida.

La inscripción del sencillo monumento que el gobierno de Argovia le erigiera con esta inscripción: «Aquí yace Enrique Pestalozzi, salvador de los pobres de Neuhof, predicador del pueblo en Leonardo y Gertrudis, padre de los huérfanos en Stanz; fundador de la nueva escuela popular en Bertoud, educador de la humanidad en Iverdon;

hombre, cristiano, ciudadano: todo para los otros, nada para sí. ¡Bendito sea su nombre!», demuestra la labor educadora de este humilde gran sabio que todos los maestros debieran imitar para su gloria.

Ved su libro «Veladas de un solitario», en el que claro expone sobre la educación sus máximas e ideas principales. «Donde falta la fe todo decae, todo se perturba. La incredulidad es el oprobio y la perdición de un pueblo».

«Leonardo y Gertrudis». Premió Berna por tal libro admirable a su autor con cincuenta escudos, y además con la medalla de oro. «Mis destinos», «Canto del Cisne» dos hermosas obras que son el testamento de aquel bendito sabio que al colocar un niño la corona de roble sobre la frente del anciano bueno, la quitó Pestalozzi y dijo enterrecido poniéndola en la tersa e inmaculada del párvulo inocente; «No es a mí sino a la inocencia a quien pertenece esta corona».

Idolo y un modelo de enseñanza, hombre grande, hombre sabio, hombre valiente, que por la educación de los pequeños sufrió los desengaños mas terribles pero que triunfó al fin por sus bondades ¿qué hará el mundo por él? En su memoria hoy proyecta veladas y certámenes, y en medio de las fiestas que su labor fecunda conmemoran, surge la gran figura del pedagogo por filantropía a quien todos debemos el espíritu base pedagógica de toda la enseñanza de la niñez; a esta consagraba no sólo su talento sino su amor; amor fecundo y grande llama candente en corazón magnánimo que ardía en el anhelo de una infinita caridad de mártir. «He vivido como mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres».

¡Así era Pestalozzi! Suiza fué su cuna, pero el

mundo es su patria, porque el amor jamás tuvo fronteras.. !

*Ricardo Ballesteros Escalero.*

Bermillo de Sayago febrero 1927».

4.º «Diario Regional» (Va-

lencia 17 febrero) :-:

«Hace hoy cien años que falleció el célebre pedagogo Pestalozzi; y es justo dedicar un recuerdo a este hombre famoso, cualquiera que sea el juicio que merezcan sus acciones, sus métodos, su filosofía y sus obras.

No sería pertinente en un artículo de periódico narrar su vida, llena de luchas y de dolores, de entusiasmos y de fracasos, de rasgos nobilísimos y de lamentables equivocaciones; y menos oportuno sería todavía pretender, en breves líneas, hacer la crítica de sus escritos, de la que tantos profesionales se han ocupado.

Pero la figura de Pestalozzi ha adquirido en el campo de la Pedagogía tan alto relieve, que no se la puede pasar por alto para darse cuenta del desenvolvimiento de dicha ciencia en los tiempos modernos.

Sin duda el influjo de Pestalozzi en la escuela —sobre todo en la escuela que pudiéramos llamar popular— ha sido tan grande como él mismo esperaba en sus momentos de optimismo; pero las causas de esta influencia tal vez no consistan sólo en el mérito de sus aportaciones.

Aquella fórmula de su método, basada en el triple apoyo del *lenguaje*, la *forma* y el *número*, fué, ciertamente, una feliz concepción, fruto de laboriosas observaciones didácticas y psicológicas, capaz de servir de fundamento a todo un sistema que, en sus manos primero, y después

en las de sus numerosos discípulos, se mostró fecundo para el progreso pedagógico; la teoría de la *intuición*, aunque con precedentes en otros pedagogos, desarrollada y aplicada por él, de un modo original, a las diversas esferas de conocimiento, ha tenido la trascendencia de las ideas geniales; y, en una palabra, la revolución pedagógica iniciada por Pestalozzi, llega en sus derivaciones, hasta nuestros propios días.

Pero ¿no habrá contribuido también a la exaltación del pedagogo de Zurich, tanto como su propia obra, el ejemplo de su azorosa vida? ¿Y no habrá sido en las impresionantes peripecias de ella, donde han hallado el manantial de su devoción muchos de sus decididos panegiristas?

La vida de los grandes hombres es siempre un incentivo de la curiosidad humana. Un poeta con quien sentimos; un filósofo con quien meditamos; y hasta un hombre de ciencia con quien emprendemos el camino de la investigación, no pueden sernos indiferentes ni aun como *hombres*, y el bucear en los episodios de su existencia es un complemento del conocimiento que con ellos trabajamos.

En tal sentido, la biografía de Pestalozzi es bien apropósito para suscitar afectos y simpatías. Hombre eminentemente sentimental—acaso exageradamente sentimental—no puede sernos indiferente, y sus pesares, sus infortunios y más que nada su abnegación verdaderamente admirable; su amor al pueblo, sinceramente demostrado en los más críticos momentos de su existencia, dejan huella en nuestro corazón y nos privan, tal vez como a él mismo, de enjuiciar serenamente sus doctrinas, que, consideradas con más severo criterio, tienen, indudablemente, puntos flacos.

De cualquier modo, la obra de Pestalozzi, como la de los otros grandes pedagogos más recientes, ha enriquecido la ciencia con multitud de ideas fundamentales que el maestro debe utilizar constantemente. Y, sin embargo de ello, la obra educativa tiene siempre algo de subjetivo, de personal, que modifica, elabora y transforma los métodos, de tal suerte que éstos son poco más de nada si no los vivifica y anima la propia palabra, la propia inteligencia y el corazón mismo del que los pone en ejecución en su escuela.

Además de eso, la relación entre el maestro y el discípulo es tan varia, tan compleja, que todo exclusivismo de método tendría sus partidas fallidas.

Para valernos de un símil físico podríamos decir que todo discípulo es una nota, y que el gran secreto del maestro es hallar los armónicos de esa nota, que la refuercen según su peculiar condición.

Una cualidad hay, sin embargo, en la que han de convenir todos los pedagogos dignos de tal nombre, y esta cualidad es el amor, profundo e inquebrantable, hacia el niño. Porque Pestalozzi lo tuvo, su memoria perdura a través de las generaciones, y aun los que no acepten íntegras sus doctrinas, tendrán para él, en esta hora de su centenario, un piadoso y respetuoso recuerdo.

M. Hoyos.

5.º «La Voz de Teruel»

::: :: (17 febrero) ::: ::

Hace un siglo que murió el filósofo y pedagogo zuriqués, renovador de la enseñanza, teorizante fecundo, que dejó tras de sí la influencia más directa en la Pedagogía y que de haber sido carác-

ter y voluntad fuerte, viviría encarnada su doctrina en alguna Sociedad u Orden y hubiera pasado a la posteridad como Fundador.

Pestalozzi, triunfante como literato y sociólogo, con nombre conocido más allá de su nación, afiliado a grupos políticos idealistamente exaltados, entra de lleno en el sacerdocio enseñante al encargarse del orfelinato fundado en el pintoresco pueblo de Stanz, donde celos y prevenciones de gentes, le hacen fracasar oficialmente.

Pasa después a una escuela rural, como auxiliar de un hombre vulgar e insignificante, quien ante el que cree un rival, lo desprestigia y conduce al fracaso.

De allí sale Pestalozzi para alcanzar algunos triunfos, condensando sus normas pedagógicas ya experimentadas en «El Método», fundando su Instituto del que es director y en el que publica su obra cumbre, «Cómo Gertrudis enseña a sus hijos».

El destino no dió aún la paz, ni quiso consolidar la gloria que merecía el ilustre hijo de Zurich. Viejo, agotado en luchas titánicas, perseguido, vió derrumbarse toda su obra práctica, en la que puso sacrificios y abnegaciones.

No fué la fortuna tutelar de Pestalozzi; el dolor y contrariedades más amargas llegan hasta él cuando su muerte se aproxima. Y al llegar ésta, en 17 de febrero de 1827; es cuando la fama pregonadora su valía y la conmoción popular solemniza sus exequias con pompa inusitada.

Veinte años después, en Birr, donde reposaron sus restos, le fué erigido el primer monumento.

Hoy el mundo culto, ha conmemorado su muerte y puesto su nombre y su obra sobre el tapete de la crítica.

Pestalozzi, hombre exquisitamente sentimen-

tal, observador y psicólogo, desenvuelve sus doctrinas pedagógicas dentro del campo filosófico y hace de ellas una ciencia.

No son sus teorías lirismos; son todas fundadas y razonadas, ligadas íntimamente al psiquis.

Intuición, extensión e intensidad de la misma y lenguaje, es la esencia del método pestalozziano: condénsase en estas palabras, percepción-expresión.

Alrededor de este método, gira, «Cómo Gertrudis enseña a sus hijos», obra que componen catorce cartas escritas a un íntimo suyo, tratando en cada una de ellas, de las diferentes materias de enseñanza y educación, siempre bajo la base sensible del ver.

Todos los pedagogos bebieron en esta fuente y de ella hicieron estudios interesantísimos; Fischer, Walseman, Lay, Dewey, Rein y el mismo Fröbel que la completa y perfecciona al buscar en el hacer, el complemento de la intuición.

Hija de Pestalozzi la moderna pedagogía, hemos de reconocer el valor positivo del hombre cuyo centenario se celebra. Pestalozzi no es el joven influenciado por la Enciclopedia, ni el maestro sin nombre, fracasado y perseguido.

Pestalozzi es el sabio, es el filósofo y es el maestro de más nombre y trascendencia.

Suiza, su patria, la nación más culta, donde las escuelas son llamadas «palacios de la república», y donde se ha llegado al ideal educativo, la escuela común, única, es hoy el Pestalozzi redivivo. Un culto sentido y real, tienen los suizos para su figura; su nombre, sus monumentos se alzan por doquier y es eterna la gratitud hacia el que fué padre de pobres y de huérfanos.

**Pedro Pueyo y Artezo**  
Director de «La Asociación»

Villastar, febrero 1927.»

6.º «**la Región**» (Orense  
 :: :: 17 febrero) :: ::

Publicó dos artículos, *Pestalozzi todo corazón* y *Pestalozzi, el bueno*, de los que entresacamos los siguientes párrafos:

«Bueno es homenajear a hombres idealistas en una época en que se desprecian y desprecian los valores espirituales, lo que equivale a tanto como abdicar de la condición humana.

Pestalozzi triunfa y vive cuando todo lo de su época pasó; hermosura, armas y dinero.

Resucitemos la figura del maestro venerable que fué todo corazón, y hagámosla vivir como quiere la inscripción del monumento erigido a su memoria en la escuela de Birr, donde fué enterrado:

«Salvador de los pobres en Neuuhof; predicador del pueblo en «Leonardo y Gertrudis»; padre de los huérfanos en Stanz; fundador de la nueva escuela popular en Burgdorf y Münchenbuchsee; educador de la Humanidad en Yverdon; hombre, cristiano, ciudadano; *todo para los demás, nada para sí*; ¡benedicid su nombre!».

«Pestalozzi no fué más que el maestro. Su campo de acción se limitó a la escuela primaria, y sin embargo, su nombre, su personalidad, rompe los muros de la Pedagogía, se sale de las fronteras de su país, de su nación y se extiende por todo el mundo, nimbado de áureos resplandores. Es que Pestalozzi, dentro de su profesión, se remontó a las cumbres del genio y de la santidad. Sólo de los que han alcanzado estas alturas perdura y agranda el tiempo su memoria.

La preparación profesional de Pestalozzi fué muy escasa. Su talento innato y espontáneo no sintió la necesidad de apoyarse en la experiencia ajena. Como todos los grandes innovadores él

hizo escuela: una escuela pura, limpia, personalísima sin la menor influencia extraña. Si hubiera sido el primer educador idénticas hubieran sido sus orientaciones pedagógicas. El libro de estudio, la fuente de inspiración, el venero de donde extrajo su ciencia, sus deducciones y principios educativos, fueron la observación directa y la experiencia unidas a una gran caridad y comprensión de los males del pueblo y del remedio que estos requerían. Sin la bondad de Pestalozzi no hubiera producido frutos su talento. La bondad fué siempre el principal estimulante de su genio».

«Si en el ejercicio de la ciudadanía se reconocieran santos, si la sociedad elevara a los altares a sus hijos más abnegados, es seguro que ocuparía un lugar preferente el bienhechor de la humanidad, cuyo centenario festejamos».

### 7.º De «El Día de Cuenca»

:-: :-: (16 febrero) :-: :-:

son los párrafos transcritos a continuación:

«El mundo todo se dispone a celebrar el centenario de la muerte del pedagogo ginebrino Juan Enrique Pestalozzi. En las altas esferas de la política, la literatura y la ciencia, la conmemoración de este centenario va a tener, a juzgar por lo que se prepara, una resonancia universal. Todas las naciones harán sus solemnes honras oficiales, recordando al pedagogo de Zurich. Ni una sola revista ni un solo periódico que se precie deja reflejar en sus páginas algo que con este centenario se relacione. Habrá sesiones solemnes, a las que acudirán embajadores y autoridades, se pronunciarán discursos de panegírico se

dedicarán poesías a su vida, ¡a su vida que fué toda ella una poesía de amor, del más desinteresado y sublime de todos los amores!, se cantarán himnos...

Cuanto más se contempla y se estudia, más grande, más sublime aparece la figura de ese hombre que sólo con su esfuerzo y su siembra sentó los cimientos de la escuela para el pueblo. Ocurre con ella lo que con la de Jesús; que es, de lo breve tan profundo el surco de su vida, tal su fecundidad y tan meritoria su epopeya que en nuestra pequeñez nos aturde la visión de vida tan sublime, y en el aturdimiento casi nos parece imposible la duda».

«Que el padre, acabada la cena, un poco antes del rezo de oraciones, cuente a sus hijos con palabras de unción, algo de lo mucho que durante su vida hizo el maestro Pestalozzi.

Que los niños sepan, por relato del padre, que el hombre cuyo recuerdo mueve en homenaje al mundo entero, fué un maestro, un sencillo maestro de escuela: ¡puede que así aprendan a tener una mayor admiración por el suyo! Que les diga que a más de maestro, pudo ser otras cosas: político influyente ocupar cargos lucrativos, pero que no quiso ser otra cosa que maestro».

«Y así el recuerdo de vida y de muerte tan santas hace que corra una lágrima por las mejillas de la madre, se abran en admiración los ojos de los pequeñuelos y la emoción se adueñe de los labios del padre, ese habrá sido el mejor homenaje que en el centenario de su muerte pueda dedicarse a la memoria del santo maestro de Zurich».

8.º «El Faro de Vigo»

Publicó dos artículos: uno el día 16 de febrero,

titulado *Pestalozzi y Concepción Arenal*, y otro el 17 encabezado con estas palabras: *El Pedagogo Pestalozzi*. De ambos entresacamos los párrafos siguientes:

«Mañana se celebra en todo el mundo civilizado el primer centenario de Pestalozzi, la figura pedagógica de mayor relieve en el siglo XVIII.

Suiza y Alemania, los países que más han recogido la savia espiritual del insigne educador, no se contentarán con honrar a Pestalozzi cubriendo de flores su monumento y haciendo en discursos su edificante apología.

Aquellos Gobiernos abrirán mañana nuevas instituciones pestalozzianas y divulgarán profusamente los bellos pensamientos del pedagogo suizo para que su obra siga arraigando y produciendo frutos de bendición.

Pestalozzi ha creado la escuela moderna: escuela de acción, de trabajo, de alegría, de formación de la voluntad, de preparación profesional, despertando en el niño fuerzas dormidas que bien encauzadas lo lleven a la posible felicidad».

«Muerto Pestalozzi, muchos pueblos del mundo han continuado su obra estableciendo fundaciones de filantropía social. Las ciudades inmediatas al lugar donde está sepultado Pestalozzi se han creído más obligadas a ello, como si la vecindad de aquellas veneradas cenizas fuese un imperativo sagrado».

«Al recordar este tributo rendido a Pestalozzi por los pueblos que guardan devotamente sus restos, pensamos con dolor que otro genio esclarecido, sembrador de ideales luminosos, Concepción Arenal, duerme su eterno sueño en Galicia, sin que las gentes se hayan cuidado de levantar

a su memoria un Reformatorio para niños delinquentes, pensamiento que llenó toda la vida de aquella santa mujer.

En otras tierras lejanas a la nuestra, se ha realizado ya aquel hermoso ideal. Ellas no habrán recogido el cuerpo inanimado de Concepción Arenal para enterrarlo, pero se enorgullecen en cambio de haber recogido su espíritu inmortal, para unirlo y glorificarlo».

«La conquista más alta, más pura, más fecunda del siglo XIX, la intensa cátedra de verdadera democracia ciudadana, la universidad regeneradora del individuo y de la comunidad, la escuela pública o nacional, la socialización de la cultura, a Juan Enrique Pestalozzi se le debe. Hoy se cumple su centenario; hoy se cumple el centenario del más grande maestro de la historia. Una oración por su alma nos parece poco; una imitación de su vida de sacerdocio nos parece algo, lo suficiente para rendir a su memoria el homenaje espiritual a que es acreedor y se merece».

«Filósofo, publicó «Mis investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana», de elevada filosofía política, del que dijo Herder que representaba «el nacimiento del genio filosófico alemán». Filántropo, gastó cuanto tenía en liberar a los niños, y cuando se arruinó y arruinó a su esposa pidió una limosna noble, cristiana, elevada, sublime en su documento. «Un ruego a los amigos de los hombres», para sostener su establecimiento cultural, de enorme transcendencia pedagógica. Apóstol, predicó con el ejemplo la doctrina regeneradora de la instrucción y de la educación «viviendo años enteros, como un mendigo, juntamente con más de cincuenta niños pobres para enseñar a

los mendigos a vivir como hombres». Santo, perdonó con grandeza de alma a sus enemigos y detractores con estas últimas palabras de su testamento: «Puedan mis cenizas reducir al silencio el apasionamiento ilimitado de mis enemigos, y mis últimas palabras moverles a hacer lo que es justo, y con calma, dignidad y decencia, como conviene a los hombres. En todo caso yo los perdono; bendigo a mis amigos y espero que se acordarán con amor del ya acabado y proseguirán con sus mejores fuerzas, después de mi muerte, los fines de mi vida».

«Pero además de todo esto; además de filósofo, filántropo, apóstol y santo Pestalozzi fué el maestro por excelencia, el maestro entre todos los maestros».

«Como a Jesucristo también lo apostrofan algunos de sus colaboradores».

### III.—REVISTAS

#### 1.ª «La Federación Esco-

#### lar (Salamanca) :--:--:

Ha editado un número extraordinario, con arreglo al siguiente sumario:

«Pestalozzi, maestro, por Eulalio Escudero, «Pestalozzi, maestro de educadores», por Ángel Luengo Encinas. «La obra social de Pestalozzi», por Andrés García Martín. «¡Gloria a tí, oh Pestalozzi», por Ludivino Corbo, «El verdadero Pestalozzi», por Nicolás Escanilla. «El solitario de Bullet», por Manuel F. Crespo. «Horas de meditación», por Carlos de Sena. «Espíritu de sacrificio», por Teodoro Robles. «Pestalozzi, demófilo», por Serafín Bernal. «El mérito de Pesta-

lozzi», por A. Fernández Serrano. «Sección de Asociaciones»; Asociación provincial. Sección de Socorros Mútuos, Asociación de Maestros nacionales del partido de Peñaranda de Bracamonte. La elección del Representante».

2.º «Nuevo Mundo» :-:

:-: (II de marzo) :-: :-:

Al pie de un grabado, escribe:

«Centenario de la muerte de Pestalozzi en Suiza.—don Francisco Carrillo Guerrero, Delegado de la Sociedad Española de Amigos del Niño, dirigiéndose a la tumba del insigne pedagogo, para depositar una corona después de pronunciar un discurso, que fué muy aplaudido».

3.º «El Magisterio Nacio-

:-: nal» (9 febrero) :-: :-:

Número 297, extraordinario, dedicado al centenario de la muerte de Pestalozzi, por José Xandri Pich, Subdirector de la Revista.

Esta publicación bisemanal es órgano de la *Asociación Nacional del Magisterio Primario*. (Véase el número 298 y siguientes, en los que trata con loa y encarecimiento de Pestalozzi).

4.º «Revista de pedagogía»

:-: :-: (febrero) :-: :-: :-:

Número extraordinario del Centenario de Pestalozzi, con el siguiente *Sumario*:

—SIGNIFICACIÓN DE PESTALOZZI PARA NUESTRO TIEMPO.—Augusto Messer.

- PESTALOZZI, FUNDADOR DE LA ESCUELA POPULAR.  
 —*Luis de Zulueta.*  
 —PESTALOZZI MAESTRO. —*Justa Freire Méndez.*  
 —PESTALOZZI EN ESPAÑA. —*Antonio Gil Muñiz.*  
 —VIDA Y OBRA DE PESTALOZZI. —*L. Luzuriaga.*  
 —PALABRAS DE PESTALOZZI.  
 —PESTALOZZI EN LA ESCUELA.—Una lección en clase, por *M. Laurent.*  
 —PESTALOZZI EN ESPAÑA.—Reglamento para gobierno de la Escuela Pestalozziana en Madrid.—Oda a Pestalozzi del Duque de Frías.  
 —BIBLIOGRAFÍA PESTALOZZIANA.  
 —NOTICIAS DEL CENTENARIO.

**5.º «El Magisterio Español»**

(Véanse los números correspondientes al 10, 16 y 22 de febrero).



## SEGUNDA PARTE

### ALGUNOS REPAROS

A LA RECIENTE PROPAGANDA ORAL Y ESCRITA  
CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE PESTA-

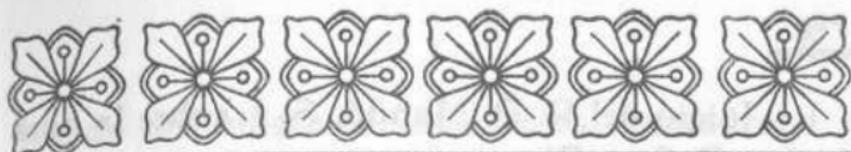
LOZZI

profesor, coniente a su obra como compañero—como le llama el señor Francisco Rodríguez—y a su obra, que, según escribe el señor Gómez Carrillo de París, es una de las obras más importantes, más modernas, más documentadas y más nobles que se han escrito sobre el gran pedagogo mismo. (1)

Este primer reparo, observación o advertencia abarca los cuatro siguientes puntos:

(1) Véanse los artículos de ambos señores de prestigiosos telares. *Praxis de Madrid*, n.º 4.





## REPARO PRIMERO

EL INVOCADO COMO EXIMIO PANEGIRISTA  
RESULTA CALIFICADO CENSOR DE LA PEDA-  
GOGIA DE PESTALOZZI

Nos referimos a don Rufino Blanco, *docto profesor, eminente publicista e ilustre compañero*—como le llama el señor Francos Rodríguez—y a su obra, que, según escribe el señor Gómez Carrillo desde París, es *una de las obras más importantes, más ecuanímenes, más documentadas y más nobles que se han escrito sobre el gran pedagogo suizo*. (1)

Este primer reparo, observación o advertencia abarca los cuatro siguientes puntos:

(1) Véanse los artículos de ambos señores en páginas anteriores: *Prensa de Madrid*, n.º 6.

I.—Juicio del R. P. Mundó, S. J. sobre la obra de don Rufino Blanco.

II.—Juicio de don Rufino Blanco sobre el sistema de Pestalozzi, consignado en *El Universo*, correspondiente al 18 del pasado febrero.

III.—Juicio del mencionado señor Blanco sobre el Centenario de Pestalozzi, firmado el actual mes de marzo en Madrid, y publicado por *La Región*, de Orense, el 4 del mismo mes, como artículo de colaboración.

IV.—Artículo del referido señor Blanco titulado: *Míster Foster Watson, Pestalozzi y Luis Vives*, publicado en *El Debate* del 31 Marzo 1927.

I  
Examina el P. Mundó, S. J., (*Razón y Fe*, tomo XXIX, pág. 258 y siguientes) este libro: *Pestalozzi: su vida y sus obras. Pestalozzi en España* por don Rufino Blanco, Profesor de la Escuela Superior del Magisterio (Madrid-1909) y dice:

«El lector de este libro conviene que distinga perfectamente el mérito de su autor de los méritos del personaje que nos describe. Cuando la fama de alguna persona ha roto el círculo de los especialistas y se ha hecho del dominio universal, como Pestalozzi, realiza una obra digna de elogio todo el que se esfuerza por aclarar sus méritos y ayudar al público a que se forme de él el debido concepto. A esto contribuye admirablemente don Rufino Blanco, amontonando en pocas páginas todo un tesoro de datos, entresaca-

dos de los biógrafos, discípulos, imitadores y jueces de Pestalozzi y de su obra, o recogidos en los Archivos de Alcalá, Madrid y Segovia».

«Si en el examen de ella penetramos, no podrá menos de causar extrañeza que un personaje como el que aquí se describe haya podido conquistarse la fama de pedagogo»,

«Cuatro condiciones—continúa—parece que habría de tener el que tal aureola pretendiera: porque ha de ser apto para formar el corazón, para componer el exterior de sus discípulos y para educar formal y materialmente sus facultades cognoscitivas. Los datos que el autor de este libro nos suministra sobre Pestalozzi no pueden ser más desastrosos en todos cuatro sentidos».

«Comenzando por lo último, fué Pestalozzi calificado de holgazán y desidioso en todas las escuelas que frecuentó (pág. 3); sus admiradores le tuvieron por desequilibrado (73-80) y afirmaron que no podía escribir una línea sin faltas; que no sabía con seguridad las cuatro reglas de aritmética ni llegaba en geografía a lo que un muchacho de la escuela primaria (83)».

«Por otra parte, su manera de conversar con los alumnos y proponerles los ejercicios no podía ser más antipedagógica, porque hablaba sin soltar de los dientes la punta de la corbata o del pañuelo. Y con tal precipitación y tonillo y falta de dominio, que sus discípulos afirman que no entendían nada de lo que enseñaba, porque era ininteligible; que corregía dos o tres veces cada

frase, y que a las diez de la mañana ya solía ponerse ronco y cansado (74 y 75). Por aquí se entenderá cuán difícil había de ser que un maestro de tales condiciones pudiera contribuir eficazmente al desarrollo intelectual de sus discípulos».

«Pues si la formación moral consideramos, sufrirá de punto enormemente la dificultad. El porte y urbanidad de los que frecuentaban su trato, parece que habían de reportar no poco de detrimento de ver a un maestro desaliñado en su persona y en sus cosas, porque andaba, según ellos mismos nos le describen, con los calzones mal abrochados, las medias desatadas y caídas sobre los zapatos, cubierto de polvo y mordiendo ordinariamente la corbata, cuando la llevaba, y cuando no la punta del pañuelo» (72-74).

«¿Y qué diremos de las cualidades que el buen maestro necesita para formar lo principal, el carácter de los discípulos? Fué inconstante, hasta el extremo de hacer bancarrota en las mil ocupaciones que emprendió; fracasó en el estudio de la teología protestante y de jurisprudencia, en el oficio de agricultor y de productor de leche y quesos, en el de fabricante de sedas y de algodón, hasta el punto de que una criada tuviera que poner en orden sus negocios y de que su mujer hubiera de abandonarle para que no le malbaratara su dote como lo había hecho con su propia hacienda (3-9). Fué tan voluble y desigual, que en un momento pasaba de una alegría franca y expansiva a una tristeza taciturna y concentrada.

Lo cual explica perfectamente las continuas contradicciones en que incurren sus discípulos al describir su carácter: porque mientras unos ponderan que nunca se enojaba con ellos ni con los maestros subalternos (302), nos enteran otros de que repartía liberalmente bofetadas a derecha e izquierda (305) y de que frecuentemente se incomodaba, cuando los maestros le daban algún motivo de disgusto, con tanta cólera y saña, que golpeaba la puerta hasta romperla (310). Fué tan inconsecuente, que haciendo profesión de incrédulo, socialista, revolucionario, hasta el punto de ser encarcelado por tal y proclamado más tarde ciudadano francés por la Asamblea legislativa, encarecía en sus obras, con largos discursos, la importancia de la religión, y excitaba la hilaridad de sus discípulos por la presunción vanidosa con que ostentaba en su pecho la cruz de San Wladimiro, que le otorgó el zar Alejandro en 1814».

«En vista de todo lo cual no será maravilla que se pregunte el lector cuál haya sido el mérito de este pedagogo. No se puede negar que hubo de tener su trato algún misterioso atractivo que, en medio de sus excentricidades, le conquistase el afecto de tantos admiradores, no siempre, dicho sea de paso, incondicionalmente tales. Este es, a nuestro entender su humanitarismo y su amor a la juventud, que rayaba en delirio desde que, viendo arruinada su finca de Neukof, reunió en su casa hasta 50 muchachos desharrapados, que

le ayudasen en la fabricación del algodón, y a quienes él, en cambio, desbastaba de su grosería. La mirada de un niño bastaba para desarmarle y hacer prorrumpir en voces de perdón, cuando se había encolerizado en demasía. Y vez hubo que entró en Basilea atados los zapatos con unas pajas por haber regalado las hebillas a un mendigo».

## II

*El Universo*, revista ilustrada de acción católica y de cultura general, que dirige el mencionado don Rufino Blanco, trae, en su número correspondiente al 18 de febrero, diversos grabados referentes a Pestalozzi: su retrato y su firma autógrafa; su escudo; el mapa de los establecimientos de enseñanza y beneficencia por él fundados; el estado actual del castillo que ocupó en Iverdon; el escudo de armas del Instituto militar Pestalozziano, de Madrid, que estuvo establecido en la calle Ancha de San Bernardo; su tumba en Birrpero de texto referente al maestro de Zurich, única y exclusivamente estas lacónicas frases:

### **«El centenario de la muerte de Pestalozzi»**

Ayer, 17 de febrero, se cumplió el primer centenario de la muerte de Enrique Pestalozzi, célebre pedagogo zuriqués.

Con tal motivo se han celebrado en Madrid y en otras poblaciones algunos actos académicos.

Recordando aquella fecha, insertamos en este número algunos grabados referentes a dicho pedagogo, cuyo sistema tuvo un fugaz predicamento en los primeros años del siglo XIX, viviendo todavía Pestalozzi».

«El *laconismo*, el *silencio* de persona tan autorizada entre los panegiristas de Pestalozzi, mientras ellos sembraban a voleo y tan a capricho los superlativos del encomio, no deja de tener su importancia.

### III

Mas pasó la efervescencia del entusiasmo; y el referido señor Blanco ha tenido a bien poner al Centenario celebrado las siguientes sabrosas apostillas en el mencionado periódico de Orense:

#### **«Después del centenario de Pestalozzi**

Ya se ha celebrado en España el centenario de la muerte de Pestalozzi y a celebrarle han contribuido algunas corporaciones particulares, varios establecimientos de enseñanza oficial, unas cuantas personas iniciadas de buena voluntad y algunas más, que hacen perfectamente compatible su amor a la cultura y a la frecuente exhibición personal.

No había para qué salir al paso de tan inofensivas demostraciones adelantando juicios que en todo tiempo son oportunos, y que hubieran po-

dido estar expuestos a mala interpretación; pero, pasados los sucesos, no será enteramente inútil poner algunas apostillas al centenario celebrado, por si pueden servir de advertencia a los que faltan por celebrar.

Desde luego, nadie ha de regatear los méritos positivos del pedagogo de Zurich, aunque fué digno sucesor de su paisano Rousseau, el pedagogo de Ginebra; y a nadie ha de causar extrañeza que se tributen homenajes a estos hombres por aquellos que coincidan con sus principios y doctrinas.

Aun parece explicable que los suizos organicen y tributen honores a nombres tan sonados, si con ello entienden que contribuyen al prestigio de su patria; pero vistos los hechos con la serenidad que permite su carácter de pasados, no se explica fácilmente que contribuyan al enaltecimiento de figuras, en varios aspectos discutibles, los que prescinden de otras que tanto valen y que además se entreguen incondicionalmente a los que en estos asuntos llevan intereses distintos de los de la verdad histórica y aun de la cultura popular.

Admitamos que Rousseau y Pestalozzi son dos genios de la Pedagogía; pero ¿serían tan celebrados si no hubieran sido revolucionarios?

¿Por qué, entonces, se cita con tanto encomio el *Libro de las madres*, de Pestalozzi, que es un libro insignificante, y no se cita casi nunca el *Curso regular de enseñanza materna*, del aba-

te Girard, que es infinitamente superior al primero, así en el orden lógico como en el pedagógico?

Pues suizo es también el abate Girard, y puesto al lado de Pestalozzi, bien puede resistir la comparación.

Superiores a Pestalozzi en sabiduría y en sentido pedagógico fueron Comenio y Froebel, y aunque del primero arranca toda la Pedagogía intuitiva, incluso la de Pestalozzi, y del segundo, toda la Pedagogía de la acción, se les cita de pasada y apenas si se recuerdan las fechas más famosas de sus fecundas biografías.

Y como esta diferencia de trato debe obedecer a algo, habrá que pensar en que si tendrá *la culpa* el que, a pesar de ser protestantes, eran hombres profundamente religiosos.

Uno de los méritos sobresalientes de Pestalozzi, al decir de sus panegiristas, es el de haber sido fundador de la escuela popular con lo cual se dice parte de verdad, porque populares y popularísimas fueron antes que las fracasadas de Pestalozzi las Escuelas Pías de San José de Calasanz y las de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que tienen por fundador a San Juan Bautista de la Salle. Unas y otras cuentan por millones los niños pobres educados gratuitamente y su pujanza e influencia en la cultura humana no necesitan encarecimiento alguno (1).

(1) Aunque posteriores a Pestalozzi, son igualmente populares y popularísimas, y también gratuitas, las Escuelas salesianas de don Bosco y las del Ave María, de don Andrés Manjón.

Lo que se celebra en Pestalozzi no es la escuela popular, sino la escuela primaria secularizada.

Y son consecuentes los que aspirando a secularizar la escuela contribuyen excesivamente a la exaltación de la figura de Pestalozzi, pero será lícito llamar la atención de quien pensando en católico se sume incondicionalmente a los que piensan de otra manera.

Parece también candidez meridional «echar la casa por la ventana» cuando se trata de personajes extranjeros, y dejar en olvido hombres y fechas que han influido grandemente en la cultura de la patria.

Nadie puede censurar, por ejemplo, que las Escuelas Normales de Madrid se hayan visto obligadas a tomar parte en la celebración del centenario a Pestalozzi; pero ambas escuelas y las demás del Reino dejaron pasar en silencio cincuentenarios y centenarios que hubieran parecido justificadísimos tratándose de Montesino, que implantó dichas escuelas en España; de la fundación de las mismas o al menos de la fecha en que se restablecieron después de su airada supresión (1).

(1) Nótese que ninguna de estas conmemoraciones pudiera proponerse por fervor de espíritu religioso, ni en el orden político por interés de una tendencia conservadora.

Y ya se advierte que en las consideraciones anteriores no hay molestia para nadie porque puede predecirse, sin riesgo de quedar mal, que llegarán otras fechas y ocurrirá lo mismo con independencia de las personas que formen sus Juntas de profesores.

Y no deja de ser extraño que en un país donde nada recuerda los centenarios de San Isidoro, de Luis Vives, ni de Murillo, por ejemplo, se tributen fervientes conmemoraciones a personajes extranjeros inferiores en genio y en merecimientos.

En esta facilidad que los españoles tenemos para entusiasmarnos sin discusión con todo lo extranjero, nos acompañan, para no negar la ley de herencia, algunas repúblicas hispanoamericanas, pero en otros países son extraordinariamente pocos para hacer justicia a personajes extraños.

Desde Suiza se han hecho numerosas invitaciones a todos los países para que de algún modo se asocien a las manifestaciones que allí se han organizado en honor de Pestalozzi.

Sin temor a equivocarse es posible también afirmar que no en todas partes se habrá correspondido a la invitación con tan incondicional adhesión como en España, siendo de notar además que muchos que extreman su entusiasmo con las gentes extranjeras, son los que de ordinario menos muestras de amor dan a la madre patria.

Nada digamos de correspondencia, porque no es necesario; mas si de ello se duda, propóngase la celebración solemne en Suiza del aniversario de un genio español, y ya veremos de qué modo allí se adhieren al homenaje.

Sin llegar al desabrimiento, aún es posible co-

mentar las fiestas conmemorativas de los pasados días en otros aspectos.

Algunos de los fervientes admiradores de Pestalozzi, censuran los procedimientos de enseñanza de las Escuelas manjonianas, y, si para ello pudieran tener razón, habrían de abominar antes de casi todos los procedimientos pestalozzianos.

Quizás no es mal pensamiento sospechar que algunos pestalozzianos de estos días conocen poco más que de oídas al famoso pedagogo zuriqués, pero esto es achaque de todos los homenajes. En el centenario de Cervantes hubo algunos cervantófilos que no habían leído por completo ni siquiera el *Quijote*, y en los homenajes dedicados a Menéndez Pelayo con la triste evocación de su muerte, hubo quien le ensalzó grandemente sin conocer ninguna de sus obras.

Se han hecho elogios mercedísimos del amor que Pestalozzi tenía a los niños y quizá entre los admiradores de este extraño pedagogo habrá alguno que diga para su capote; «Dejad que los niños se acerquen... a otros».

Acaso estas ligeras observaciones parezcan de algún modo impertinentes, pero ellas están bien empleadas si aciertan a conquistar adeptos para estas conclusiones.

Adhirámonos con entusiasmo a la verdad y a sus divinos esplendores, cualquiera que sea el que las predique.

Honremos justamente a los genios de la humanidad en cuanto tengan de genios aunque sean extranjeros.

Pero honremos también a los genios españoles.

**Ruino BLANCO**

Madrid, marzo de 1927».

#### IV

*Momentos antes de entrar este pliego en máquina, vemos en EL DEBATE del 31 de marzo otro nuevo artículo del referido señor Blanco, que viene a corroborar los anteriores, con el siguiente texto y título, que reproducimos a continuación:*

#### **«Míster Foster Watson, Pestalozzi y Luis Vives**

Con frecuencia llegan a Madrid algunos extranjeros que, precedidos de hábiles reclamos, sientan fácilmente entre nosotros plaza de sabios, a cuyo alrededor comienzan a bullir como por ensalmo algunos agibilibus más o menos intelectuales, que se dan tono, echándose las de amigos íntimos y de familiares de los advenedizos, que nos favorecen y aun nos deslumbran con sus visitas, sus conferencias y sus banquetes... de correspondencia culinaria.

No es este ciertamente el caso del ilustre escritor inglés Mr. Foster Watson, profesor de Educación en el Colegio Universitario del País de Gales, que ha venido a España después de haber estudiado a fondo con todas las cualidades de un

investigador inteligente, probo y erudito la prócer figura de nuestro Luis Vives.

¡Bien puede afirmarse que, muerto Bonilla y San Martín, no hay nadie en el mundo que pueda competir con Mr. Watson en el conocimiento de la vida y obras del gran polígrafo valenciano.

La venida a España de Mr. Watson es además oportunísima, porque se ha celebrado aquí, casi con más entusiasmo que en Suiza, el centenario de Pestalozzi, y la presencia de Mr. Watson en España tiene todas las apariencias de un reproche que podría formularse de esta manera.

«Mientras vosotros los españoles os entretenéis en celebrar con fuegos artificiales el centenario de Pestalozzi, más que en estudiar sus obras, yo, que soy un modesto profesor inglés vengo a deciros que tenéis olvidada la excelsa figura de vuestro compatriota «Luis Vives», de todo en todo superior a la del popular pedagogo zuriqués».

Mr. Watson, al recoger los ecos de los recientes entusiasmos pestalozzianos de los españoles, enteramente epidérmicos y de ocasión, habrá podido pensar, aunque no lo ha dicho, lo siguiente:

«Es extraña la psicología del pueblo español que, teniendo en su historia hombres de tanto valer mundial, como Raimundo Lulio y Juan Luis Vives, haya casi eclipsado a Suiza en el estrépito con que ha contribuído a la celebración del centenario de Pestalozzi.

En Francia, donde ya se han olvidado, de que Pestalozzi fué favorecido por la revolución con el título de ciudadano francés, el centenario ha pasado sin ninguna clase de fiestas conmemorativas, y aquí en España, donde tantos cohetes oratorios se han consumido en honor de Pestalozzi, apenas si son conocidas las inmortales enseñanzas del

gran polígrafo valenciano, gloria, no sólo de España, sino del mundo culto.

Porque Pestalozzi fué un socialista vulgar de la revolución de su tiempo, y Luis Vives fué un aristócrata de la sabiduría del Renacimiento.

Pestalozzi es una figura borrosa, que siempre será extranjera en España, donde se le nombra más que se le estudia, mientras que Vives es un español de líneas vigorosas que brilló con luces inextinguibles en las principales Universidades de Francia y de Inglaterra.

Pestalozzi fué un atormentado de ideas inconexas, y Luis Vives fué el autor de grandes construcciones ideológicas y sociales.

Pestalozzi fué un ingenio enfermizo, fluctuante e inacabado, y Luis Vives fué un filósofo de altos vuelos, cuyo nombre se equipara y aun sobrepuja al de los grandes filósofos de Grecia.

Las obras de Pestalozzi no se estudian en España, y aunque se estudien, no se entienden, y las de Luis Vives son transparentes e iluminadoras para los hombres cultos de todos los países.

Pestalozzi fué un zapador de la sociedad de su tiempo, y Vives fué un gran reconstructor de ideales y de enseñanzas.

*Vives fué el padre de la Psicología (1), y Pestalozzi intentó una psicología de la intuición, que no ha dejado ninguna huella en la historia de la Filosofía.*

Luis Vives, adelantándose a toda Filosofía pragmática, afirmó que *el valor del conocimiento depende de su valor para la práctica*, mientras que Pestalozzi fué un fracasado permanente en todas sus empresas pedagógicas y sociales.

(1) Las frases subrayadas de este artículo son literales de las monografías vivistas de Mr. Foster Watson.

Luis Vives dominó por su genio y por el estudio toda la sabiduría histórica, y Pestalozzi, que pasó más de diez años sin abrir un libro, olvidó lo poco que había aprendido en las páginas revolucionarias de Rousseau.

*En Vives está compendiado todo cuanto se ha dicho antes y después de él sobre el problema de la asociación mental.* Pestalozzi es el prototipo de las ideas disociadas.

*Luis Vives tuvo un concepto claro del método empírico de la introspección.* Pestalozzi no tuvo nunca ningún concepto claro sobre los métodos lógicos ni psicológicos.

*Las doctrinas psicológicas de Vives, aunque descansan sobre la Psicología aristotélica, tienen un carácter marcadísimo de modernidad:* en las disquisiciones psicológicas de Pestalozzi no se descubre ninguna influencia de autoridad en la historia de la Psicología.

Vives fué un español ejemplar, que se sometió siempre al juicio de la Iglesia católica, y Pestalozzi fué un protestante, que encontró más gusto en la lectura del *Emilio*, que en el estudio de la teología de su religión.

Vives fué un gran español que dió días de gloria a su patria, y Pestalozzi fué acusado de desleal a su nación por sus mismos compatriotas.

*Ningún escritor del Renacimiento sobresalió tanto como Vives en aplicar a la educación la ciencia psicológica, y se adelantó cuatrocientos años a los pedagogos modernos en considerar el interés como un enérgico estímulo para alcanzar el conocimiento de las cosas.*

*Vives advirtió con entera claridad que el problema fundamental de la educación se identifica con el de la propia actividad del educando.*

*Juan Luis Vives fué probablemente, el más*

*grande de todos los pedagogos de la primera mitad del siglo XVI.*

*Luis Vives, que fué un gran reformador pedagógico, ha sido un poco olvidado porque fué español, y en el Renacimiento ha sido relativamente común considerar a España como una «ciudadela de la ignorancia».*

Y mientras esto dice de un gran español un sabio inglés, nosotros los españoles, que celebramos algo gregariamente cualquier centenario extraño, dejaremos pasar sin advertirlo el centenario de la muerte de Luis Vives.

No se cumple ciertamente el año próximo, pero unos cuantos años no son muchos, si se piensa en que la mejor conmemoración del gran polígrafo valenciano sería hacer una edición crítica y a la vez popular de sus obras admirables.

#### Una obra digna de la Universidad de Valencia

Y ésta sí que sería empresa digna de la Universidad valentina, por tantos títulos ilustre.

A tan generosa empresa no podrá faltarle el apoyo del Estado, y no le faltará de fijo el de los españoles y americanos cultos que sientan correr por sus venas la sangre generosa de nuestra civilización histórica.

Esta empresa de cultura será más rica en frutos que la de traer a Valencia las cenizas del sabio polígrafo valenciano.

Por desgracia, ellas fueron aventadas en Brujas, hace ya ciento veintiocho años, porque sobre el solar de la Iglesia de San Donaciano (vulgo San Donato) se levanta hoy un edificio inestético, donde se hallan instaladas las oficinas de la Diputación provincial.

Grande desilusión tuve con esta certeza hace

pocos años, al estudiar «de visu» en Brujas algunos pormenores de la biografía de Luis Vives. Más importa, sin embargo, que el rescate de unas cenizas perdidas, resucitar y vulgarizar las doctrinas del gran filósofo valenciano.

**Rufino Blanco.**

Madrid, marzo de 1927».



## REPARO SEGUNDO

PESTALOZZI PRESENTADO POR LA INSTITUCION  
LIBRE DE ENSEÑANZA

Parece claro y evidente, que, salvo para los *profesionales*, no era, hasta hace un par de meses, muy popular y conocida en España la histórica semblanza del maestro de Zurich.

Persona calificada ha habido que llegó a confesar ingénuamente, al leer los primeros artículos de la prensa sobre el centenario de Pestalozzi: *creí que se trataba de un músico*.

Músico, y harto afamado, es el extranjero Beethoven, cuyo centenario nos proponemos en breve celebrar; y ya hace algún tiempo que los periódicos vienen reflejando el ambiente de simpatía con que cuenta en nuestra patria el autor de las célebres sinfonías.

No podía suceder otro tanto con Pestalozzi,

planta algún tanto exótica en nuestro suelo. Hubiera echado hondas raíces en España el *Real Instituto Militar Pestalozziano*; hubiéranse multiplicado los centros docentes de este corte y patrón, y el homenaje a Pestalozzi con motivo del centenario de su muerte, hubiera fluído espontáneamente como algo natural y obligado. Mas los primeros ensayos del sistema pedagógico de Pestalozzi en España no pudieron correr suerte más adversa.

Hablen los señores Pertrusa y Gil en su *Pedagogía Moderna* (1):

«Los primeros ensayos de aplicación en España de los procedimientos de Pestalozzi se hicieron en Tarragona y fueron inspirados por Voitel y otros suizos al servicio de España. El sistema también se ensayó en Santander. Y por último Godoy en 1805, creó por R. O. en Madrid una escuela que se inauguró al año siguiente con el nombre de *Real Instituto Militar Pestalozziano*, bajo la dirección de Voitel y con la ayuda de Schemeller y Studer y otros. Más tarde fué director el coronel Amorós. El establecimiento duró poco más de un año».

Era natural. El Instituto Pestalozziano corrió la suerte de su *padrino* Godoy, único puntal, que al parecer, lo sostenía. La hora de la desgracia había sonado para el ruín y venal adulator de

(1) Véase el tomo III *Historia de la Educación y de la Pedagogía*.—Málaga-1922-pág. 493 y 494.

Napoleón. Carlos IV, uno de los reyes más desdichados que tuvo España, soberano de muy escaso entendimiento y de bondad rayana en estulticia, dominado por María Luisa, que no era precisamente dechado de virtudes, y por astutas imposiciones de valido de tan baja estofa como el intrigante Godoy, abdicaba la corona ante la opresión de los cortesanos. Momentos antes destituía a éste, reveladas sus trapacerías, del cargo de generalísimo, retirándole los empleos y honores otorgados. La justicia popular se cebó en el caído. Persiguióle hasta dar con él; y, golpeado, contuso, herido en el rostro, cubierto con viejo manto y tocado de un tricornio abollado, le arrastra por las calles de Madrid entre befas, escarnios y algazara de las muchedumbres.

Con Godoy se hundió el *Real Instituto Militar Pestalozziano*, muerto a pocos meses de nacido.

Su fugaz existencia apenas si dejó huella en el ánimo de quienes tuvieron noticia por aquellas kalendas del mencionado Real Instituto. De entonces acá muy poco o nada se volvió a hablar en España del maestro de Zurich. El heraldo de la llamada escuela *popular* no podía ser más *impopular* en nuestra patria.

Por esto, al ocurrir el centenario de su muerte, necesitaba que alguien le *presentase* al público, y esta presentación la ha hecho nada menos que la *Institución Libre de Enseñanza*.

Ella misma lo celebra con jubilosa ufanía. De

la *Revista de Pedagogía* (número citado) son las siguientes textuales palabras:

### «El centenario de Pestalozzi

Los maestros y educadores del mundo entero conmemoran estos días el centenario de la muerte del más grande maestro de la historia. Los cien años transcurridos desde su tránsito han ido aumentando, día, tras día, la talla de esta gloriosa figura hasta llegar a darle proporciones gigantescas. En todos los países, en todas las latitudes se reúnen ahora los hombres de buena voluntad para rendir a Pestalozzi el homenaje de su reconocimiento. Se celebrarán ceremonias, se pronunciarán discursos y conferencias y se llevarán a cabo todo género de actos conmemorativos. Nosotros no podíamos sustraernos a esta conmemoración universal y, en la modestia de nuestras fuerzas, así lo hacemos.

Y, sin embargo, si quisiéramos realmente proceder en el espíritu que animó al maestro, estas horas debían ser más de recogimiento y de meditación que de palabras y gestos. Estos momentos deberían ser más motivo para pensar en nuestra labor y en su perfeccionamiento, para crear nuevos métodos y contenidos pedagógicos, que para repetir lo hecho y continuar en los moldes establecidos. Pero, por otra parte, no podíamos pasar en silencio esta oportunidad que nos ofrece el centenario pestalozziano para afir-

mar nuestras convicciones pedagógicas y no ser tampoco una excepción en el mundo civilizado.

La *Revista de Pedagogía*, que ha sido la primera que ha llamado la atención en nuestro país sobre el centenario de Pestalozzi, no podía por menos de contribuir a la conmemoración del centenario, y a él dedica el número presente. Y aunque después hayan surgido, sobre todo en Madrid, iniciativas que no parecen revestir la seriedad adecuada al hombre y al momento, no se arrepiente de haber dado la señal de llamada, si bien se inhiba en absoluto de participar en los actos frívolos y ostentosos que en la corte se preparan» (1).

Este solo dato, el saber quién presentaba a Pestalozzi, debía haber bastado para andar con recelo y cautela en las alabanzas al desconocido personaje.

«Hay una regla infalible—decía el Conde de Maistre en su obra *El Papa*—para juzgar a los hombres aún sin conocerlos: saber quién les ama y saber quién les aborrece».

Y es que «tienen los partidos y sectas—según afirma Sardá y Salvany (2)—un instinto o intui-

(1) Refiérese quizá a homenajes organizados por los *Amigos del Niño*, como el celebrado en el Palacio de la música. Esta sociedad de *Amigos del Niño*, aunque alardea de *neutralidad*, ya se ve que ensalza y conmemora en la práctica a personajes que tiene por suyos la Institución Libre de Enseñanza.

(2) *El liberalismo es pecado*, cap. 24.

ción particular (*olfactus mentis*, que dijo un filósofo) el cual les revela *a priori* lo que han de mirar como suyo y lo que han de mirar como adverso».

Nada hay tan infalible como el instinto de la impiedad.

Y muy fina y avisada es la sagacidad impía del institucionismo laborando en la sombra, que el egregio P. Teodoro Rodríguez, agustino, describe de esta suerte:

«Su labor la hacen en la sombra y de manera habilísima y solapada para no alarmar la religión española y tener de frente los amantes de la religión, de la patria y del orden social. Su labor, de formas suaves y arteras, es sigilosa, pausada, difusa, sostenida y universal, para no despertar recelos en los buenos católicos y patriotas; halaga a veces las pasiones de algunos de éstos y les favorece, para crear en ellos intereses, sumarlos a su acción y así sorprender la buena fe de muchos y presentarse ante los Poderes públicos como neutrales. En suma, todo un sistema habilísimo de procedimientos silenciados, aplicados con tenaz perseverancia, para acabar en plazo más o menos breve con el espíritu de la raza y las creencias del pueblo español» (1).

Sabe muy bien la Institución Libre de Enseñanza

(1) *La escuela, el comunismo y el institucionismo*. Memoria leída en el Congreso Catequístico de Granada el día 14 de junio de 1926.—Escorial 1926—páginas 5 y 6.

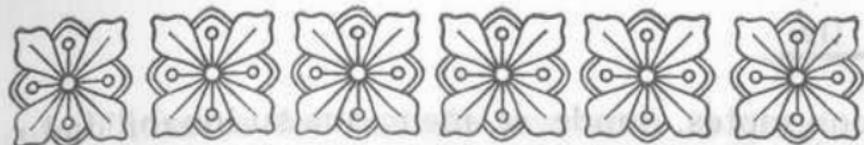
za que propagandas al descubierto en favor de las escuelas laicas, como las que llevó a cabo el año 1913, provocan reacción saludable en los católicos españoles, a quienes, por la misericordia de Dios Nuestro Señor, todavía aterran y escandalizan escuelas sin catecismo; mas su calculada astucia acierta a canonizar de repente entre el pueblo figuras pedagógicas como la de Pestalozzi, que si bien al exterior va derramando ternuras y desvelos de amable filantropía, sabe inocular en el alma infantil el virus y ponzoña del laicismo. El ambiente naturalista de la pedagogía de Pestalozzi actúa de cierzo helado en los corazones inocentes de los niños.

«El carácter del joven Pío — afirma don Francisco Guzmán (1) — resultó fuertemente influenciado por el medio en que se educó, formándose poco a poco en él una personalidad nada bien femenina que viril, sentimental, viva, algo inconstante.

«Débil y enfermizo... va con todo a la escuela: primero al Colegio Latino y después al Carolinum, la escuela superior de entonces, revelándose al pronto como un estudiante extraño, soñador, fugado de sus camaradas, que le designaban

(1) *Historia de la independencia y de la educación*, México, 1912, pag. 761 y 672.





## REPARO TERCERO

### FORMACION DEFECTUOSA DEL PEDAGOGO DE ZURICH

«El carácter del joven Enrique—afirma don Francisco Guex (1)—resultó fuertemente influenciado por el medio en que se educó, formándose poco a poco en él una personalidad *más bien femenina que viril*, sentimental, viva, algo inconstante».

«Débil y enfermizo... va con todo a la escuela; primero al *Colegio latino* y después al *Carolinum*, la escuela superior de entonces, revelándose pronto como un estudiante *extraño, soñador, juguete de sus camaradas*, que le designaban

(1) *Historia de la instrucción y de la educación*, Madrid 1912, pág. 261 y 62.

con motes, donde se menciona su inhabilidad y su desaliño».

Pestalozzi estudia la filosofía de Wolf bajo la dirección de Breitinger. Wolf, discípulo principal de Leibnitz, muchas de cuyas ideas desfigura amalgamándolas con otras extrañas, ataca exagerada, injustamente a la escolástica. Luego estudia derecho y por fin teología, pues deseaba hacerse pastor protestante como su abuelo de Hönngg, con quien iba a pasar las vacaciones. Tras de algunos ensayos poco afortunados en la predicación, vuelve a la jurisprudencia.

A los catorce años, siendo estudiante de la Academia—nos dice Compayré (1)—se distinguió por su entusiasmo político y por sus *audacias revolucionarias*.

Deseando aclarar este concepto, consultamos la *Historia de la Pedagogía* del Inspector principal de la Enseñanza en Bélgica don Eugenio Damseaux (Madrid 1911); y en la página 429 hallamos esta afirmación: «entró en el *iluminismo*, sociedad secreta que tendía a establecer la igualdad, destronando a los reyes».

En este mismo autor vemos, que «estudió, sin éxito, la teología y el derecho»; que después se hizo *agricultor*, ensayando el cultivo industrial de la rubia en Neuhoof, durante *diez años* (desde 1765 a 1775) y saliendo del ensayo más que arrui-

(1) *Historia de la Pedagogía*, 2.<sup>a</sup> edición. Madrid, pág. 354 y siguiente.

nado. Entonces fué cuando convirtió la granja abandonada en escuela.

Y empezó a enseñar.

¿Cuál fué su preparación, su carrera, cuáles fueron sus estudios?

El referido historiador Damseaux afirma: «sus estudios fueron incompletos y su instrucción escasa».

¿A qué edad comenzó su magisterio? A los treinta.

¿En qué forma? En la siguiente, que nos describe Guex (1), y que dista mucho de ser la vocación altruista, filantrópica y desinteresada, que se le atribuye:

«Tras la agricultura, la industria. Pestalozzi instala en un anejo de la granja un taller para el hilado y tejido del algodón, obteniendo él mismo la primera materia. Entonces le viene la idea de ocupar en este trabajo fácil a los niños pobres de la vecindad, arrancándoles con ello a la pereza y a la mendicidad. También en esto la suerte le es adversa, y a pesar de todo el esfuerzo empleado, el negocio va de peor en peor, perdiéndose en la empresa parte de los patrimonios de Mme. Pestalozzi y de la madre del pedagogo. En tal situación, y obedeciendo a los consejos de sus amigos, y en particular de Iselin, de Bâle, toma la resolución de dirigirse al público, hallándose en gérmen, en este llamamiento a los «amigos de la

(1) Obra citada, págs. 266 y 67.

Humanidad», la idea de la escuela popular moderna. Pestalozzi pide una subvención anual durante seis años prometiendo reembolsar las cantidades recibidas en otras tantas anualidades, a partir de la décima. *A cambio de ello* se compromete a enseñar a leer, escribir y calcular a los niños de uno y otro sexo que se le confíen».

«Sobrevienen pérdidas y malas cosechas, — continúa Guex—y hasta el Gobierno de Berna se niega a apoyar al innovador... Falto de todo recurso, Pestalozzi casi se ve reducido a la desesperación. Errante de aquí para allá, como un extraviado, los campesinos y los niños burlanse de él»...

Por consejo de Iselin, filántropo de Bâle, y el librero de Zurich, Gaspar Füssli, «Pestalozzi resuelve ganar algo, escribiendo libros, y quien no había abierto uno en los últimos trece años, quien no acertaba ya a hilvanar una idea sin faltas, iba a profesar de escritor como hubiera ensayado—dice él mismo—si hubiera sido menester, el oficio de peluquero, para procurar algunos medios a mi mujer y a mi hijo» (1).

En cuanto a su espíritu *vacilante* nos dice Compayré (2):

«La enseñanza de Pestalozzi no ha sido, en efecto, sino una continua vacilación, una experiencia vuelta a comenzar sin cesar. No le pidáis

(1) Obra citada, pág. 268 y 69.

(2) Historia... pág. 369.

ideas precisas, métodos definitivamente establecidos... Hombre de intuición más que de razonamiento, él mismo confiesa que avanzaba sin darse cuenta de lo que hacía. Tuvo el mérito de innovar mucho, pero tuvo el error de no referirse sino a sí mismo, a su sentido personal. «No debemos leer nada — decía — todo lo debemos inventar». Pestalozzi jamás supo aprovecharse de la experiencia ajena».

Esta su vacilación era tanto más perniciosa cuanto que se extendía a las ideas religiosas, que, como afirma el P. Ruiz Amado S. J. (1) *nunca llegaron a adquirir forma precisa.*

De su falta absoluta de fijeza en materia tan importante, da cuenta él mismo al escribir:

«Anduve vacilando entre los sentimientos que me atraían hacia la religión, y los juicios que de ella me apartaban, por el mortal camino de mi época».

Claro es, que, con ser los defectos apuntados muy de lamentar, no lo hubieran sido tanto, si Pestalozzi se hubiera conocido, algo siquiera, a sí mismo, absteniéndose de toda influencia en los demás, como se ejerce y grande en la acción pedagógica o educativa.

No le faltó al maestro zuriqués un buen amigo que le hablara claro, dándole, en circunstancias muy críticas y solemnes, acertado consejo. «Su

(1) *Historia de la educación y de la pedagogía* Barcelona 1917, pág. 334.

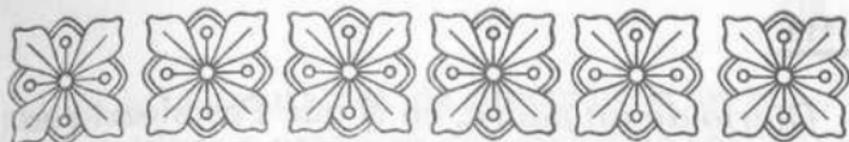
amigo Bluntschli—afirma el mencionado Guex—  
(1) desde el lecho de muerte, le dice que no se lance nunca a empresas de importancia, sin tener al lado un hombre de sangre fría e inteligencia, que posea la experiencia de los hombres y de las cosas».

¿Atendió Pestalozzi la indicación amistosa de su camarada moribundo?...

Parece que no. Su criterio *naturalista* tenía por guía suficiente y experimentado la voz de la naturaleza misma.

Y así salió ello.

(1) Op. cit. pág. 264.



## REPARO CUARTO

JUAN JACOBO ROUSSEAU, MENTOR Y MECENAS DE PESTALOZZI

Calificó Taine con su corrosiva elocuencia—y lo recuerda Godofredo Kurth en su obra *La Iglesia en los trances de la historia*—el triunvirato que tuvo en sus manos los destinos de Francia revolucionaria, de esta suerte; *un loco*, Marat; *un bárbaro*, Danton; *un galopín*, Robespierre.

Estas tres *alhajas* son engendros genuinos de dos cerebros funestísimos: *Voltaire* y *Rousseau*.

Pues bien; Rousseau es Mentor y Mecenas de Pestalozzi. Confiésalo ingenuamente en su *Canto del Cisne*: «Los principios de libertad, reanimados por Rousseau y presentados bajo una forma ideal, fortificaron en mi corazón el deseo de tener un campo de acción más vasto donde poder ser útil al pueblo. (1)

(1) Véase Guex, pág. 262 y 63.—Consúltese la obra de Hérisson, *Pestalozzi discípulo de Juan Jacobo Rousseau*.

*Diario de un padre*, en el que Pestalozzi anotaba día por día los progresos de su hijo, nos le presenta preocupadísimo con la aplicación de los principios de Rousseau. A los once años, Jacobli, como Emilio, no sabía leer ni escribir. Resplandece en ambos el mismo método: intuición de los objetos sensibles, poco ejercicio del juicio, respecto a la libertad infantil, educación rodeada de alegría. En el plan de estudios de Emilio se proscribe la historia. Esta prohibición de estudios históricos está conforme con el sistema: Rousseau ha puesto a Emilio en el campo; lo ha hecho huérfano para poder aislarlo mejor. Hacerle aprender la historia sería volverlo a sumergir en una sociedad maldita. Rousseau no quiere que su discípulo, como el de Rebelais, llegue a ser un *abismo de ciencia*. Emilio es un niño de la naturaleza, educado por la naturaleza según las reglas de la naturaleza, para satisfacción de las necesidades de la naturaleza, *en la que no existe* — dice — *perversidad original*. Educarla es dejarla obrar libremente. Rousseau condena sin excepción todo lo instituido por la sociedad, como ficticio y como artificial.

De la lectura del *Emile* de Rousseau novela sobre educación, que pretende, entre otras necesidades impías, que el niño invente las artes, la religión, a Dios mismo, arranca la modalidad característica de la pedagogía pestalozziana en lo que tiene de espontaneidad, de libertad, de ternura, de respeto y de aun veneración por los im-

pulsos de la naturaleza, de adopción de los métodos intuitivos y prácticos con exclusión casi total de los abstractos.

Su método *objetivo* fué llevado hasta una exageración perniciosa; pues viene a sustituir la inteligencia por los sentidos, dejando casi sin ejercicio las facultades más elevadas, y haciendo casi incapaces a los jóvenes de discurrir sin la ayuda de los objetos sensibles.

Que el *Emile* es como el nervio de la pedagogía de Pestalozzi, lo conceden los mismos que le prodigan los mencionados encomios y alabanzas; y el señor Marqués de Figueroa en su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, (8 enero 1912) titulado *De la educación moral*, afirma, que «en el espíritu ardiente de Pestalozzi prendió la llama de la propaganda de Rousseau», cuya obra califica de «falsa y artificial... inspirada en el sentimiento de la naturaleza y en la bondad nativa del hombre».

\*  
\* \*

Hagamos algo de crítica.

O, mejor dicho, hágala con más autoridad el digno Arzobispo de París, Excmo. y Rvdmo. don Cristóbal Beaumont, al redactar la condenación del *Emile* de Rousseau.

La cual quiero, en parte y textualmente, reproducir aquí para que reparen mis lectores en qué fuente tan venenosa bebió Pestalozzi la ponzoña de su tan decantada pedagogía.

Dice así:

«La incredulidad alentada por todas las pasiones, se presenta en todas las formas para acomodarse de algún modo a todas las edades, a todos los gremios y a todos los estados. Ahora, para insinuarse en los ánimos, que halla ya hechizados por la frivolidad, toma un estilo ligero, agradable, frívolo; de ahí tantas novelas, tan obscenas como impías, cuyo fin es entretener la imaginación para seducir la mente y corromper el corazón. Ahora, aparentando profundidad y sublimidad, finge remontar a los primeros principios de nuestros conocimientos, para sacudir con su autoridad un yugo, que a su decir, deshonra al hombre, yugo que es la misma Divinidad. Ya reclama como energúmeno contra el celo de la Religión y predica apasionadamente la tolerancia universal. Ya, en fin, remienda todos esos diversos lenguajes, mezcla lo serio con lo festivo, máximas puras con obscenas, grandes verdades con grandes errores, la fe con la blasfemia; acomete en suma, la empresa de concertar la luz con las tinieblas, a Cristo con Belial. Tal es, especialmente, el fin que parece haberse propuesto el autor de un libro reciente, intitulado *Emilio o la educación*.

Del seno del error se ha elevado un hombre, lleno del lenguaje de la filosofía sin ser verdadero filósofo; espíritu dotado de multitud de conocimientos, que no le han ilustrado, pero que han esparcido tinieblas en los demás; natural entregado a las paradojas de las opiniones y de la con-

ducta, aliando la sencillez de las costumbres, con el fausto de los pensamientos, el celo de máximas antiguas, con la furia de novelorías, la obscuridad del retiro con el deseo de ser de todos conocido. Hásele visto desatarse en invectivas contra las ciencias que cultivaba, proclamar la excelencia del Evangelio, cuyos dogmas destruía; pintar la belleza de las virtudes, que extinguía en el alma de los lectores. Se ha constituido en preceptor del género humano para engañarle; en admonitor público para descarriar a todos, en oráculo del siglo para acabar de perderle. En un libro sobre la desigualdad de las condiciones había rebajado el hombre a la condición de los brutos; en otro más reciente, ha insinuado el veneno de la sensualidad, aparentando proscribirla; en éste se apodera de los primeros momentos del hombre para establecer el imperio de la irreligión» (1).

No cabe duda que el espíritu que alentaba en el *Emile* de Rousseau era espíritu marcadamente perturbador y revolucionario, apto para trastornar y desorientar a hombres de cierta consistencia moral, cuánto más a caracteres tan débiles y volubles como el de Pestalozzi. La misma impresionabilidad de éste, hizo que mejor y más internamente asimilara los dislates del filósofo ginebrino.

El corte, pues, de la pedagogía de Pestalozzi, es en absoluto naturalista, y, como tal, conde-

---

(1) Véase *Razón y Fe*, tomo XXXV, pág. 66.

nado por la Iglesia. Dice así la proposición 48 de las condenadas por Pío IX en su famoso *Syllabus*: «Hay que establecer un sistema de educación de la juventud independiente de la fe católica y la autoridad de la Iglesia, y QUE NO TENGA OTRO OBJETO QUE EL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS PURAMENTE NATURALES y los fines de la vida social en este mundo, o a lo menos sea éste su objeto principal».

Los Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos se expresaban en 1884, con estos acentos de energía, al hablar del naturalismo:

«El naturalismo, no es precisamente el error panteísta; pero es, si se sufre la expresión el panteísmo del error en las edades modernas, porque no hay en efecto, otro alguno, que como el naturalismo los resuma todos. Llámese *racionalismo*, *socialismo*, *revolución*, *liberalismo*, será siempre por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical de la fe cristiana, y, en consecuencia, importa evitarle con diligencia como importa salvar las almas».

\*  
\*  
\*

Deduzcamos algunas consecuencias.

Asentada la bondad nativa del hombre en la novela educativa de Rousseau y en la pedagogía de su discípulo Pestalozzi, hay que negar de plano la ley universal del pecado de origen; negado el pecado original, no puede admitirse el misterio

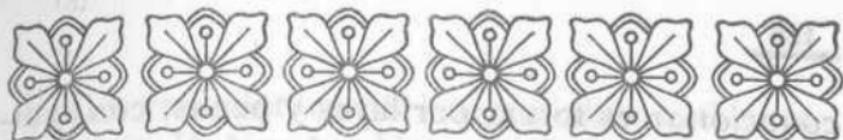
dulcísimo de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, ya que se realizó en virtud de un privilegio y el privilegio supone la ley general que se rechaza.

Según enseñan Rousseu y Pestalozzi, los hombres son *naturalmente buenos*, en cuyo caso están de más la Redención, los Sacramentos, los auxilios de la divina gracia, la historia toda del cristiano sobrenaturalismo. Esto supuesto, la Iglesia no tiene razón de ser; porque el hombre es feliz sin ella, se basta a sí mismo, no necesita de su orientación o magisterio; la Cruz, es enigma indescifrable, porque no tiene finalidad la expiación cruenta de la adorable víctima; el sacrificio cristiano, palabra huera, vacía de sentido; la cristiana mortificación, crueldad inaudita; los milagros de Lourdes y los inenarrables prodigios que esmaltan y dan subido realce a las abnegadas vidas de los atletas de la fe, meras conmociones de sugestión y exaltaciones de acabado histerismo; los célebres Concilios de la Imperial Ciudad y los imponentes Congresos Eucarísticos de Madrid, Toledo y Chicago, reuniones y entrevistas de gente desocupada; las soberbias Catedrales, castillos de naipes; su esplendorosa pompa y vistoso ornato litúrgico, carnavalada mística saturada de fausto; la concurrida pléyade de apóstoles, vírgenes, confesores y mártires, que diariamente nos recuerda el Martirologio Romano, desfile ridículo de quijotes, que se inmolaron en aras de una vida ultraterrena que ni ha existido ni

puede existir; las nutridas peregrinaciones y fervorosas romerías a Compostela, Asís, Lourdes, Jerusalén y Roma, excursiones frías de vana curiosidad y deleitoso turismo; las grandes apologías del catolicismo, literatura artificial y molesta; los mil y mil santuarios de la Celestial Señora con su crecido número de ex-votos, ricas joyas y artísticas alhajas, culto perenne y oración continua, focos de mística exaltación frecuentadas por gente visionaria; vana ciencia es la acrisolada sabiduría de nuestros teólogos, luz de Trento y valladar de la herejía, así como es perfecta quimera la encumbrada exaltación de nuestros místicos; la nunca interrumpida sucesión de Papas y su constante labor civilizadora no pasa de ser caprichosa urdimbre de personas y de hechos que tejió para su consuelo y deleite en dorados sueños la atrevida imaginación de los católicos; las incontables instituciones benéficas, el sinnúmero de escuelas cristianas, la múltiple acción católica en favor de los humildes, de los niños, de los ancianos, de los obreros, como expansión de la efusiva caridad de Cristo, ficción o cuentos de hadas; la Biblia, de la que se han hecho más ediciones que de otro libro alguno, no es sino entretenido manual de pasatiempos y adivinanzas; burla es la Consagración nacional al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles y pura fábula el discurso regio ante el Papa; equivocóse el Rey al decir que *corría a torrentes por la Historia de España la*

*savia de la fe* dando vigor y lozanía a sus Códigos y Universidades, a sus conquistadores y guerreros, a sus poetas, misioneros y artistas; dió muestras de religioso fanatismo y de patriotismo exagerado al afirmar, que la misión del pueblo español en la Historia era la de *soldado de la Religión y defensor indefectible de la Iglesia Católica* y que la predicación del Apóstol Santiago junto con la aparición de la Virgen en el Pilar de Zaragoza habían hecho de España el pueblo predilecto de la Providencia. Nada de eso es cierto. El jadeo famoso de siete siglos por acabar con los hijos del Corán, broma no más, aunque algo pesada; el glorioso tribunal de la Inquisición, humorada de espíritus intransigentes; Fernando III el Santo, Jaime el Conquistador, los Reyes Católicos, Cristóbal Colón, Felipe II, Carlos V, Juan de Austria, San Isidoro, San Leandro, Cisneros y el Tostado, Balmes, Donoso, Aparisi, Nocedal y Menéndez Pelayo, colección caprichosa de muñecos de feria, acreditados en el baratillo de la historia. Nuestra Patria, forjada en el troquel sobrenatural hállase hundida en el más abyecto y repugnante ostracismo. De él la sacarán los heraldos de la moderna pedagogía. El porvenir risueño y venturoso, el progreso indiscutible de España, en todo linaje de bienestar y florecimiento de humanas disciplinas, se digna apuntarlo, dirigiéndose a la nación entera la Institución Libre de Enseñanza, al intimarla encarecidamente con gesto doctoral y ademán de pro-

hombre doctrinario, en fiestas centenarias del maestro zuriqués: ¡Aprende del *naturalista* Rousseau; mírate en Pestalozzi, el maestro cumbre de la Universal Historia!



## REPARO QUINTO

TRILOGIA MASONICA, TRILOGIA PESTALOZ-  
ZIANA Y TRILOGIA CATOLICA EN MATERIA  
DE ENSEÑANZA

De la *primera* nos habla el insigne pedagogo Manjón en el opúsculo (aureo, como todos los suyos) *Derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos*, cuando, en la página 24, afirma:

«La trilogía de la Iglesia de Satanás (que es la Masonería) por lo que hace a la enseñanza, es ésta: *secularización, monopolio y coacción*: *Secularizar* la escuela es emanciparla de la autoridad de los padres y la Iglesia, que también es madre de sus hijos, y *colocarla* bajo el *mancipio* de la secta: *monopolizar* es hacer maestro y amo exclusivo de la escuela al *poder secularizado*:

*coaccionar* es forzar por leyes y penas, con astucia o violencia, a que los padres entreguen sus hijos al *poder secularizado*. En suma, hacer del Estado una secta y *mancipar* bajo él toda la enseñanza, es la política de Satanás, el gran embustero y el gran enemigo de la verdad y de la libertad y humanidad».

De la *segunda* tratan los admiradores del Maestro de Zurich, al decirnos, que las tres ideas fundamentales que dan vida a la pedagogía de Pestalozzi son: *la madre, el niño y el pueblo*.

A la *tercera* se refería el Rdo. P. Vilariño, S. J. (1) al preguntar: «¿Quiénes educan? *El padre, el maestro y el sacerdote*. Al primero lo ha puesto la naturaleza, al segundo la sociedad, al tercero Jesucristo. La educación es edificio que ha de apoyarse en estos tres pilares».

Vamos a comentar ligeramente estas mencionadas trilogías.

\* \* \*

Desde luego, del somero estudio comparativo que su contenido ofrece, puede colegirse, sin temor a rectificar: la primera representa una *negación*; la tercera, una *afirmación*. ¿Será portavoz la segunda de *neutralidad*?...

Pero neutralidad, afirmación, negación ¿respecto o acerca de qué?

(1) Véase *El Mensajero del Corazón de Jesús* agosto 1908.

Real y verdaderamente—según afirma el autorizadísimo P. Narciso Noguera, S. J. (1)—hay algo que no se puede comprar con todos los tesoros de la tierra ni compensar con todos los trofeos militares, algo de que depende la suerte de las generaciones futuras, el progreso por las vías de la civilización o el regreso a la barbarie: *el alma del niño*. De su conquista se trata. La educación de la juventud es lo que se disputan en nuestros días, con lucha tenaz y formidable, de un lado el espíritu del bien y del otro el espíritu del mal. Es una de las modernas fases de la perpetua guerra entre las dos ciudades, cuyos fundamentos son: allí Jesucristo, salvador de los hombres; aquí satanás, enemigo del linaje humano. Frente a frente y en trabada lid están los dos ejércitos enemigos: con Jesucristo, hoy como siempre, la Iglesia católica; con satanás, en nuestros tiempos, la Francmasonería, principal fautora y amparadora de la persecución religiosa.

Nos permitimos preguntar: ¿Tan despiadada lucha está puesta en razón? es por ventura el alma del niño algo así como un terreno *vere nullius* del que tiene dominio quien primero lo ocupa? ¿a quién pertenece el niño?

Respondemos: *a quienes le engendraron*. ¿Le engendraron los padres a la vida *natural* y la Iglesia a la vida *sobrenatural*? Pues de los pa-

(1) Véase *Razón y Fe*, tomo XXXV, p. 57, artículo *La educación naturalista. Sus padres y fautores*.

dres y de la Iglesia es el niño. *Autoridad* viene de *autor*. Los padres y la Iglesia son los *autores* única y exclusivamente; a ellos pertenecen, pues, única y exclusivamente los deberes y derechos anejos a *la autoridad* en el problema de la educación de los hijos.

Ahora bien; el hombre es *naturalmente social*; y lo es precisamente porque es *naturalmente débil*. El hombre no nace *perfecto*, como salió de las manos de Dios, sino que nace débil, pequeño, imperfecto; aunque *perfectible*, con derecho indiscutible a su propia perfección. Quien ayuda positivamente al niño en el ejercicio de tan sagrado derecho, este es quien real y verdaderamente *le educa*; y quien esto no hace, le *ineduca* por muchos títulos académicos que posea y por grande que sea la fama pedagógica de que disfrute. La educación no es algo sobrepuesto, algo convencional, sino acción que llega hasta la entraña del ser; no es *accidente* es *sustancia*, algo que íntimamente modula y plasma las facultades internas, desarrollando las potencias y actividades más ocultas: el entendimiento y la voluntad, la razón y el sentimiento.

Cualquier error, por tanto, acerca de la constitución de la naturaleza del niño, repercute acrecentándose en la tarea de su educación. Por eso es tan perniciosa y funesta la educación *naturalista* de Rousseau propuesta en su *Emile* y por eso lo es también la pedagogía de Pestalozzi, que en ella se inspira; porque parte de un supuesto *fal-*

*sísimo* acerca de la naturaleza del niño, según él, buena, óptima, de nacimiento, a la que hay que rodear de ambiente de libertad y amplitud para que germine y florezca en toda su encantadora espontaneidad.

La experiencia demuestra que tal encanto no existe y que los hijos que se educan con tales procedimientos de amplitud y libertad son acreditados holgazanes y pilletes consumados, aflicción de sus padres, tormento de sus maestros y bagaje inútil, cuando menos, si no dejeneran en elementos perturbadores y díscolos, para la sociedad.

No; el hombre no es naturalmente bueno. Nace *en pecado, hijo de ira*, como afirma la Iglesia. En cuanto es de su parte, acude ésta presurosa, cual madre solícita, a hacer del niño recién nacido, un varón *justo, hijo de Dios*. Queda aquél limpio, al correr por su cabecita las aguas del bautismo, de la mancha original que cometió Adán, cabeza del humano linaje; mas quédale el fómite de la culpa, que pondrá a prueba mientras viva, llegado al uso de razón, su fidelidad en el divino servicio. La vida es lucha, y esta supone enemigos. *Quien se hace violencia*, les vence y subyuga éste es quien se muestra perfectamente educado, *todo un carácter*.

A esto tiende la educación: *a formar caracteres*.

Oigamos de nuevo a Manjón: (1)

«La educación tiende a formar caracteres. Estos hombres que parecen de una sola pieza por la sencillez y unidad de su vida, son siempre consecuentes e idénticos a sí mismos, tienen el dominio de sí, que es la más gloriosa de las conquistas, vencen todas las dificultades y reinan sin cetro ni corona sobre las gentes que los rodean. De ellos se ha escrito *«querer es poder»*, porque tienen ideas fijas, voluntad constante, sentimientos nobles; y las ideas y costumbres, fundidas en un mismo molde, al calor del sentimiento, dan por resultado esa grandeza moral y colosal poder que todo lo allana. Con razón se ha dicho que el mundo es de los caracteres y que el carácter es la fisonomía moral del hombre; fisonomía tan bien dibujada por los rasgos de sus obras que con nadie permite confundirlo, porque revelan toda una persona»

«Para adquirir esa constancia de voluntad se necesita ver claro (con el ojo de la razón o de la fe), sentir hondo y amar con pasión el noble fin a que se aspira... necesita, sobre todo, el ejemplo de buenos modelos; los caracteres los forman los caracteres».

*Ver claro... amar hondo...* nada de esto encontramos en la pedagogía de Pestalozzi, por la

(1) *La enseñanza debe ser pedagógica*. Discurso leído en la Universidad Literaria de Granada en la apertura del Curso Académico de 1897-1898.

sencilla razón de que el maestro zuriqués no tenía carácter, como vimos. Nadie da lo que no tiene.

¿Qué claridad iba a comunicar quien tan oscuro y pesado se mostraba en sus explicaciones y escritos?

Uno de sus discípulos de Iverdon, se expresaba de esta suerte (1):

«Lo que se llama, no sin énfasis, *método* de Pestalozzi, era un enigma para nosotros. Lo era también para nuestros mismos instructores. Cada uno de ellos interpretaba a su modo la doctrina del maestro; pero estábamos lejos todavía de la época en que las divergencias engendraran la discordia; de la época en que nuestros principales maestros, después de proclamarse cada uno como el único que comprendía a Pestalozzi, acabarían por asegurar que Pestalozzi no se había comprendido a sí mismo; que sólo Schmid le había comprendido, decía Schmid, y Niereder decía que sólo Niereder».

Y Damseaux, Inspector principal de Enseñanza en Bélgica, afirma:

«Pestalozzi... distaba mucho de ser en la práctica un maestro modelo. En Buigdorf no tenía programa fijo ni horario, explicando a veces durante dos o tres horas seguidas, hasta que los niños, cansados, se escapaban a jugar. Su mismo exterior descuidado, su modo de hablar con-

(1) V. Compayré *Historia...* pág. 370.

fuso y rápido, hablaban poco en su favor. Otra particularidad es que nunca preguntaba a los niños».

Encargado de la dirección del Instituto de Yverdon, manifestó más claramente *su carencia* de dotes para la vida práctica. La falta de unidad entre los numerosos profesores que le auxiliaban el relajamiento de la disciplina por *el exceso de libertad* que se dejaba a los alumnos, le ocasionaron serios disgustos.

Esa falta de *unidad y claridad* y marcado *exceso de libertad* se advierten no sólo en su función docente sino también en sus obras, cuyo estilo es (y el estilo es el hombre) *desaliñado, nebuloso, embrollado*, salvó algunos relámpagos súbitos producidos por la yehemencia de su corazón, a juicio de Compayré.

Veamos—por vía de muestra—cuál se conduce en su obra *principal*, donde mejor expone sus principios pedagógicos, titulada, *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*.

El título es en verdad singular y sorprendente; pues en este libro, que lo constituyen quince cartas al librero Gessner, no se ocupa para nada de Gertrudis, (a la que no se menciona una sola vez) ni de sus hijos. Las tres primeras cartas tratan de la vida del autor y de las de Krusi y Bus, auxiliares de Pestalozzi en Berthoud. En las siguientes se esfuerza por exponer sus métodos. Esta obra—al decir de Damseaux—es «*difusa y obscura como todas las de Pestalozzi*»,

Es evidentísimo que quien tales obscuridades proyectaba en sus escritos y explicaciones no podía provocar en los oyentes y leyentes adhesión enérgica, honda, a los principios que sustentaba. La firmeza de la adhesión, en los conocimientos naturales se halla en razón directa de la evidencia, según ley psicológica invulnerable.

Hablemos algo de la energía de la voluntad que viene a ser como el vital aliento del carácter.

Define así el carácter, el gran Lacordaire: «la energía sorda y constante de la voluntad; no sé qué cosa inmóvil en los designios y más inmóvil aún en la fidelidad a sí mismo, a sus convicciones, a sus amistades, a sus virtudes; una fuerza íntima que brota de la persona e inspira a todos esa certeza que llamamos seguridad... se puede tener ingenio, ciencia y hasta genio, sin tener carácter».

Nos habla en primer término del carácter del hombre, *su exterior*. Y por eso dice la Sagrada Escritura: (1) «En su expresión se conoce el hombre y en la fisonomía que presenta se conoce el sabio. Sus ropas, la risa de sus labios y su modo de andar revelan lo que es el hombre».

Aunque ya hemos dicho algo del *exterior*, de Pestalozzi, no quiero dejar de añadir el siguiente retrato, hecho por el historiador Luis Vulliermin, continuador de Juan de Muller, quien dedica a su maestro un capítulo de sus *Recuerdos*, en el que

(1) *Eccles.* XIX, 26-27.

dice: «Representaos un hombre muy feo, los cabellos erizados, la cara marcada de viruelas y cubierta de pecas; la barba puntiaguda y descuidada; sin corbata; los pantalones mal abotonados y cayendo sobre las medias, y éstas, a su vez arrugadas, sobre unos grandes zapatos; el andar inseguro y nervioso; los ojos tan pronto dilatados y brillando como un relámpago, como cerrados en contemplación interior; sus rasgos a veces expresaban tristeza profunda y otras beatitud llena de dulzura; una palabra o lenta o precipitada, o tierna y melodiosa, o viva como el rayo: hé ahí al que nosotros llamábamos nuestro *padre Pestalozzi*». (1)

Examinemos el *interior* en el hombre que tenemos por un carácter.

Aquel juicio colosal, comprensivo y sintético, que del dominio que sobre sí y sobre el mundo tienen los caracteres nos ha dado el egregio Manjón, lo podemos desdoblar con esta página de oro, tejida, con hebras de luz clarísima, por el afamado Guibert en su clásica obra *El carácter*. (2)

«La posesión de sí mismo implica dos cosas: una *liberación* y un *gobierno*; una liberación que rompe todas las trabas y deja nuestras manos libres para la acción; un gobierno que, apoderán-

(1) Véase Guex, pág. 286.

(2) Pág. 65 y siguientes.

dose del tesoro de fuerzas que hay en nosotros las pone en movimiento para realizar el bien».

«El hombre resuelto a poseerse a sí mismo, tendrá que romper tres especies de cadenas que tienen a las almas débiles en cautividad humillante: *los accidentes del mundo exterior, las influencias humanas y las pasiones íntimas...*»

«Nada tan hermoso ni tan grande como el hombre de carácter en lucha con el dolor. No se asombra de encontrarle en su camino... No se aparta de él como de un objeto de horror, sino que le mira de frente como mensajero del bien... Está seguro, por otra parte, de que los días de sufrimiento no son estériles; de que la vida no es más que una página en blanco mientras no se ha escrito en ella, *he sufrido...* de que sólo bajo el cincel del rudo escultor que es la vida, la estatua interior se desprende en nosotros poco a poco de la masa de piedra; y de que — en frase de Lacordaire— *gracias al agijón del dolor, el hombre no se deja herir mortalmente por el pernicioso agujón del placer*».

«Libertado así, por esa fuerza de alma, de la servidumbre de las potencias ciegas, que el hombre se guarde de caer bajo el yugo de sus semejantes... ¿Quién puede jactarse de no ser cautivo de nadie?... ¿Quién no ha encontrado entre los que le rodean esos caracteres enfadosos cuyo contacto hiere como un manojito de espinas? Cuanto más se les oprime, más se pincha uno en ellos. Y todo son críticas amargas, palabras de

tono seco y punzante... procederes indelicados, silencios molestos, reticencias alarmantes, oposiciones injustificadas e irreductibles antipatías, Además de que son desagradables, esos hombres se convierten en nuestros dueños. Ante ellos no lo somos de nosotros mismos; nuestra voluntad se disuelve en la timidez o se evapora en la violencia... Si estuviéramos verdaderamente libertados, no seríamos, en verdad, indiferentes a las rozaduras de la epidermis, pero no resultaríamos turbados en el fondo; perseguiríamos nuestra tarea con calma y el temor de un epígrama no ahogaría en nuestro corazón la inspiración de una obra buena... ¡Qué raros son los hombres independientes de sugerencias extrañas! ¡Qué influencia ejercen sobre nosotros las personas que nos rodean! Unas veces nos prestamos a ella con todo conocimiento y otras la sufrimos sin sospecharlo... De todas las influencias humanas la que ejerce más imperio y hace más esclavos es la seducción. La mayor parte de los que resisten a la fuerza, sucumben a la adulación»...

«Para ser plenamente dueño de sí mismo, le falta aún sacudir otro yugo. Vencedor de la naturaleza y de los hombres, que tenga buen cuidado de no forjarse a sí mismo cadenas de esclavo. *El más valeroso capitán*, ha dicho Lacordaire, puede no ser más que una mujer al día siguiente de la victoria, y sus cicatrices no cubren *más que un carácter débil*... El hombre es, en efecto, un ser muy complejo y muy diverso. Presenta, en

estrecho espacio, la imagen de un gran Estado en el que se agita un pueblo de deseos, de pasiones, de caprichos; de impresiones, de ambiciones, de intereses... Esos movimientos y esas inclinaciones son en el alma como los súbditos de un gran imperio; las riendas del gobierno están en manos de la voluntad. Así como un soberano, para reinar en paz, no extermina a sus súbditos, sino que los reduce a la obediencia... Así la voluntad, si desempeña bien su papel, no ahoga las tendencias nativas y las aspiraciones personales, pero las domina, las modera, las suelta o las contiene según las ocasiones, hace de ellas auxiliares sumisos y no sufre jamás sus exigencias perniciosas... Esta dominación, la más verdadera y fecunda que el hombre puede ambicionarse debe ejercerse sobre los apetitos sensuales, sobre los delirios de la imaginación y sobre las debilidades del temperamento. Nada rebaja a un hombre como la esclavitud de los sentidos»...

«¿Quién no ve ahora qué vasta y grave tarea es para el hombre el reconquistarse? Su liberación no es obra de un día ni juego de niños. Hace falta tiempo, y no es mucho consagrar a ese fin toda la vida. Hace falta para ello un gran valor, un valor, acaso, sobrehumano, que sólo la fuerza religiosa puede infundir en el corazón del hombre. A esta noble empresa es a la que Cristo nos invita al exhortarnos a vencernos por la abnegación y a llevar nuestra Cruz; para hacernos triunfantes en esa lucha es para lo que ha pro-

metido conceder una gracia a nuestras oraciones humildes y perseverantes».

«Por importante que sea esta conquista de la dominación moral de sí mismos, no es, sin embargo, más que la primera parte del programa que la voluntad debe cumplir. Cuando ha roto sus cadenas, cuando ha tomado posesión de sí misma, cuando tiene en la mano todos los tesoros de su actividad, la voluntad debe darles valor, hacerlos fructificar, realizar trabajo. Y como su función propia es querer, su estudio debe ser, en efecto, querer. Todas las desdichas del hombre, vienen porque *no quiere*; que se cure, una vez dueño de sí mismo, de esa enfermedad funesta de la falta de voluntad... *Sabe querer y haz lo que debes*, dijo un moralista alemán: *hé aquí en dos palabras toda la higiene del alma*»

«Pero la voluntad presenta grados muy diversos, y llega a su apogeo cuando es *decidida, activa y perseverante*. Hay almas en las que las veleidades pululan como las malezas en un terreno inculto. Las ideas abundan, los deseos se cruzan, los proyectos se suceden, pero nada se precisa, nada toma cuerpo; toda la fecundidad del alma se va por esa loca vegetación que se seca en hierbas. Es que la voluntad carece de decisión, y, entre tantos deseos que la solicitan, no escoge ninguno. No es por falta de luz por lo que se abstiene, sino por falta de energía y de incitación interior suficiente... Los indecisos, los irresolutos,

son enfermos en el fondo y su dolencia puede degenerar en parálisis del alma».

Hemos indicado hasta aquí, en el curso de este capítulo, que los padres y la Iglesia son los únicos que tienen derecho a educar; nos hemos detenido algo más en señalar, siguiendo a escritores autorizados, el fin de la educación, que es formar caracteres, y las notas constitutivas del carácter, cuyo desarrollo debe de procurar a todo trance el pedagogo o maestro en el alma del niño.

Tanto el *padre* como el *maestro* y el *sacerdote*, que integran la trilogía pedagógica en la católica educación, aspiran al cumplimiento de un deber sacratísimo cual es el de enseñar a la niñez, en los albores mismos de su existencia, la Religión Católica Apostólica Romana, única verdadera.

¿Qué piensa sobre este punto Pestalozzi?

Oigamos antes qué opina Rousseau sobre la enseñanza religiosa, cualquiera que esta sea.

«Nosotros, que nada queremos conceder a la autoridad, que no queremos enseñar a nuestro *Emilio* cosa que no pueda entender por sí en cualquier país, ¿en qué religión le educaremos? ¿A qué secta agregaremos el discípulo de la naturaleza? No le agregaremos a esta ni aquella; le pondremos en estado de escoger la religión a la cual le guíe el mejor uso de su razón». «Conocer el bien y el mal, entender la razón de las obligaciones humanas no pertenece al niño. Antes le

exigiría tener cinco pies de alto que el juzgar a los diez años». «Todo niño que cree en Dios es idólatra o antropomorfita». «Ni siquiera un joven de quince años es capaz de creer en Dios». Aún a los diez y ocho años duda Rousseau que sea tiempo de enseñar al discípulo de la naturaleza la existencia del alma; si se le enseña antes, *corre peligro de no saberlo nunca*.

Pues ¿qué habrá de aprender ese niño modelado según la nueva y perfectísima pedagogía? «Sólo los objetos físicos pueden interesar a los niños». «Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero tened ociosa su alma cuanto sea posible».

¿Qué diferencia existe entre esta educación *naturalista* y la crianza de los animales que no tienen más ocupación que comer, beber y gozar?

Imbuído Pestalozzi de las ideas de Rousseau, no es de extrañar que permanezca fíjamente y de asiento, aunque sin el desenfado de su mentor y mecenas, en el orden puramente natural. No sube a las alturas de la Redención y de la gracia; aunque respetuoso con Jesucristo, no llega a confesar claramente su divinidad. Por lo demás, siendo la incoherencia norma de su conducta y de su doctrina ¿quién podrá sacar en claro su pensamiento religioso?... ¿por ventura existe algo más, en todo lo que es y significa Pestalozzi, que un *vago sentimentalismo*? Su horror, sin embargo, a todo lo preciso, definido y dogmático nos le presenta como contrario a la Católica Re-

ligión, en la que todo se precisa y define o se dogmatiza.

En la trilogía pestalozziana, *el niño, el pueblo, la madre*, no son sino diversos objetos del mencionado sentimentalismo (1), que ya de sobra se advierte la *neutralidad* que lleva consigo, y sobre el que hay que ahondar más en otro capítulo.

Dos palabras no más acerca de la trilogía masonica, fuerte, violenta y decidida, que de la anterior almibarada se sirve para llevar a término en la enseñanza su plan secularizador.

Dijimos que significaba una *negación*; negación del derecho de los padres y de la Iglesia, a quienes únicamente pertenecen los hijos; negación del derecho, inherente a la personalidad de los hijos, a ser instruídos y educados y, mediante la educación e instrucción, perfeccionados de

---

(1) «Una de las ideas favoritas de Pestalozzi dice Compayré, *Historia*. pág. 365—y que en Iverdon y en Berthoud fué el principio de sus ejercicios escolares, es que todos los conocimientos elementales pueden y deben ligarse a tres principios, la *palabra*, la *forma*, el *número*». Nos pareció esta pedagógica trilogía excesivamente simple. ¿Qué novedad encierra? Al fin *leer, escribir y contar*, nada *característico*. Preferimos aludir a la trilogía de la *madre, el niño y el pueblo*, de que hablan los que ensalzan a Pestalozzi, como puede verse en la primera parte de este libro. De la *intuición*, tan decantada en el sistema pestalozziano, trataremos enseguida, aclarados conceptos e ideas relacionadas con la aureola de afabilidad y ternura con que se presenta al llamado *santo maestro* de Zurich.

bidamente; negación a veces del derecho de los maestros y educadores *auxiliares* de la familia y ejecutores del derecho que en los padres radica y reside. El Estado *docente* representa la más nefanda de las usurpaciones, y la más villana de las tiranías. En pleno siglo XX, arguye volver las espaldas a la civilización y reproducir los tiempos en que se sacrificaban niños al Dios Moloch haciendo buena la teoría de que *los hijos son del Estado antes que de los padres*. No de otra suerte en nuestros días hemos visto legislar de modo que la escuela del Estado sea libre de la autoridad de los padres y se haga obligatoria por medio del *monopolio*, que es el Moloch de la enseñanza secularizada.

Observemos con Manjón la *política del diablo* en la enseñanza: «¿Es católico el Estado en la enseñanza?: la política del diablo consistirá en *alzar* el maestro por *encima* de las leyes que garantizan los derechos de los cristianos (padres e hijos, familia, sociedad y Estado), *a pretexto* de lo que él llama *libertad de cátedra*. ¿Es el Estado jansenista, jacobino, ateo?: la política del diablo consistirá en secuestrar intelectual y moralmente los hijos a sus padres y a los maestros elegidos por sus padres, *a pretexto* de la *soberanía y poder del Estado*. Que haya una contradicción más ¿qué importa al diablo?»

En cuanto a la *coacción*, éstas son las trazas de su infernal estrategia, a juicio del mencionado

P. Teodoro Rodríguez en el referido discurso leído en Granada:

«Ocupar todos los puntos estratégicos que dominan el ingreso en el cuerpo docente, cerrar las puertas a los no adictos, abrirlas de par en par a los sometidos, crear muchos destinos que sirvan de cebo, hacer todo esto en forma hábil para no alarmar; colocar, y apoyar de cuando en cuando a algún derechista pacífico y... a vivir, cobrar uno o más sueldos y esperar el correr de los años para adueñarse, por medio de profesores y maestros, del espíritu de la juventud española y diluirlo en un COSMOPOLITISMO ARRELIGIOSO, que resulta antirreligioso, ellos dicen NEUTRALIDAD PATRIOTICA Y RELIGIOSA, formando así, en vez de una juventud legítimo orgullo y esperanza de la patria, una juventud «indiferente» en ideas religiosas, «neutral» en las «patrióticas», sin patriotismo, y «disolvente» en las sociales. El árbol ha comenzado a dar ya sus frutos».

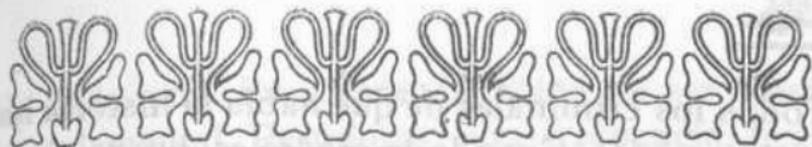
La Institución Libre de Enseñanza sabe muy bien que éste es el modo de dar la batalla a la Iglesia, consciente de la malicia que entraña la siguiente frase de Renán: «Si Marco Aurelio en vez de servirse de los leones y de las parrillas, se hubiese valido de la escuela primaria y de la enseñanza racionalista del Estado, hubiera evitado mejor que fuese seducido el mundo por el sobrenaturalismo cristiano».

¿Se deduce de lo expuesto que el Estado no tiene relación alguna con la educación?

No; síguese tan sólo que no puede *secularizar, monopolizar, coaccionar*.

El Estado *no es autor* ni de la vida natural ni de la vida sobrenatural del niño. Luego no tiene, *originariamente* a lo menos, el derecho de enseñar como la familia y la Iglesia. El Estado es el *custodio* de los derechos de la familia y el *protector* de los derechos de la Iglesia. Luego tiene el deber de asegurar a la familia y a la Iglesia el *pleno ejercicio* de sus derechos propios, muy lejos de poder atribuírselos y confiscarlos en su provecho.

El Estado tiene el cargo de velar por la tranquilidad pública y procurar la felicidad temporal de la nación: he aquí de lo que debe ser *autor* y para lo cual tiene *autoridad* directamente. Por esta razón tiene el derecho de vigilar la educación e intervenir en la escuela, *conforme lo pidiere el bien público*, con la condición de no atacar los derechos anteriores de la familia y respetar la superior autoridad de la Iglesia.



## REPARO SEXTO

EL IDEAL DE EDUCACION MATERNA, QUE  
PRESENTA PESTALOZZI EN «GERTRUDIS», ES  
IDEAL MUTILADO

Pondera con toda justicia Pestalozzi la importancia de la educación materna.

También la pondera nuestro insigne Manjón, cuando afirma (1) que la educación debe ser *inicial*, es decir, debe comenzar *en el regazo de la madre*, que es *la primera y principal educadora del niño*. Por eso importa más educar bien a la mujer que al hombre; porque a los hombres los forman las madres.

Mas no es suficiente *ser madre para ser buena madre* y por consiguiente *buena educadora*.

(1) Véase el discurso citado, *La enseñanza debe ser pedagógica* de 1897.

Todos los criminales de que habla la historia han tenido madre. Cuando la madre es buena da hijos a la sociedad como Constantino; cuando es perversa, engendra mónstruos como Nerón. Santa Elena no es Agripina; y ambas, sin embargo, son madres.

Pestalozzi nos presenta en *Gertrudis* el ideal de educación materna; pero este ideal, afirmamos, es ideal *mutilado*. La madre que educa a sus hijos, según el espíritu de Pestalozzi, cree en Dios, apoya en la divina voluntad el orden moral, y aquí se acaba su religión. Fáltale la verdadera fe, la piedad cristiana, el aliento sobrenatural, con el cual el amor materno se purifica de lo que tiene de común con el puramente animal, se eleva, santifica y alcanza vislumbres y dejos de divino.

Dió a luz Pestalozzi en 1803 una obra de instrucción elemental, que quedó sin concluir, bajo el título *El libro de las madres*.

Oigamos cómo la juzga Compayré (1): «Era otro *Orbis pictus* sin estampas. La intención de Pestalozzi era iniciar al niño en el conocimiento de los objetos naturales o artísticos que caen bajo el dominio de los sentidos. Se extendía mucho en la descripción de los órganos del cuerpo y de sus funciones. Un crítico francés, Dussault, decía: *Pestalozzi se toma mucho trabajo para enseñar a los niños que tienen las narices en me-*

(1) *Historia*, pág. 366.

*dio de la cara.* En su preocupación de ser sencillo y elemental, Pestalozzi, con frecuencia, llegó a hacer pueril la enseñanza. Por otra parte el Padre Girard se queja de que los ejercicios de lenguaje, de que se compone *El Libro de las madres, sean tan continuados en verdad y también tan áridos y tan monótonos*»,

El ideal de la educación materna en nuestra católica España es mucho más jugoso, mucho más sugestivo, tierno y consolador.

Cantó la *maternidad* con sin par dulzura don Severo Catalina (1) y dejó caer sobre el papel esta rica miel de prosa castellana:

«¿Recordáis por ventura los años de vuestra infancia? ¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que, libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer? ¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles e imprimía sin ruborizarse sus labios en vuestra frente candorosa? ¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor? ¡Oh! Sí lo recordáis. Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas. Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos en-

(1) *Obras*, tomo 1, *La Mujer*. Madrid 1876, página 219 y siguientes.

cierra el Diccionario... ¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!».

«Vosotros los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla, si tenéis corazón y sentimiento. Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo. Si véis en la región del firmamento una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo. Si a la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre. Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre. Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazón y sentimiento».

Y más adelante añade: «Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y de la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su

majestad de rey de la creación. En los años de la niñez la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña a alzar las manos al cielo y a bendecir al Dios de las mercedes. En esos primeros años de la vida, la madre viene a ser para nosotros una segunda Providencia. Por ella aprendimos a coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones, de esos primeros himnos que el alma eleva a la Reina de los Angeles».

La madre cristiana, castiza en nuestra España, católica hasta la médula y hasta lo más íntimo de sus entrañas, esto es lo primero que hace: consagrar su hijo a Dios, por medio de la Virgen Santísima, modelo de madres, a quien tiene siempre presente en la obra de la educación; que esto fué lo primero que hizo María, así que le fué dado su Hijo; *consagrarlo* a Dios, presentándolo en el templo de Jerusalén. Hizo más la Virgen: le *defendió* de Herodes. Hoy Herodes vive todavía y tiene sus fiestas, sus bailes infantiles, sus espectáculos seductores, su prensa gráfica inmoral; un Herodes—como dice Baunard (1)—que miente, que pretende engañar a las madres, como quiso engañar a los magos; que finge querer adorar a Jesucristo, a quien busca en las almas inocentes; pero es para acabar con El. Es perseguido el Jesús de la fe, de la gracia, de la comunión en el corazón infantil. La madre cristiana acierta a li-

(1) *Dios en la escuela. El Colegio cristiano*, segunda edición, tomo I. Barcelona, pág. 36.

brarle con mil industrias amorosas que le sugiere su maternal ternura; ella imprime calor sobre natural a sus cariños y con el néctar de su pecho transmite a su hijo la savia de la cristiana fe. ¿Quién no la ha visto solícita enseñarle a balbucir el nombre de María y a repetir después, cuando se les suelta a los niños esa media lengua tan graciosa, el *Bendito*, el *Jesusito de mi vida*, el *Bendita sea tu pureza* y tantas otras oraciones y jaculatorias? La madre cristiana habla al niño del ángel de la guarda; de lo bueno, obediente y afable que era el Niño Jesús; llévale a la Iglesia; cuéntale anécdotas y sucedidos de los niños Santos, como Sto. Domínguito del Val, San Tarsicio, los santos Justo y Pastor; la madre acaba por enviarle al colegio para que se instruya y crezca en sabiduría, a imitación del Niño-Dios, asombro, a los doce años, de los Doctores o maestros de la Ley. Y, una vez en el Colegio, se afana porque su hijo luzca la medalla de Congregante de la Virgen, honor que no se tributa a los discolos ni a los holgazanes y desaplicados.

Nada de esto vemos en el ideal de educación materna presentado por Pestalozzi, en cuya pedagogía, como de buen calvinista, para nada se nombra la devoción a la celestial Señora. Y este sólo defecto debería bastar en nuestra marianísima España para aborrecerla a par de muerte y abominar de ella para siempre.

Atronaron nuestros católicos oídos encomiando a Pestalozzi sus panegiristas y devotos y mu-

chos incautos se tragaron candorosamente el cebo de la alabanza, sin saber que quedaban prendidos en el anzuelo de la admiración de un pedagogo protestante, enemigo irreconciliable de la Madre de Dios. La evocación de su ternura, de su afabilidad para con los niños ha sido sencillamente *criminal*; porque se les ha hecho agradable y simpática la figura del asesino de sus almas.

No; no se ha procedido en la celebración de este centenario con la debida cautela; y a tontas y a ciegas hemos consentido los católicos que se alabase públicamente una pedagogía naturalista, francamente neutra, marcadamente protestante y laica, embozadamente *antimariana*.

Hay más. No solamente el ideal pedagógico de educación materna presentado por Pestalozzi, es ideal mutilado por las razones expuestas, sino también por el olvido en que echa a la Iglesia Católica.

Pregunto: ¿por ventura la Iglesia no es madre? Sí; y la más grande y augusta de las madres.

Hable de nuevo, con más autoridad que la mía, el marianísimo e invicto adalid de los derechos de la Iglesia y de la sana pedagogía, don Andrés Manjón en otro discurso famoso, sapientísimo como los dos hasta ahora citados. Se titula *Soberanía de la Iglesia*, y fué leído en la apertura del curso de 1903-4, en el Sacro Monte de Granada, en cuya Colegiata Magistral, era espejo clarísimo de Capitulares y portento de sabiduría.

Dice así el egregio maestro:

«*Madre nuestra* llamamos a esta Iglesia, porque es la Esposa divina de Jesucristo, nuestro Padre; *Madre es*, porque nos ha engendrado (o reengendrado) para la vida real y sobrenatural de la fe y gracia, por medio de la palabra y de los Sacramentos, que Jesús, su Esposo divino instituyera y le encomendara; *Madre es*, porque a semejanza de la madre Patria, nos protege, y como la madre natural, nos lleva en su seno desde que nos concibe por el bautismo hasta que nos conduce a las playas eternas; *Madre nuestra es*, porque nos da su vida (la maternidad consiste en reproducir y continuar la vida de un ser en otro ser que de él nace), vida que es la vida del Verbo hecho carne, esto es, la vida de Dios en la humanidad; por eso se la llama corredentora y regeneradora del mundo, verdadera Madre de todos *in re aut in voto*. Como Madre trabaja, como Madre, padece, como Madre, vela y sufre, como Madre reina en nuestros corazones, se manifiesta en nuestras palabras y la invocamos en las necesidades; como Madre, habla y siente y se presenta entre los hombres, como Madre y Madre de todos, obra siempre y en todas partes, no haciendo sino dos cosas en el mundo: salvar a sus hijos y defenderlos; darles la vida del alma y luchar porque nadie le robe estos hijos del alma.

Y la Iglesia no sólo es *Madre nuestra*, sino *la más grande de las madres*; porque su maternidad es divina; pues en nombre de Dios y como

órgano suyo nos dá la vida sobrenatural y divina; es *universal*, pues el universo entero es su hogar y familia; es *permanente*, pues viviendo en este mundo, que es la región de las mudanzas y de lo transitorio, ni pasa, ni se agota, ni cambia; es *educadora* del hombre en la Escuela de Cristo, el ideal del hombre perfecto; y es conductora del hombre a Dios, al cielo y a la eternidad, destino que sobrepuja a todo otro destino; por lo cual podemos llamar a la Iglesia con toda verdad y propiedad *la más augusta de las madres*».

Y muy recientemente, en estos mismos días, acaba de cantar en interesante circular la acción múltiple, constantemente bienhechora de esa maternidad augusta de la Iglesia el Excelentísimo y Rvmo. Dr. D. Rigoberto Domenech, preclaro Arzobispo de Zaragoza con estas unguidas y paternales palabras que, dada su brevedad, reproducimos textualmente a continuación.

Dice así:

«No sabemos a qué atribuirlo, si a inconsciencia, irreflexión o costumbre introducida paulatinamente que ha llegado a generalizarse, pero el hecho es que en la mayor parte de los entierros de Zaragoza se prescinde de avisar a la Parroquia, resultando en la práctica una secularización de la sepultura. Nos reputamos un deber sacratísimo llamar la atención de nuestros amadísimos hijos sobre este particular.

La Iglesia que santifica la entrada del hombre en el mundo, infundiéndole vida sobrenatural

por medio de las aguas regeneradoras del bautismo, que al llegar a la adolescencia le unge con su crisma para pelear con denuedo contra los enemigos de la Cruz, que le purifica y lava sus manchas y como una Madre le alimenta apenas llegado el uso de la razón con el pan de los Angeles; que encarna lo sobrenatural en las fuentes mismas de la vida y de la familia por medio del matrimonio, elevado por Cristo a la dignidad de Sacramento; la Iglesia tan solícita de nuestras almas que con frecuencia nos invita a la oración, a la comunicación frecuente con Dios, aprovechando los días de obligado descanso, las fiestas y reuniones humanas a las cuales se asocia y santifica; la Iglesia, al visitarnos la muerte nos previene con sus Sacramentos y auxilios, mientras abre el tesoro de sus indulgencias y rodea nuestro lecho de agonía con sus oraciones y consuelos; y cuando el fiel ha exhalado su último suspiro, todavía permanece junto a esos mortales despojos honrando y acompañando aquel cuerpo santificado por los Sacramentos, que fué relicario de la Sagrada Eucaristía, templo consagrado por la presencia y el contacto del Verbo hecho carne. Y si al cuerpo lo hace objeto de su veneración y respeto, para el alma que habrá de expiar todavía faltas y deudas contraídas por la fragilidad humana reserva sus oraciones y sufragios, sus lágrimas de Madre y su valimiento de Esposa del Cordero, ¿Se concibe que el cristiano penetrado de estas creencias, si de veras ama a

los suyos, se olvide o descuide solicitar el concurso, la ayuda, las plegarias, la intercesión y la solidaridad de méritos de la Iglesia en favor del pariente o amigo que traspasó los umbrales del tiempo?

No nos mueve ningún interés mezquino; la prueba está en estos mismos aranceles donde mandamos que las Parroquias presten sus servicios gratuitamente a los pobres; mas debemos advertir que no se trata de unas ceremonias más o menos, sino de la significación que entraña el ser conducidos católicos a la última morada, como si no lo fueran, y privarlos de las gracias que la Iglesia guarda en el tesoro de sus bienes espirituales. Reflexionad serenamente y con desapasionamiento, mis queridos Hijos; si observarais esto en otra ciudad ¿qué juicio os merecería?

Os pedimos en este punto una rectificación por Dios y por la Virgen Santísima de nuestros amores.

Zaragoza, 8 de marzo de 1927».

Pues bien; a pesar de que la Iglesia procede con entrañas de tanto amor y caridad, y, aún en las correcciones, con tanta dulzura, no faltan sectarios que reproducen, como lo vemos en Méjico, las escenas cruentas de los perseguidores de los primeros siglos de la Iglesia cuando trató el infierno por su medio de sepultar para siempre en un mar de sangre el gloriosísimo nombre cristiano.

Bien merecían estos y otros dioclecionos redi-

vivos de que habla la Historia, y que padecemos el pasado siglo en España—según recordaba hace unos meses mi amadísimo Prelado el Dr. Pla y Deniel (1)—que, molesta la Iglesia ante tan continuos y despiadados ataques, hubiera tomado enérgica determinación, intimando por labios de su Jefe y Supremo Jerarca el Romano Pontífice, esta orden severísima a sus religiosos y sacerdotes:

«Hijos; ya que tanto os insultan, combaten y desprecian, no os empeñéis en luchar con ellos y hacerles frente: retiraos y abandonad esa tierra ingrata, sin que en ella quede ni un ministro de Jesucristo, ni un sacerdote, ni un religioso, ni un predicador. Nadie bautice sus niños, nadie les enseñe el catecismo, ni les predique la religión, El que peque, que no halle quien le absuelva; el que muera, que no reciba el Viático; el que agoniza, que no reciba auxilio; el que se case, únase

(1) «Siglo de continuos vaivenes y cambios políticos, el siglo XIX para nuestra Patria, lo fué también de grandes alternativas en sus relaciones con la Santa Sede y con la Iglesia. Actos realizó España que merecieron el elogio del Pontífice, pero sus gobiernos perpetraron otros que merecieron en repetidas ocasiones su más enérgica condenación, llegándose a rogar en toda la Iglesia universal por nuestra España en donde la Religión era atrocemente perseguida, como hoy ruegan los católicos de todo el mundo por la perseguida Iglesia de Méjico». *La Realeza de Cristo y los errores del Laicismo*. Carta Pastoral fechada en la fiesta de Santa Teresa, 15 de octubre de 1926, pág. 30.

como los paganos, y cuando se canse de su cónyuge, váyase con quien quiera; el que necesite consuelo, que se lo pida a un librepensador; el que esté desamparado, encomiéndose al Gobierno. No haya vírgenes, ni madres, ni ángeles del hogar, ni oraciones, ni misas, ni asilos de caridad. Dejad que cunda la ignorancia, que se extienda la inmoralidad; y que los jóvenes gocen sin freno y se diviertan como quieran, y que los obreros resuelvan los problemas sociales a tiros, y que los políticos esquilmen a su patria, y los maestros enseñen el error y el vicio, y que todos tengan las libertades de pensar, escribir, leer y obrar como quieran, hasta que, roto todo freno moral, unos piensen que la propiedad es un robo, y asalten los palacios de los poderosos; otros piensen que la autoridad es una tiranía, y asesinen a los Reyes y gobernadores y generales, otros piensen que el fin del hombre es gozar, y deshonren las familias; y así sucesivamente vuelvan, pero ya sin redención, las epopeyas del libre-pensamiento, la del 68, la Commune, el Terror; y los que no quisieron humillar la cerviz a la cruz, humillen la cabeza a la guillotina; los que vieron con gozo las llamas del convento, vean quemarse sus posesiones; los que no se sujetaron a los Obispos, se sujeten a los descamisados, y los que no amaron al dulcísimo Corazón de Jesús, tiemblen ante el rabioso corazón de Marat».

Esto merecerían nuestros enemigos. Pero la

Iglesia no puede hablar así por la sencilla razón que es *madre, muy madre, la más tierna y más amorosa de las madres.*

No; no quiere, no puede hablar así. Cuando más arrecia la persecución dolorosa se dirige a los suyos con el perdón en los labios y les dice: «Hijos míos, aunque esos infelices merecen el abandono de nuestra parte, pero Dios es paciente, porque ya tiene tiempo de castigar, y quiere más convertir y sanar que condenar. Por tanto luchad, manteneos firmes, procurad que esos mismos se salven; algunos se convertirán en vida, otros al menos al morir. Trabajad para que se conserven a su alrededor predicadores, confesores, sacerdotes, religiosos y templos, a fin de que, cuando algún anticlerical necesite de la religión o para consolarse en sus tristezas, o para arrepentirse de sus pecados, o para morir bien y salvarse, o para... retirarse a un hospicio, os tenga a punto a vosotros. Y si tienen la desgracia de no volverse a Dios, al menos con vuestra presencia haréis que no se desquicie la sociedad cuanto ellos la desquiciarían, y seréis un freno moral que ate las violencias extremas de las ambiciones, deshonestidades, codicias y rabias humanas que estallarían si vosotros no pusiéseis el obstáculo de la religión» (1).

(1) Del folleto del P. Vilariño S. J. *Espíritu militante. Los deberes de los católicos*. Granada, 1902, pág. 7 y siguientes.

Este ha sido siempre el lenguaje de la Iglesia con sus verdugos y perseguidores. Idénticas palabras de perdón han resonado en los labios de Pío XI al dirigirse a los tiránicos gobernantes de Méjico. Acentos muy parecidos de ternura los que expresó el actual Romano Pontífice, en su discurso de contestación al del Rey de España, cuando dijo; «En Vos y con Vos hemos querido abrazar todos vuestros afectos más caros todo vuestro pueblo. Cuando el abrazo acercaba nuestros corazones hemos sentido que en vuestro corazón Real estaba vuestro pueblo... Si hay allí también pobres, pero siempre queridos hijos nuestros, que no quieren acercarse al Corazón Divino, les diréis que no por esto Nos les excluimos de nuestras plegarias y de nuestras bendiciones, sino que por eso mismo, volvemos a ellos, con el más vivo sentimiento de piedad paternal, nuestro pensamiento y nuestro afecto, como ovejas lejanas, a las que se volvía el Pastor divino suspirando por la unidad del rebaño».

Entrañas más duras que el diamante ha de tener quien no se conmueva al escuchar acentos de tan benígna y mansísima ternura.

No las tiene el error en sí mismo, que es *esencialmente* desorden (el hombre que yerra puede convertirse porque en él la malicia es *accidente*) y por eso, enfrente de su audacia y soberbia, cambia de lenguaje la tímida Esposa del Cordero, recordando que nació del costado abierto del esforzado León de Judá. Parece que se reviste de

especial dureza contra los errores solapados, que serpentean entre sombras. Dejando astutos la actitud alarmante de la persecución fiera, eligen la queda y silenciosa para labrar más sobre seguro, aunque a plazo más lejano, la apostasía social. Esta ha sido la táctica al ensalzar ante los niños de España la figura y pedagógica labor de maestros naturalistas como Pestalozzi, para quien nada supone ni significa la actividad de la Iglesia, a la que, con toda justicia, llamó el Papa Benedicto XV, maestra de naciones y educadora de pueblos.

Repetimos que se ha procedido con muy poca cautela. De esta suerte penetra insensiblemente el error y tanto más se adueña de nosotros cuanto más suavemente se inocular en el alma infantil que es el alma de los hombres del mañana.

Débil y harto modesta es nuestra voz y a sector muy escaso de opinión alcanza nuestra pluma; mas, consagradas ambas, por la divina misericordia, a cantar las glorias de la Virgen y defender los derechos de la Iglesia, álzanse hoy con energía en son de la más vigorosa protesta ante el ingente clamoreo con que se ha celebrado el centenario de Pestalozzi en nuestra *católica* y *marianísima* España. No podemos suscribir ni una tilde de la pedagogía de Pestalozzi ni consentir que su nombre sea pronunciado con loa ante la inocente candorosa, piadosísima y mariana niñez española.

Y procedemos así, porque tenemos muy pre-

sentés aquellas sapientísimas palabras de aquel gran Obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Martínez Izquierdo, dando la razón de por qué Pío IX desennascaró los errores modernos en el *Syllabus* (1):

«El error sólo dura mientras está encubierto; porque luego que es conocido cual en sí es, desaparece como avergonzado de su propia desnudez»...

«La Iglesia no hace paces con el error, no teme sus dificultades y objeciones; antes por el contrario cuando éstas se muestran, al parecer, más fuertes, así como cuando se echan más claramente de ver las consecuencias de los tales principios, es cuando el triunfo de la fe en los entendimientos se torna más seguro. Lo que la Iglesia desea en tales casos es definir y formular con precisión los términos, aclarar y distinguir los conceptos, examinar sus aplicaciones; porque en haciendo la luz sobre todas estas cosas, desaparece el peligro de engaño y la verdad brilla y ostenta su victoriosa faz. Lo que la Iglesia teme en este punto no son las confesiones francas de los incrédulos, sino las insinuaciones y medias tintas, que no permiten discernir lo verdadero de lo falso; porque en ellas la verdad se formula a medias; y el error vergonzante no se atreve a manifestarse a la luz del día: así que, menos se

(1) *Pastorales, Circulares y discursos*. Madrid 1889, tomo I, pág. 49 y siguiente.

ofende de la osada franqueza con que Proudhon confesaba tropezar siempre en la teología, que de aquellos doctrinarios funestos que en todas las cosas quisieran componer a Cristo con Be-lial».

«Lo que compromete la paz cristiana son las maquinaciones del error y la falta de soluciones precisas, el profesar la verdad a medias, y, por último, el velar la desnudez del error bajo apariencias seductoras o al menos el consentir que así velado y disfrazado pervierta sigilosamente la conciencia de los individuos y de los pueblos».

¿Se objetará que Pestalozzi cree en Dios, que nombra con respeto a Jesucristo?

Contesto que ello no basta para ser católico; hay que creer además en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Y quien vuelve las espaldas a la Iglesia se las vuelve a Jesucristo y al mismo Dios, según estas palabras de San Agustín (1):

«Amemos a Dios nuestro Señor; amemos a su Iglesia; a Aquel como a padre, a Esta como a madre... Nadie disgusta a uno y camplace al otro. ¿Qué te aprovecha no ofender al Padre, si da éste la cara por la madre ofendida para vengar sus agravios? ¿Qué te aprovecha el confesar a Dios y conocer a su Hijo, si blasfemas de su Iglesia?».

(1) Euarratio in psal LXXXVIII, Sermo II.

Sentencia es del mismo santo Doctor: «no puede invocar a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre»

La Iglesia hace suya la frase de Cristo: *el que no está conmigo, está contra mí.*

## REPARO SEPTIMO

### KANT Y PESTALOZZI CONCIBEN

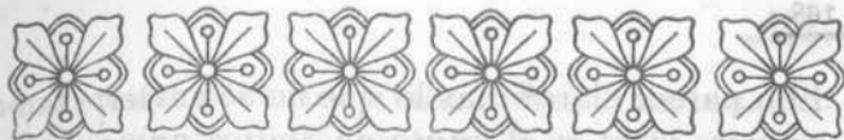
Esta es, por lo inexacto, bastante claramente definida y expresada entre los que ensalzan al maestro de Zurich.

Leemos en *El Magisterio Nacional* (1):

«El vulgo lo considera como un padre honrado; pero los filósofos lo conciben de un verdadero filósofo. Fichte juzgaba siempre como tal e hizo notar que sus doctrinas coincidían con la filosofía de Kant, según expresión manifiesta del mismo Pestalozzi en una de sus cartas. Fichte hizo una crítica de *Cómo Gortipolis enseña a sus hijos*, haciendo notar las analogías con la filosofía Kantiana».

(1) Número 297, correspondiente al 9 de febrero de 1827.





## REPARO SÉPTIMO

### KANT Y PESTALOZZI COINCIDEN

Esta es, por lo menos, opinión claramente definida y expresada entre los que ensalzan al maestro de Zurich.

Leemos en *El Magisterio Nacional* (1):

«El vulgo lo considera como un pobre hombre; pero los filósofos lo conceptúan de un verdadero filósofo. Fichte juzgóle siempre como tal e hizo notar que sus doctrinas coincidían con la filosofía de Kant, según expresión manifiesta del mismo Pestalozzi en una de sus cartas. Fichte hizo una crítica de *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, haciendo notar las analogías con la filosofía Kantiana».

(1) Número 297, correspondiente al 9 de febrero de 1927.

Ello parece claro; mas lo que no se advierte tan a primera vista es el *punto de coincidencia*.

Nos lo va a señalar persona autorizada en la Institución Libre de Enseñanza: el Sr. Director de la publicación *Revista de pedagogía*, D. Lorenzo Luzuriaga.

Tenemos a la vista *El Método* de Pestalozzi, folleto traducido por este señor y editado por *La Lectura*.

Afirmase en la página 9: «La *intuición* de la naturaleza es el *único fundamento del conocimiento humano*».

Veamos en *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* (1) la amplificación de esta idea:

«Cuando miro hacia atrás y me pregunto: ¿qué es lo que realmente he hecho por la esencia de la instrucción humana? hallo que he asentado firmemente el principio más alto y supremo de la instrucción al reconocer *la intuición como el fundamento absoluto de todo conocimiento*, y que he intentado encontrar, aparte de todas las *enseñanzas aisladas*, el ser de la *enseñanza misma* y la *forma original* mediante la cual tiene que determinarse la cultura de nuestra especie por la naturaleza misma».

¿Qué entiende Pestalozzi por *intuición*? Hable el mencionado traductor de *El Método*, anotando el pasaje citado:

«*La intuición* es igual a *creación* del objeto;

(1) Madrid, 1912, Cap. IX, pág. 191.

no es; pues, posterior a una creación de la sensibilidad, sino simultánea con ella: la actuación de la inteligencia en los sentidos».

Y en esta fase de la concepción *idealista* de la pedagogía, que hace de la conciencia individual el *creador*, el ordenador del universo, es donde se encuentran Kant y Pestalozzi.

Lo corrobora Augusto Messer, profesor de la Universidad de Giessen (1) en su artículo *Significación de Pestalozzi para nuestro tiempo*, con las siguientes textuales palabras:

«Para él, como para Kant, no tiene ya sentido la idea de que el mundo espiritual en que vivimos, es decir, los mundos de la religión, de la moralidad, del derecho, de la ciencia y el arte, existen para los hombres, sin más, acabados, como *cosas en sí*, que nosotros pudiéramos recibir de un modo meramente asivo: sino que cada individuo tiene, por decirlo así, que crearlos, o al menos recrearlos, en el sentido de las palabras de Schiller: «No se halla fuera, donde buscas la puerta; se halla en tí, lo produces tú eternamente».

Mas no sólo se advierte coincidencia *en la idea* sino también *en el método* para desarrollarla.

Al hablar Pestalozzi de las leyes fundamentales del método (pág. 16) leemos la siguiente nota del traductor: «este proceder es semejante al de

(1) Véase *Revista de pedagogía*, núm. 62, extraordinario, correspondiente a febrero 1927.

la conciencia, que Kant ha designado con el nombre de unidad sintética».

No entra en nuestros planes someter a juicio la veracidad de estas proposiciones acerca de la coincidencia y del punto de coincidencia entre Kant y Pestalozzi. Hombre éste más sentimental que pensador, un poquillo *ancha* parece que le viene la *crítica de la Razón Pura* de aquél; pero, en fin, *que conste* así, ya que así lo desean los señores institucionistas: Pestalozzi es *racionalista*, con racionalismo de marca la más acreditada, *el de Kant*.

«Kantismo» y comtismo, hé ahí—afirma el Muy I. Sr. Pildain, Lectoral doctísimo de la Catedral de Vitoria (1)—los dos sistemas filosóficos más influyentes, más poderosos y trascendentales de nuestra época, pero de influencia tanto más enorme el Kantismo, cuanto que, sin temor a exageraciones, puede asegurarse que no sólo cabe, dentro de su cauce, el comtismo todo entero, sino que de sus aguas se nutren y engruesan todas las grandes corrientes filosóficas contemporáneas». El mismo P. Tilmann Pesch, S. J., uno de los adversarios más formidables del filósofo de

---

(1) Los «*intelectuales*» ante la crítica de su mismo nombre, discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1916 a 1917 en el Seminario Conciliar de Vitoria. Es trabajo éste de muchísima enjundia y de altos vuelos, utilísimo para rebatir los mil sofismas en que abunda la que Le-Roy bautizó con el nombre de *nueva filosofía*.

Koenigsberg, ha llegado a publicar una obra, *Kant y la ciencia moderna*, sin otra mira que la de demostrar, que toda la filosofía anticatólica contemporánea se funda y estriba en la *Crítica de la Razón Pura* de Kant (1).

«En la *Crítica de la Razón pura*, dice—añade el referido Sr. Pildain—y no en Kant simplemente. Y la razón de ello está, a mi modo de ver, en que el Kant influyente, el Kant poderoso, el Kant maestro, el Kant por autonomasia trascendental, el Kant de éxito asombroso, sólo comparable al de los filósofos-cumbres, como Platón, Aristóteles, Sto. Tomás o Descartes, el Kant, oráculo de casi todos los pensadores antiescolásticos contemporáneos, desde Fichte a Krause, desde Schopenhauer a Volkelt, desde Kuno Fischer a Renouvier, el asendereado Kant, el indispensable, el magno, el patriarca, el ídolo, este Kant no es «el colosal polígrafo, el fecundo escritor especulativo, sólo a Leibnitz comparable en la universidad de los conocimientos», sino que es el crítico demoledor, que aspirando a introducir en filosofía una revolución igual a la que Copérnico introdujera en la Astronomía, erigió en dogma el subjetivismo apriorista de la razón, proclamando forma subjetiva el espacio, forma subjetiva el tiempo, subjetivas las categorías todas, subjetivas

---

(1) Tiene también hechos trabajos muy acabados refutándola el eminente filósofo alemán Rdo. P. Schaaf, S. J., Profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

vas las ideas transcendentales y apriorísticos y subjetivos todos los principios, todos los axiomas, todos los postulados, viniendo a reducir de ese modo el conocimiento científico a un algo enteramente subjetivo, fantástico, aparente, ilusorio, fantasmagórico, sin correspondencia ni conexión consciente en la realidad, y a la realidad toda entera a una enorme X misteriosa, fugitiva, impenetrable, caótica. Radical impotencia para conocer cuanto trascienda la experiencia y reducción del conocimiento a síntesis apriorísticas y ciegas dentro de ella, esto es, agnosticismo y apriorismo, metafísica de la ignorancia y automutilación de la inteligencia: hé ahí la suma en que viene a compendiarse toda la *Critica de la Razón Pura*, de suerte, que, para quienquiera que sepa leer en ella, Kantismo será siempre sinónimo de irracionalismo, de anti-intelectualismo. La frase es de Paulsen».

¿Pestalozzi, Kantista? Luego *anti-intelectualista*. Es lo que le faltaba al maestro de Zurich, por si no tenía bastante con el sambenito *naturalista*, como discípulo de Rousseau.

Se explica que la Institución Libre de Enseñanza, deseosa de levantar al maestro de Zurich, lo eleve hasta Kant, cima y cumbre del racionalismo; mas el encontrarle nosotros en esa cumbre y cima de la apostasía y del sectarismo anticatólico es motivo más que suficiente para que detestemos su envenenada pedagogía.

Que veneno es, y activísimo, el Kantismo, co-

mo amplia y contundentemente lo ha demostrado el Rdo. P. Guido Mattiussi, S. J. en su documentadísima obra *Il veleno Kantiano* (1).

El cual veneno, como todo el virus ponzoñoso del racionalismo, quedó para siempre en España científicamente diluido y más que desvirtuado, con este sencillísimo argumento, al alcance de todos, de nuestro insigne y elocuente Manterola: «Extraño es que el racionalista predica la soberanía de la razón individual, al mismo tiempo que enseña el progresismo indefinido de la razón. ¿En qué quedamos? O la razón es soberana, y entonces no debe hablarse de doctrinas progresivas, o la perfectibilidad de la razón es una verdad, y entonces es una gran mentira la soberanía de la razón» (2).

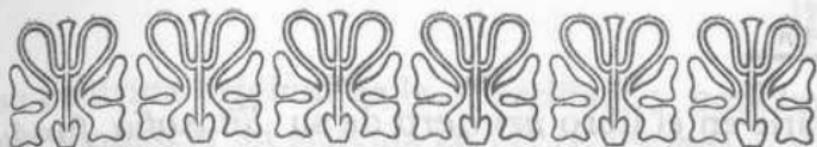
*Insignes charlatanes* Vana Schopenhauer a Nietzsche, Schelling y Hegel, para rebatar su racionalismo, jactándose como se jacta—y con razón, añade el mencionado Sr. Piliain—de profesar un Kantismo más radical y lógico que el del filósofo de Königsberg.

Charlatán o no (allí se las hayas las intelectuales con sus pijos de racionalismo) es lo cierto, que Fichte, amigo, como vimos en la cita última de *El Magisterio Nacional de Pestalozzi*, ha sabido presentar su Idealismo trascendental como uno de los sistemas que con toda espléndida re-

(1) Roma 1914 (seconda edizione).

(2) *Afirmaciones católicas* por D. Vicente Manterola, Penitenciario de Toledo. Madrid, 1885, pág. 202.





## REPARO OCTAVO

FICHTE, SCHELLING, HERBART Y FRÖBEL,  
ADMIRADORES Y AMIGOS DE PESTALOZZI

*Insignes charlatanes* llama Schopenhauer a Fichte, Schelling y Hegel, para rebajar su racionalismo, jactándose como se jacta—*y con razón*, añade el mencionado Sr. Pildain—de profesar un Kantismo más radical y lógico que el del filósofo de Koenigsberg.

Charlatán o no (allá se las hayan los *intelectuales* con sus pujos de racionalismo) es lo cierto, que *Fichte*, amigo, como vimos en la cita última de *El Magisterio Nacional*, de Pestalozzi, ha sabido presentar su Idealismo trascendental como uno de los sistemas que con más espléndido ropaje intelectualista se ofrecen en la feria de muestras de la filosofía moderna.

Nuestro insigne Balmes se encarga de desnu-

darle en el libro *primero* de su *Filosofía fundamental*, poniendo al descubierto toda la vaciedad e inconsistencia del pretendido intelectualismo del profesor de la Universidad de Jena.

Después de refutar, con su claridad peculiar, en el número 78, la absurda filosofía del *yo*, dice en el 79: «Entre estos filósofos que se pierden en vanas cavilaciones, descuella el autor de la *Doctrina de la ciencia*, Fichte, de cuyo sistema ha dicho con mucha gracia Madama de Stael, que se parece algún tanto al despertar de la estatua de Pigmalión, que tocándose alternativamente a sí misma y a la piedra sobre que está sentada, dice: soy yo, no soy yo».

Mas donde el ropaje intelectualista usado por Fichte queda para siempre y del todo *inservible*, es cuando, en el número 86, le hace el siguiente dilema: «nuestra experiencia o se limita a los fenómenos o llega a la naturaleza misma de las cosas; si lo primero, no podemos saber lo que bajo los fenómenos se esconde, y la unidad idéntica y absoluta nos será desconocida; si lo segundo, luego la naturaleza no es una, sino múltiple; pues que encontramos por todas partes la multiplicidad».

\* \* \*

Amigo de Fichte en la Universidad de Jena, en la que enseñó como aquél, fué Schelling, discípulo de Hegel en Leipzig y en Tubinga. Al principio siguió a Fichte, más después dió a conocer

su doctrina original de la identidad, y concluyó por modificar su sistema en las relaciones con la religión, admitiendo un sincretismo místico-panteísta.

Schelling alaba a Pestalozzi.

Escribiendo a Niederer, su amigo, (carta citada por Seyffartk) afirma, que creía posible que «con el método de Pestalozzi se hubiera encontrado un órgano extremadamente importante para las ciencias a las cuales había de dar por fin una *nueva vida*».

\* \* \*

Otro admirador y amigo de Pestalozzi es Juan Federico Herbart.

Siguió en un principio las direcciones filosóficas de Wolf y de Kant, familiares, como hemos visto, al maestro de Zurich.

Sabido es que Herbart fundó sobre las máximas de Pestalozzi su método pedagógico; y que la filosofía herbatiana no concede al alma pluralidad de facultades reales, predicando de ella tan sólo una operación: el esfuerzo para conservarse, del que resultan el pensamiento, la conciencia, el sentimiento, etc., expresión de las diferentes relaciones del *yo* con los otros seres simples.

Contestó al citado discurso de entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del señor Marqués de Figueroa, el ex-ministro D. Javier Ugarte. Y, al hablar este señor de los métodos educativos, después de enumerar el socráti-

co o heurístico, el de Aristóteles, el de la Escuela de Alejandría, el de los romanos, el de los escolásticos, el de los humanistas, el de los realistas Rabelais, Bacon, Descartes, Malebranche, Condillac, Helvecio y Diderot, cita entre los *humanitaristas* a Pestalozzi *juntamente* con Fröbel, Kant, Herbart, Spencer.

En la cual enumeración aparece Pestalozzi entre *los suyos*, sin que nada tenga que ver con los pedagogos del campo católico; y por eso con gran sentido el señor Ugarte añade *inmediatamente* para completarla: «y en la pedagogía *católica* contemporánea descuellan don Bosco, fundador de la Pía Asociación Salesiana y de María Auxiliadora, donde se asegura el porvenir social de los hijos del pueblo, y el insigne Director de las Escuelas del Ave María, don Andrés Manjón, que educa en el campo, con textos y procedimientos dignos de figurar en el catálogo de las más recomendables modalidades pedagógicas».

\* \*\*

Digamos dos palabras de Fröbel, admirador y discípulo el más fiel y constante de Pestalozzi.

No hay acaso creyente que tanto como Fröbel hable de Dios y de lo divino; mas en sentido *panteísta, naturalista*, verdaderamente erróneo y pernicioso.

El autorizado P. Noguera, S. J., escribía en 1913 (artículo citado) las siguientes frases: «No

se le pueden comparar los egipcios, a quienes hasta en los huertos nacían dioses. Para Fröbel todo es Dios y nada es Dios; su panteísmo naturalista se colorea con los matices del trascendental Schelling y del panentismo de Krause. Por los puntos de su pluma pasa a cada triquitraque lo divino, en estilo ampuloso y campanudo; pero es lo divino que no se distingue de la naturaleza».

Compayré—hablando de la obra *principal* de Fröbel, *La educación del hombre*—confiesa que es libro *poco leído y en parte ilegible* ¿Por qué? Porque su pensamiento es *oscuro hecho aún más oscuro por la forma exterior de la obra*. Sencillamente; en la primera edición Fröbel se dispensó de introducir en el texto toda división en capítulos y en párrafos. De modo que la lectura de texto tan ininterrumpido resultaba *penosísima* y desde luego su presentación *nada pedagógica*. Aun con las divisiones algo ficticias introducidas después, la obra es de difícil lectura y análisis.

Fröbel nada sabe del destino sobrenatural del hombre, del pecado original cuya existencia niega. El niño nace naturalmente bueno sin tilde de maldad; de ahí que el maestro no ha de hacer más que asistir al desarrollo espontáneo de las cualidades ingénitas, proporcionarles medios de fomentarlas y preservarle de influencias extrañas que tuerzan las inclinaciones naturales, buenas todas de suyo. Esta espontaneidad tan cacareada está sólo en el papel, porque la coacción

imperera soberana, al menos en ciertos jardines de la infancia de Alemania y de otras naciones, con un orden mecánico por demás circunstanciado, múltiple y fastidioso.

El principal pecado de los jardines de la infancia, cuales lo idearon Fröbel y sus secuaces, es la tendencia naturalista y anticristiana que expresaba así en Erfurt el ponente de la Asamblea general de la *Liga alemana de Fröbel*: «El fin de la asociación es la educación de la juventud conforme a la naturaleza, en vez de la que hasta ahora se la ha dado. Es opuesta, por tanto, a la confesional, y, en general a la religiosa. Atiende a la vocación natural del hombre para esposo, esposa, ciudadano, etc., y rechaza toda relación un ser superior a la naturaleza. Esta máxima de educación es continuación y perfeccionamiento de la obra de Lutero, quien al magisterio eclesiástico y al ministerio sacerdotal substituyó el libre examen de la Biblia y la seguridad de la salvación, sin intermedio de otro; esto es, rechazó la autoridad. Con todo eso, concedió gran valor a los dogmas y prosiguió así las diferencias y luchas de creencias. Fröbel va más allá; quita la autoridad de la Iglesia y la diferencia de las confesiones, en cuyo lugar asienta el principio del amor fraterno que a todos une y reconcilia». Estos párrafos explican el aplauso con que las logías acogen el sistema de Fröbel. La revista *Jardines de la infancia*, que publicaba Seidel en Weimar, refería en el número pri-

mero del año 1889 las fiestas de Navidad celebradas en los jardines de Fröbel, añadiendo esta observación: «El criterio religioso de la jardinera no entra en consideración. Comunicar a los niños verdades que no entienden ni pueden entender, por hermosa que sea la forma con que se les declaren, es pecar contra la naturaleza del niño».

## REPARO NOVENO

### LA «INTUICIÓN CREATIVA» DE PESTALOZZI REPUTADA POR BALMES

Nos ha dicho el señor Lussariga que, para el maestro zuriqués, intuición equivale a creación del objeto.

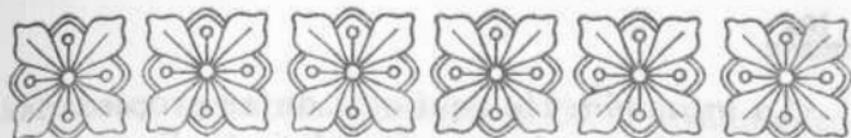
Conviene subrayar esta idea, porque alguien que se las da de filago, parece que al oírse de haber descubierto analogías entre el tratamiento ideal de que habla Balmés y la intuición que en su pedagogía describe y define Pestalozzi.

En primer lugar, Balmés, cuando se refiere a los genios, trata de la intuición pero de un concepto sano, obvio, natural, desprovisto de toda idea violenta, ficticia, extraño.

Habla el P. Ugarte de *Revista*, V, 1, en su Curso de Conferencias acerca de la *Psicología de Balmés* (1):

(1) Madrid, 1902, pág. 46.





## REPARO NOVENO

### LA «INTUICIÓN CREADORA» DE PESTALOZZI REFUTADA POR BALMES

Nos ha dicho el señor Luzuriaga que, para el maestro zuriqués, *intuición* equivale a *creación* del objeto.

Conviene subrayar esta idea, porque alguien, que se las da de *lince*, parece que blasona de haber descubierto analogías entre el *instinto natural*, de que habla Balmes y la *intuición* que en su pedagogía describe y defiende Pestalozzi.

En primer lugar, Balmes, cuando se refiere a los genios, trata de la *intuición*; pero en su concepto sano, obvio, natural, descartada toda idea violenta, ficticia, extraña.

Habla el P. Ugarte de Ercilla, S. J., en su Curso de Conferencias *acerca de la Filosofía de Balmes* (1):

(1) Madrid, 1922, pág. 95.

«*La intuición*: He aquí otra de las propiedades que se revelan en la mirada del genio. Ese ver sin esfuerzo lo que otros no ven sino con trabajo; ese tener a la vista el objeto inundado de luz, cuando a los otros se ofrece a la pálida luz del crepúsculo, si ya no envuelto en densa niebla o en espesas tinieblas es un privilegio del vidente, del genio. Esta manera de ver tan luminosa va acompañada de gran seguridad, penetración, infalibilidad y firmeza de ideas.

«Dad al genio, dice Balmes, un momento de reposo; haced que algo concentrado pueda fijar en el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto ante sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazón, desenvuelve todas sus sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial dice: «Vedle, ahí está».

Pero no es sólo esto lo que el filósofo de Vich descubre en el genio. Si la vista del genio es maravillosa por razón del modo, no lo es menos por razón de su esfera, de su alcance; circunstancia que tampoco se ha escapado a la penetración de Balmes, como que observa en sí propio la fuerza de la intuición. He aquí por qué dice: «Ofreced al genio una idea, un hecho que quizá para otros será insignificante, y descubrirá mil y mil circunstancias y relaciones antes desconocidas. No había más que un pequeño círculo, y al clavarse en él la mágica mirada, el círculo se agita, se dilata, va extendiéndose, como la aurora al levantarse el sol. Ved que no había más que un débil reflejo

luminoso, instantes después brilla el firmamento con inmensas madejas de plata y de oro; torrentes de fuego inundan la bóveda celeste, del oriente al ocaso, del aquilón al sur. (*El Criterio* pág. 168).

Todas las cualidades brillantísimas fluyen de la misma idea de intuición y se descubren a primera vista del genio. Lo que no se repara en él tan pronto, con todo y ser sencillísimo y frecuente, es que muchas verdades no son difíciles en sí, y que, sin embargo, nadie las descubre sino los hombres de talento, el hombre de genio; verdades que hubieran permanecido ocultas hasta que el genio les hubiera dirigido una mirada y con todo son obvias que, descubiertas por aquél, arrancan de todos esta exclamación: ¡*Qué claro, qué sencillo!*»

Conceptos son estos diáfanos, claros como cristal de fuente purísima. ¿Qué tiene que ver la intuición balmesiana con la intuición subjetivista, creadora, racionalista, caótica, petulante y embrollada de Pestalozzi?

Una revista minúscula de Madrid, redactada por algunos abulenses con ortodoxia algún tanto dudosa, (hace pocos meses justificaba los atropellos de Calles con los que realizó, según decía, en honor del catolicismo el Santo Tribunal de la Inquisición) ha tenido la delicadeza de calificar de *esperpentos* (gracias por la flor) mis artículos publicados en *El Diario de Avila*, con motivo del centenario de Pestalozzi.

Me interesa aclarar este párrafo del adversario:

«¿Cómo se guía nuestro entendimiento? Su asenso, en los casos en que va acompañado de mayor certeza, es un fruto espontáneo de un instinto natural, no de combinaciones; una adhesión firme arrancada por la evidencia de la verdad, o la fuerza del sentido íntimo o el impulso del instinto, no una convicción producida por una serie de raciocinios ¿quién escribió esto que tanto se parece a lo que Pestalozzi decía? Por si «El Magistral» no lo sabe, le diremos que lo dijo uno que vistió sotana, y que, a pesar de ello, fué una inteligencia despejadísima; y diremos de paso que a pesar de ese canto a la intuición, todavía no ha sido excomulgado.»

En primer lugar el articulista, con *toda la precisión* que puede advertir el lector, aduce, como autoridad, el testimonio de *uno que vistió sotana*, sin hacer siquiera mención de la obra de que están sacadas las palabras que cita. Mas demos gracias a la Providencia de Dios que nos puso en camino de la *Filosofía fundamental* de Balmes. Y en el tomo I, número 36 encontramos las palabras en que el articulista abulense de la minúscula revista madrileña, ve un *canto a la intuición*, que *tanto se parece* a la de Pestalozzi.

A nosotros no se nos alcanza ese parecido. En el número 35, el anterior precisamente al citado, encontramos estas palabras:

«El objeto más razonable que en esta cuestión puede proponerse la filosofía es examinar simplemente los cimientos de la certeza, sólo con la

mira de conocer más a fondo el espíritu humano, sin lisonjearse de producir ninguna alteración en la práctica: a la manera que los astrónomos observan la carrera de los astros, y procuran averiguar y determinar las leyes a que está sujeta, sin que por esto presuman poder modificarlas.»

¿Cómo es que leyó tan precipitadamente el articulista, que no reparó en el inciso «*sólo con la mira de conocer más a fondo el espíritu humano, SIN LISONJEARSE DE PRODUCIR NINGUNA ALTERACIÓN EN LA PRÁCTICA*»? ¿Se entera ahora con este fuerte subrayado? No empiece, por Dios, el *Credo* por *Poncio Pilato*, porque dirá un sartal de disparates.

La intuición de Pestalozzi equivale a *creación del objeto*; la intuición balmesiana *no produce ninguna alteración en la práctica*.

Esa creación, además, del objeto, importada del petulante subjetivismo racionalista, la rechaza y rebate a maravilla, como acostumbra, nuestro filósofo de Vich, en el número 75 y siguientes del tomo I citado, con estos luminosos razonamientos:

«El pretender que del *yo* subjetivo surja la verdad, es comenzar por suponer al *yo* un ser absoluto, infinito, origen de todas las verdades, y razón de todos los seres: lo que equivale a comenzar la filosofía divinizando el entendimiento del hombre. Y como a esta divinización no tiene más derecho un individuo que otro, el admitirla equi-

vale a establecer el panteísmo racional, que dista poco o nada del panteísmo absoluto.»

«Si interrogamos nuestra conciencia sobre las verdades necesarias, notaremos que *lejos de pretender o fundarlas o crearlas*, las conoce, las confiesa *independientes de sí misma*. Pensemos en esta proposición: «es imposible que a un mismo tiempo, una cosa sea y no sea» y preguntémonos, si la verdad de ella nace de nuestro pensamiento; desde luego la conciencia misma responde que no. Antes de que mi conciencia existiera, la proposición era verdad: si yo no existiese ahora, sería también verdad; cuando no pienso en ella, es también verdad; el *yo* no es más que un ojo que contempla el sol, pero que no es necesario para la existencia del sol.

Otra consideración hay que demuestra la esterilidad de toda filosofía que busque en el solo *yo* el origen único y universal de los conocimientos humanos. Todo conocimiento exige un objeto; el conocimiento puramente subjetivo es inconcebible; aun suponiendo identidad entre el sujeto y el objeto, se necesita la dualidad de relación real o concebida; es decir que el sujeto en cuanto conocido, esté *en cierta oposición* al menos concebida, con el mismo sujeto en cuanto conoce. Ahora bien; ¿cuál es el objeto en el acto primitivo que se busca? ¿Es el *no yo*? Entonces la filosofía del *yo* entra en el cauce de las demás filosofías: pues en este *no yo* están las verdades objetivas. ¿Es el *yo*? Entonces preguntaremos, si el

*yo* en sí, o en sus actos; entonces la filosofía del *yo* se reduce a un análisis ideológico, nada tiene de característico; si es el *yo* en sí, diremos que este no es conocido intuitivamente; y que menos que nadie pueden pretender a esta intuición, los que le llaman *absoluto*. Para ellos más que para los otros es el *yo* un abismo tenebroso. En vano os inclináis sobre este abismo y gritáis para evocar la verdad; el sordo ruido que os llega a los oídos es el eco de vuestra voz misma, son vuestras palabras que la honda cavidad os devuelve más ahuecadas y misteriosas».

Cabe todavía un argumento de *sentido común* para rebatir esa *creación* propia de la *intuición pestalozziana*.

Si en virtud de esa *creación* que pregona el racionalismo, *no son las circunstancias* como afirma Pestalozzi — *las que hacen al hombre* sino que es *el hombre a las circunstancias*; ¿por qué fueron tan aciagas y adversas las suyas?

«Durante treinta años — dice él mismo — mi vida ha sido una lucha desesperada contra la más espantosa pobreza... Tuve más de mil veces que pasar el día sin comer; y, al mediodía, cuando los más pobres estaban sentados alrededor de una mesa, yo devoraba con amargura un pedazo de pan en el camino... Y todo para poder acudir en socorro de los más pobres, para realizar mis principios».

Si en él estaba el variar las circunstancias, el crearlas a su talante ¿cómo es que las creó, tan

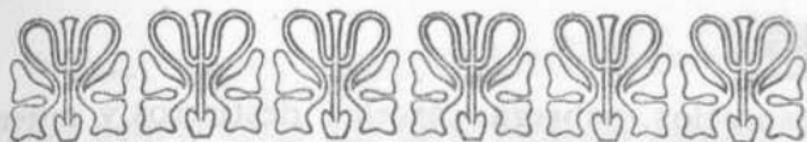
aflictivas? Y si a su gusto y con deliberada determinación se las creó de tal suerte ¿cómo puede afirmar con verdad que devoraba *con amargura* un pedazo de pan en el camino, que su vida fué *lucha desesperada*?

No eligió él, *porque quiso*, el camino de pobreza y desprendimiento; sino que se arruinó y fracasó por torpe administrador, por mala cabeza. Si fué *pobre*, por elección, como San Francisco de Asís (con quien se le ha llegado a comparar) ¿por qué abrazó tanta diversidad de empleos y negocios para dejar de serlo?

Y si tanta era la fuerza creadora de la intuición en Pestalozzi y tan sincero su amor a los niños pobres y a la educación del pueblo ¿por qué no creó, ya que para él no existía otra vida que la *natural* y su tan decantada intuición poseía esta virtud, circunstancias las más favorables a las gentes humildes, ahuyentando de ellas para siempre la miseria y la ignorancia?...

¿Soñó despierto? Es un *visionario*.

¿Pudo y no lo hizo? Es un *malvado*.



## REPARO DÉCIMO

### ATISBOS MODERNISTAS EN LA PEDAGOGIA DE PESTALOZZI

¡Exageración clerical! exclamará quizá alguno, al echar la vista sobre el título que encabeza estas líneas. Pues qué ¿no celebramos el *centenario de la muerte* de Pestalozzi? ¿no es de *ayer* el modernismo, no lo condenó Pío X en la encíclica *Pascendi*, que data del año 1907? ¿no hacía ya por dichas kalendas, ochenta años que estaba enterrado el maestro de Zurich? Nada; exageración clerical y tenaz ensañamiento revelador de un espíritu nada imparcial, que desentona del carácter conciliador de los modernos tiempos.

¿Me tildó alguien de *intransigente*? Contesto, que, *a mucha honra*. Lo soy, por la misericordia del Señor, con el error, con el que nunca transigió la Iglesia. Los Papas antes padecieron

desprecios, pobreza, cárceles, destierros y muerte, que claudicar en la pureza de la doctrina. *Potius mori quam fœdari*: la pluma del periodista católico debe siempre mostrarse *antes rota que manchada*.

Cierto que Pestalozzi es anterior a la *condenación del modernismo*; pero es coetáneo del *racionalismo*, jugo y sangre de que aquél se nutre. Ya hemos visto que la pedagogía de Pestalozzi, sobre ser coetánea del racionalismo, en los días de su mayor efervescencia, guarda trabazón *sustancial* con las enseñanzas de Kant (la de *crear los objetos* es algo *sustantivo* en ambos) por lo que mereció incondicionales aplausos de racionalistas tan caracterizados como Herbat, Sehelling y Fichte.

Nada tiene, pues, de particular, que circulando por las venas del *pestalozzianismo* y del *modernismo* la misma sangre, aunque no con la misma fuerza, del *racionalismo*, se adviertan en ambos señales y atisbos de algún parecido o semejanza.

¿Cuáles son éstos?

PRIMERO: Hay afinidad y hasta consaguinidad, en el *espíritu*.

Caracteriza al espíritu modernista—como enseña Pío X en la *Pascendi*—el referirlo todo a sí propio, el despreciar el testimonio ajeno, el carecer de ideas precisas, la inquietud.

Recuérdese de Pestalozzi su horror a la historia, su vacilación continua, el sin número de va-

riadas ocupaciones que tuvo: primero estudia filosofía y derecho; luego empieza la teología protestante; vuelve de nuevo a la jurisprudencia; es periodista siendo estudiante y halla tiempo para la acción revolucionaria. Es después *agricultor* durante diez años; *maestro* a los treinta y enseña durante cinco. Luego *escribe* durante siete y vuelve otros diez años a ocuparse en el cultivo de los campos.

SEGUNDO: Se advierte el mencionado parecido en *las tinieblas* que comunican, no obstante blasonar de ilustrados.

Difícil y caótico es el conceptismo rebuscado de los modernistas en ese mundo científico en que viven, cuyos polos son el agnosticismo y la immanencia.

Enigmático a más no poder debía ser su tan celebrado método de intuición, a juzgar por el *informe* famoso del P. Girard.

En 1809 fué comisionado por el Gobierno suizo este pedagogo ilustre (cuyo *Proyecto de educación para toda la Helvecia* está también imbuido de las ideas de Kant) para inspeccionar el instituto de Pestalozzi.

Su testimonio no es recusable. *Apóstol de la tolerancia* se le llama a boca llena. (1)

El *informe* del P. Girard constituye un trabajo, en opinión de Guex, *voluminoso, delicado y difi-*

(1) Véase *Historia de la instrucción y educación* de Guex. Madrid 1912-pág. 313 y 319.

*cil. Le llevó mucho tiempo y cayó dos veces enfermo mientras lo hacía.*

En él prueba con dolor «la divergencia de criterio entre Pestalozzi y sus colaboradores, y que la institución de Iverdun *no era como antes Berthoud, el modelo de una escuela popular, sino una especie de Babel enciclopédica, donde se enseñaba un poco de todo, pero sin plan de conjunto, de organización sólida...* En vano hemos buscado reglas generales de educación en Iverdun pues a nuestras observaciones se ha respondido que lo primero es no turbar a los alumnos con teorías...»

TERCERO: Idéntica es en ambos *la aversión a lo dogmático.*

Queremos cristianismo *sin dogmas* dicen los modernistas.

Pestalozzi, «como el filósofo ginebrino —afirma Damseaux (V. *Historia...* pág. 442) — es partidario de la religión natural, independiente del dogma». y Compayré (V. *Historia...* pág. 372) amplifica más esta idea con las siguientes palabras: «Aun en religión excluía premeditadamente la enseñanza dogmática, la forma precisa, literal, y buscaba únicamente despertar en el alma un sentimiento religioso, sincero y profundo. Cuando al P. Girard le hizo notar que la instrucción religiosa de sus alumnos era vaga, indeterminada, que faltaba en sus aspiraciones la forma doctrinal: «¡La forma, respondió Pestalozzi, *aún la estoy buscando!*»

CUARTO: El modernista no cree sino lo que es evidente a su razón, y a Pestalozzi le ocurría lo propio.

Hé aquí lo que escribe el P. Girard: «Hice a mi viejo amigo Pestalozzi, la observación de que las matemáticas ejercían allí un imperio desmedido y que tenía ya los resultados de ello por la educación». A esto me respondió con viveza y a su manera: «Lo que yo quiero es que mis niños no crean más que aquello que pueda serles demostrado, como dos y dos son cuatro».

QUINTO: Distinguen los modernistas entre el Cristo histórico y el Cristo de la fe. Pestalozzi exclama: «El Dios de mi cerebro es una quimera; el Dios de mi corazón, una realidad». (V. Damseaux, *Historia*, pág. 441).

SEXTO: Los modernistas niegan que Jesucristo fuera Dios, Pestalozzi, bien que respetuoso con Jesucristo, no llega a confesar claramente su divinidad. Educado en el calvinismo, sacudió no obstante, el yugo de toda religión positiva, sumido en vago sentimentalismo, no sube a las alturas de la Redención y de la Gracia.

SÉPTIMO: El modernismo respira por todos sus poros virus y ponzoña *naturalista*. Pestalozzi aparece más que saturado del naturalismo pedagógico rousseauiano.

OCTAVO: Los modernistas aborrecen la filosofía escolástica. Pestalozzi estudió la filosofía de Wolf (que ataca a la escolástica despiadadamente) y coincide con Kant, quien la califica de *mar*

*caliginoso sin faros ni riberas*, no obstante haber culminado en ella Santo Tomás de Aquino, luminar mayor de las ciencias eclesiásticas.

NOVENO: Todo el error modernista gira alrededor de un eje, cuyos extremos son: el *agnosticismo* y la *inmanencia*.

Pestalozzi entona el clásico *ignoramus et ignorabimus* del moderno agnosticismo al abrazarse a la imprecisión de verdades, y proclama la fe, en virtud de la inmanencia, como un *sentimiento religioso*.

Adviértase cuánto olor, color y sabor *modernista* tiene este recorte de *El Magisterio Nacional*. (1)

«Cierto; el primer pecado contra el epíritu se vincula en la demostración de la existencia de Dios por la mera razón razonante o abstracta. No; a Dios se le conoce por un sentido íntimo, por una intuición interior. Pestalozzi defendía el *inmanentismo* en cuestiones de fe. Mas, por lo mismo, propugnaba la eficacia individual de la fe, y hacía su apología en cuanto fundamento, regla y lazo de la sociedad».

Como confirmación de este aserto cita las siguientes frases de Pestalozzi:

«Todo de la fe emana, y todo a la fe conduce. Donde falta la fe, todo se disloca y cae. ¡Incredulidad, origen de todos los vicios y de todos los pecados, aún eres la vergüenza y la perdición de

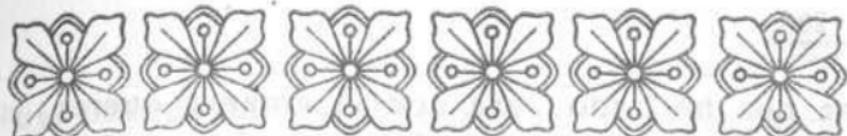
(1) Número correspondiente al 16 de Febrero de 1927.

un pueblo!». Y en otro lugar: «La fe en Dios es la fuente de la tranquilidad de la vida; la tranquilidad de la vida, la fuente del orden interior; el orden interior, la fuente de la no interrumpida aplicación de nuestras facultades, de su desarrollo, de su crecimiento; y su resultado, la verdadera sabiduría; la sabiduría, la fuente de todas las prosperidades del hombre. Así, la fe en Dios constituye la fuente de la sabiduría, y de toda clase de prosperidades, y el camino de la naturaleza conducente a la eficaz educación de la humanidad».

\*  
\* \*

¿Y a un hombre, cuya pedagogía prepara tan eficazmente el ánimo juvenil para que en él arraigue el modernismo — que Pío X calificó de *síntesis de todas las herejías* — se le puede llamar con verdad en España, enemiga irreconciliable de herejes, el *bueno*, el *santo maestro*, el *apóstol* el *martir* de la enseñanza, el *pedagogo más grande de la Historia*?





## REPARO UNDÉCIMO

### LA ESCUELA DEL CORAZÓN Y EL SENTIMENTALISMO DE PESTALOZZI

Empecemos por distinguir entre *sentimiento* y *sentimentalismo*.

Esta segunda palabra indica *abuso* del concepto que entraña la primera; de la misma suerte que *socialismo* está delatando abuso del concepto de sociedad y *liberalismo* abuso del de libertad y *modernismo*, abuso de lo moderno.

Debemos ser modernos; pero no modernistas. De la misma suerte, estamos obligados a cultivar el propio corazón; pero también a evitar el grave escollo del sentimentalismo.

Oigamos de nuevo a Manjón: (1) «El corazón

---

(1) *Derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos*, pág. 13.

se nos ha dado para con él amar y querer, y (salvo las excepciones) donde no hay padres, y sobre todo madre, el corazón se queda sin educar o no funciona como es debido. Y el corazón es la base de la educación, lo primero y lo último y lo más importante de todo. El hombre es hombre por el querer, es persona moral por la voluntad. Si pues no hay corazones sin padres que los formen, inspiren, cultiven y modelen, tampoco sin ellos habrá hombres, ni caracteres, ni patriotas, ni santos. Quitad a los padres el cetro de la educación, y habréis dejado a los educandos sin corazón, que es el mayor mal que podéis causarles».

Se dirá: ¿y la ciencia? ¿no es más importante la ciencia que el sentimiento?

Sí y no. Vamos poco a poco. Hable otro maestro, el doctor Torras y Bages, Obispo de Vich.

He aquí definida esta cuestión con precisión balmesiana, con claridad admirable: (1)

«La ciencia es solamente un auxiliar en la edificación social. Aun en la material edificación de las calles, plazas y edificios públicos de nuestras ciudades, la ciencia es solamente un auxiliar: para la edificación de una ciudad bella e interesante, se requiere una especie de inspiración; de lo contrario, la ciudad resulta fastidiosa y fatigante. No satisface las exigencias naturales del hombre espiritual. De aquí que toda edificación

(1) *Revista Social*.—Enero 1908-2.ª serie, núm. 1.—Barcelona.—Artículo *La edificación social*, pág. 8-17.

haya de ir guiada por un espíritu, y por esto escribió S. Pablo, que la ciencia hincha y la caridad edifica. La ciencia social padece estas hinchazones de que se quejaba S. Pablo; y por esto con frecuencia los que ya somos viejos la hemos visto sufrir humillaciones tremendas. Cuando la ciencia se cansa de ser instrumento, cuando siente infulas de creadora, el hombre está perdido y va a parar en víctima suya.—La ciencia es una abstracción, y una abstracción no engendra ni edifica.—Mirad las épocas pasadas, registrad la historia, y veréis que los verdaderos edificadores de pueblos no fueron los científicos. Dios no ha querido darles esta gloria. La sociedad humana viene a ser una especie de organismo, y un organismo no se produce con fórmulas ni se crea en virtud de inducciones y deducciones; es algo vivo que viene al mundo engendrado en las entrañas del amor. La caridad edifica. El humanismo recomendado por León XIII, el humanismo esencial del cristianismo ha de ser el principio inspirador.—En todos los órdenes de la existencia la fecundidad proviene del amor. El grande error de los socialistas sectarios consiste precisamente en que quieren llevar a cabo la edificación social echando el linaje humano en un molde por ellos imaginado, como si la materia viva pudiese sujetarse a moldes. No llegan a comprender que el amor es el principio generador de la sociedad humana. Es claro que conviene estudiar, observar, reflexionar y trabajar con actividad suma porque el amor

es ciego y la razón debe alumbrarlo y en cuanto la razón es más luminosa el amor resulta más fecundo, pero también es cierto que el mayor cúmulo de conocimientos generales y técnicos no constituye una potencia creadora, y que la edificación social no pasará de las regiones de la fantasía al terreno de la realidad, sino al impulso del amor. La sociedad orgánica consiste en una circulación de vida y nuestras Sagradas Escrituras dicen muy explícitamente que quien no ama está muerto... El amor es el móvil de la creación universal. Por el amor existen todos los seres, por el amor viven y se mueven, y el amor es el remate y fin de todos ellos; y la situación definitiva de los seres intelectuales ha de ser un amor infinito y eterno... Los que viven unidos por el amor, viven en Dios porque Dios es caridad. Esta fué la aspiración de nuestro Redentor Jesús, expresada con gran solemnidad para que tuviese un eco eterno, y ésta debe ser también la aspiración de todos los cristianos que quieran contribuir a la edificación social. El amor ha de ser el arquitecto.»

Esto supuesto, veamos de qué calidad es el amor, el sentimiento, la tan ponderada ternura y afecto de Pestalozzi, y entonces podremos colegir si su almibarada pedagogía contribuyó a la edificación o a la ruina y destrucción social.

## I.—SU AMOR AL NIÑO

Este amor al niño, aun desde el punto de vista

meramente *natural*, debe consistir principalmente en *instruirle*, en *educarle*.

Pues bien; Pestalozzi ni instruye, ni educa al niño.

Y lo pruebo:

PRIMERO: Con este argumento *general*, tomado del testimonio del racionalista Jouffroy, hablando del niño *que sabe catecismo* (1): «Todo lo sabe este niño; el origen del mundo, origen de la especie, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación, nada ignora; y, cuando llegue a la mayor edad, no abrigará dudas sobre el Derecho Natural, sobre el Derecho político, sobre el Derecho de gentes, porque todo esto sale y se desprende por sí mismo y como naturalmente del cristianismo».

Es así, que el naturalista Pestalozzi, aún teniendo sólo en cuenta su horror a lo preciso a lo dogmático, no enseña ni puede enseñar el catecismo, manualito de verdades naturales y sobrenaturales, concretas y definidas. Luego los niños que se educaron con Pestalozzi o los educados hoy al tenor de su pedagogía, nada saben del origen del mundo, del origen de la especie, de la cuestión de razas, del destino del hombre en esta vida, de su fin sobrenatural, de la vida futura, de sus deberes para con Dios, con el prójimo y con-

(1) *Misceláneas filosóficas*, pág. 330.

sigo mismos; y cuando lleguen a la mayor edad abrigarán dudas sobre el Derecho Natural, el Derecho político y el Derecho de gentes, porque se les cegó el manantial purísimo de donde brota cristalina y diáfana toda verdad, que es el Verbo eterno, la idea ejemplar según la cual fueron hechas todas las cosas, la sublime doctrina de Cristo, explicada y aplicada a todos los ramos del saber y a todos los mil variados sucesos de la Historia por el magisterio autorizado, continuo, paternal, infalible e indestructible de su Iglesia Santa, Católica, Apostólica y Romana.

SEGUNDO: Con este argumento especial, deducido de la misma índole de la pedagogía pestalozziana.

¿Debe ser la instrucción, para que merezca el calificativo de *pedagógica* (1) *una, integral, gradual y continua, progresiva, tradicional e histórica, orgánica y armónica, activa, sensible o estética, moral?*

Pues la instrucción que da Pestalozzi *no es una*, porque, según el testimonio autorizado, irrecusable y tolerantísimo del P. Girard, su escuela es confusa y perfecta Babel; *no es integral*, porque atiende única y exclusivamente a *parte del hombre*, a su naturaleza física, a su desarrollo meramente natural, a la vida de los sentidos; *no es gradual y continua*, porque donde no existe plan ni método no pueden escalonarse las en-

(1) Véase el discurso citado de Manjón.

señanzas y los organismos docentes, de tal modo que uno prepare al otro y sea éste consecuencia del que le precedió; *no es progresiva*, porque no se pasa de lo conocido a lo desconocido, con avance ordenado, elemento esencial del legítimo y verdadero progreso; *no es tradicional o histórica*, porque en ella se prescinde de la historia, volviendo la espalda a la ingente labor que, en todos los órdenes, realizaron los siglos, perdiéndose, a cuenta de soñadas exigencias modernas, el carácter peculiar y típico de naciones y pueblos; *no es orgánica ni armónica*, porque en ese complicado organismo que es el educando, a título de su puesta perfección natural, no se corrigen los defectos de la naturaleza, entregando a la sociedad hombres por lo menos defectuosos y desequilibrados; *no es activa*, porque al niño no se le pregunta jamás ni se le molesta lo más mínimo; *no es sensible o estética*; porque se coarta y limita al orden natural la fuerza expansiva del sentimiento y del arte en el hombre regenerado por la gracia de Jesucristo, impidiéndole los vuelos y ascensiones grandiosas a la región esplendente sobrenatural en la que tantas y tan variadas maravillas creó el inspirado arte cristiano; *no es moral*, porque no se da moralidad verdadera sin virtud, ni virtud sin esfuerzo y energía para vencerse ni vencimiento donde se proclama, en perfecta lógica naturalista, la libertad en la educación y la espontaneidad en los procedimientos. Luego la instrucción pestalozziana no es ni

puede ser en realidad de verdad, pedagógica. Dije además que no sólo no *instruía* Pestalozzi sino que tampoco *educaba*.

Educar — sostiene Fray Luis de Granada — es *dar leyes de bien vivir, esclarecer las tinieblas, regir y enderezar los pasos de la vida*; o, como añadió el clásico Núñez de Cepeda, *hacer amable la pureza de la vida*.

Ya que se citó en la casa del pueblo de Burgos al Quijote, hable nuestro Cervantes de la grande estima en que los padres deben tener a los hijos y cómo deben procurar educarlos: «Los hijos — dice — son pedazos de las entrañas de sus padres; y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de la posteridad».

*Perlas en muladar* llamó el ingenioso hidalgo a las letras sin virtud; y claramente se advierte en las obras todas de nuestro incomparable estilista, en cuánto aprecio tenía la honra de Dios, la cristiana educación y los derechos de la católica Iglesia.

Se ha citado también con no poca ligereza al hablar de Pestalozzi a Fernán Caballero. ¡Qué sarcasmo! ¡Qué profanación! ¡Junto al calvinista y vacilante Pestalozzi, la musa católica de fe ardiente! ¿Quién no recuerda aquella su tan vul-

garizada frase, «si la fe no fuera la primera de las virtudes, sería siempre el mayor de los consuelos... es ambas cosas?» Y ¿quién no deja de consignar aquellas caldeadas y suavísimas con que la ensalza nuestro gran Aparisi?

«Recuerdo al leerlas—dice refiriéndose a sus novelas—ese libro singular que llaman el Kempis, y esa odisea de la desgracia que Italia nos regaló con el título de *Mis prisiones*. Descuella en otras obras más vigorosa imaginación; deslumbran imágenes más atrevidas; seduce estilo más florido o pomposo; mas yo prefiero leer el Kempis, *Mis prisiones*, y las novelas de Fernán, porque me parece oír la voz del Buen Pastor y los sollozos del Hijo pródigo. Y es que la musa de Fernán es la musa del pesebre de Belén y la del monte Olivete, y como ella bajó del Cielo, sabe cosas que ignora esa otra musa que suele inspirarnos a nosotros».

Siga hablándonos el tribuno elocuentísimo, y desgrane el oro de sus altos pensamientos en materia de educación, con su castiza y católica bazarria:

«Los rayos que despiden las frentes de los grandes hombres, forman reunidos la aureola de la humanidad»... «Como un pueblo sin juventud semejaría a un año sin primavera, así una nación sin hombres de talento a un cielo sin estrellas»... Mas al fin, «¿qué sabe el hombre que más sabe? Casi nada... acaso que es más miserable que los demás hombres. La única verdadera ciencia es

poner en orden los movimientos turbados del corazón; gozar con moderación del bien, sufrir con resignación el mal, y viviendo de buena fe, cuidar del día de hoy, dejando para Dios el de mañana. Pero esta ciencia no se adquiere inventando máquinas y componiendo poemas»... «¿Qué es el talento, si su luz no os muestra la verdad?... ¿Qué es la ciencia, sino os enseña a amar la virtud?... ¿Qué vale la gloria de unos cuantos siglos para una alma que es inmortal?»...

## II.—SU AMOR AL PUEBLO

Estaba por decir que huelga este segundo punto. Pestalozzi educa no al pueblo en *masa* sino a los *niños del pueblo*, y ya hemos visto cuán desastrosamente. Mas, como quiera que se les llena la boca a cuantos le han ensalzado recordando su generosidad, su desprendimiento, humanitarismo en favor del pueblo, útil será examinar los quilates de su filantropía.

Prescindamos de la pobreza *obligada* que padeció, efecto de su mala administración en los negocios; hagamos caso omiso de aquella enseñanza gratuita, a *cambio* de la ayuda que le prestaban los muchachos en la fabricación del algodón, y de aquella subvención o cantidad adelantada que pidió al Gobierno; y supongamos que Pestalozzi fué espléndido con los necesitados, aun con quebranto propio; todavía ese amor no pasa del límite de la bondad natural, que queda muy por bajo de la caridad de Cristo.

Los mismos filósofos gentiles tuvieron por virtud de ánimo generoso ser parcos consigo, para mostrarse liberales con los extraños (1). Verdad es, afirmaba un genio de aquélla época, que mis rentas son cortas, los frutos de mis heredades tan inciertos como escasos; pero lo que falta a los réditos, suple la moderación a que vivo reducido, de donde manan, como de fuente, los beneficios de mi largueza (2).

Hay quien se conmueve profundamente ante la magnanimidad de corazón con que Pestalozzi despreció las injurias, llegando casi a otorgarle los honores de la santidad; mas tal género de nobleza no fué desconocida (aunque raramente practicada) entre los paganos, como advierte Séneca con estas palabras: «espíritu más noble arguye despreciar las injurias que vengarlas; y es para el ofensor linaje el más afrentoso de venganza, que le castigue el perdón, dejándole por indigno de que se tome del otro despique» (3).

(1) «Attinet etiam ad hominem liberalem, ut in dando adeo exuperet, ut sibi ipsi pauciora relinquat» *Aristóteles*, lib. 4. *Eticor.* cap. I.

(2) «Sunt quidem nobis mordicæ facultates, dignitas sumptuosa, reditus propter conditionem agellorum nescio minor, an incertior; sed quod cessat ex reditu, frugalitate suppletur, ex qua velut ex fonte liberalitas nostra decurrit» *Plinio*, lib. 2; *Epist.* 4.

(3) «Magni animi est injurias despiciere, ultionis contumeliosissimum genus est, non esse visum dignum, ex quo peteretur ultio». *De Ira*, 2 cap. 32.

No faltan admiradores quienes dan a la inscripción sobre su tumba en Birr exagerado alcance.

Héla aquí:

«Salvador de los pobres en Neuuhof; predicador del pueblo en «Leonardo y Gertrudis»; padre de los huérfanos en Stanz; fundador de la nueva escuela popular en Burgdorf y Münchenbuchsee; educador de la Humanidad en Yverdon; hombre, cristiano, ciudadano; *todo para los demás, nada para sí*; ¡benedicid su nombre!».

«*La Región*, periódico demócrata de Santander, comentaba como vimos la ciudadanía del bienhechor y maestro de la Humanidad, de esta suerte:

«Sus fundaciones; sus libros; su vida entera, son un manantial inagotable de sugerencias para los que se encaminan hacia el ideal universal que, amando a la patria, tenga por guía los grandes principios del amor fraternal con los que, a despecho de egoísmos y concupiscencias, se podrá hacer de todos los hombres una sola familia.

Su única preocupación fué la formación de *ciudadanos*, pero ciudadanos, cultos, honrados, laboriosos, *hombres en fin*».

Si tal fué el ideal perseguido por Pestalozzi, nos permitimos afirmar que lo comparte con los *comunistas, modernistas y judíos*.

El preclaro Drumont, maestro en descubrir hipocresías semitas, hablando de un libro del abate Graffe, afirmaba en *La libre Parole*. «Los judíos son seres errantes, insociables; de un uni-

versalismo inexorable; no admiten pequeñas patrias; sólo conciben por patria *la Humanidad*, toda entera...; *el culto a la Humanidad*: he ahí el culto nuevo que propagan».

Hoy sueña el alma moderna con la realización del pensamiento del *israelitismo liberal y humanitario*: unión de la humanidad por el vínculo del amor, con precisión de creencias.

Los hermanos Quintero en su obra *La Calumniada* (Madrid-1919) reflejaron, en el acto segundo de tan patriótica comedia, esta misma idea. Florencio, personaje romántico y modernista afirma que la *Patria es un mito* (pág. 18) y sueña, en sus delirios de redención (pág. 78) con una *Humanidad ideal, madre toda ella*. Su interlocutor Federico traduce esta frase diciendo (página 79) que es *un amor cristiano que junte... las razas mas distantes. La esfera—añade—del pensamiento es infinita... cabemos todos holgadamente*».

En el carnet *comunista* francés, tal como lo publicaba *La Croix* el 4 de Julio de 1919, se leen estas palabras: *Ni Dios ni amo*. Y luego estos cuatro principios de acción: «*un solo enemigo, el capital; una sola ley, la conciencia; una sola patria, el universo; una sola religión, LA HUMANIDAD*». Y al pie, este lema: *todos por todos*.

De modo que puede ser un maestro muy *humanitario* y darse todo *todo a todos* y ser el *ídolo de la humanidad* y al mismo tiempo *carecer de fijeza* en las ideas religiosas, y ser muy *natu-*

ralista y muy racionalista y muy protestante, a pesar de llamarse *cristiano*, y no tener nada absolutamente de *católico*, y sí muchos puntos de contacto con *modernistas*, *comunistas* y *judíos*.

Esa religión de la *humanidad*, por otra parte, no ha podido dar frutos de crueldad más sangrienta y *antihumanitaria*.

Y es que el *sentimentalismo* es la *muerte de la fraternidad*.

La probó a maravilla el M. I. Sr. Dr. D. Rogelio Chillida, Magistral elocuentísimo de Valencia, en sus conferencias cuaresmales sobre la *Fraternidad Cristiana*, pronunciadas en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el año 1921.

De ellas entresacamos el párrafo siguiente (1):

«Pero ¿por qué digo que el sentimentalismo no impidió las tragedias de la Revolución, si debería decir que directamente las incumbó y las causó? ¿Creéis que impúneamente se erige el corazón en norma única, en legislador supremo e inapelable? ¡Ah! no; del corazón brota algún sentimiento bueno ¿quién lo duda?, pero también brota de allí, dice expresamente Jesucristo, «todo lo que mancha al hombre»: «del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias»; es más, señores, el mal brota del corazón con mayor fuerza que el bien, y si ocurre que al mal y al bien dejamos indistintamente abiertas

(1) Pág. 152 y sig.

las puertas del corazón, triunfará aquél sobre éste, el rebajamiento sobre la delicadeza, el egoísmo sobre la fraternidad, la crueldad sobre la dulzura, y sobre toda civilización, todo horror y toda barbarie. ¿Quién era capaz de percibir el arco sùtil... que une los sueños humanitarios de Bernardino de Saint-Pierre con las realidades de la guillotina, segando a centenares las cabezas humanas? Yo sí que lo percibo; yo veo meridianamente que la fraternidad puramente sentimental había de conducir tarde o temprano al odio encarnizado contra la fraternidad, al odio aquel que se cebó en la destrucción de hospitales y casas de caridad... ¡Ah la filantropía sensual del siglo XVIII debía tener este epílogo, debía parar en el momento aquél en que los sicarios de Dantón, después de asesinar en las cárceles a los hijos de San Vicente de Paul, los arrojaban por las ventanas sobre un bosque de bayonetas, desde las cuales caían en las frías losas del pavimento, donde las *sensibles* damas de la República, educadas en el *Emilio*, separaban con sendos cuchillos las cabezas de los cuerpos exánimes, las machacaban con mazas, como cascoque, en infernal mortero, y, así desmenuzados los cascós y huesos de la cabeza y los sesos, los ofrecían a los transeuntes, sin duda como el postre exquisito del gran banquete universal y sensiblemente fraternal de la Enciclopedia!»

«No hay, pues, que enternecerse demasiado ante la filantropía y *humanitario sentimentalismo*

que refleja la inscripción de la tumba de Pestalozzi en Birr.

Por verídica tenemos la fotografía de la misma que reprodujo *El Universo*.

Sus restos los conserva una modesta casa de campo, en la que no se divisa la Cruz del Redentor.

¿Es qué se avergonzó de la Cruz aún en la hora de la muerte en la que muchos impíos creyeron en ella?

Pues, lejos, muy lejos de nosotros su memoria, que en esta bendita España todos creemos en Jesucristo con fe nada vacilante, sino firme, firmísima, hasta haber escrito con sangre de nuestras venas en los gloriosos anales de nuestra historia, el triunfo esplendente de la Santa Cruz.

Nos hallamos celebrando el centenario de la muerte de otro hombre ilustre: Beethoven, que muere abrazado a la Cruz de Cristo.

La «Sociedad Filarmónica» de Oviedo reproduce en fotograbado, con feliz acierto, en el lujoso programa del Homenaje que acaba de rendir al sublime Sordo, un ejemplar auténtico, adquirido en Viena, de la esquila mortuoria de Beethoven, documento interesantísimo, cuya traducción castellana me complazco en trasladar aquí:

«Invitación al entierro de Ludwig van Beethoven's que tendrá lugar el día 29 de Marzo a las tres de la tarde. La comitiva se reunirá en el domicilio del finado en la casa «Schwarzspanier», número 200, en la plaza ante la puerta de

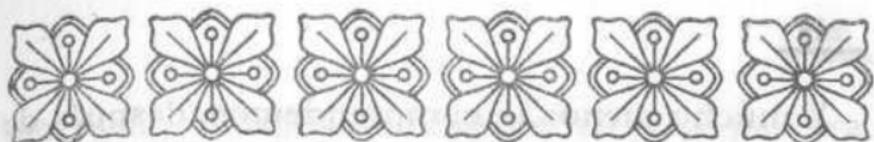
»los «Schotten». Desde allí se trasladará a la  
 »Iglesia de la Trinidad en el convento de los  
 »PP. Minoristas en la calle Alser.—El mundo  
 »musical sufrió la irreparable pérdida del famoso  
 »compositor el día 26 de Marzo de 1827 a las seis  
 »de la tarde. Beethoven murió a consecuencia de  
 »una hidropesía a la edad de cincuenta y seis  
 »años, después de recibidos los Santos Sacra-  
 »mentos. El día de los funerales se anunciará des-  
 »pués de la conducción del cadáver.—*Por los  
 »amigos de L. van Beethoven».*

El autor de las célebres *sinfonías* era *católico* y hombre de *gran corazón*.

Compone su «Misa solemne», cima gigantesca que domina las obras más insignes, considerada por Beethoven como su obra más perfecta, y la compone para la solemnidad de la toma de posesión de su protector el Archiduque Rodolfo en la sede arzobispal de Olmütz. ¡Y cómo la compuso! haciendo que se le explicara exactamente el sentido del texto litúrgico; y, al empezar el «Gloria», escribe en la partitura estas palabras: *Salida del corazón, que vaya derecha al corazón*. Y en la última página anota esta exclamación: *¡Perdona al pecador!*

(1) Misa solemne en re mayor para voz solista y orquesta. Op. 123. 1824.





## REPARO DUODÉCIMO

PESTALOZZI, \*PRECURSOR DEL SOCIALISMO  
CIENTIFICO.

Tal es el calificativo que le dió el Sr. Ovejero, catedrático de la Universidad Central, en la Casa del Pueblo, de Madrid.

Con la santidad de Benedicto XV (1) tenemos al *socialismo* por el *mayor enemigo de la sabiduría cristiana*.

Siendo la verdadera ciencia *luz* y lo más opuesto a la luz las *tinieblas*, no acertamos a comprender, en la imposibilidad de juntar términos tan antagónicos, qué pueda significar, ni qué precisión y ajuste de concepto y de palabra pueda tener esta frase, *socialismo científico*.

(1) *Motu Proprio*, en el año jubilar del cincuentenario Josefino 25 Julio 1920.

Y mucho menos la comprendemos, después de lo que llevamos dicho acerca de la educación, al cotejarla con esta otra proposición del Sr. Ovejero: *el socialismo científico y la ciencia de la educación son consustanciales.*

Luego quienes educan sin tener para nada en cuenta el socialismo, prescinden de algo que es sustancial en la educación y son *deficientes* pedagogos; y quienes en su labor educadora atacan al socialismo y ven en él el mayor enemigo, son *antipedagógicos*. ¿No es eso? Enterados.

Nosotros vamos a considerar brevemente *qué* es el socialismo, *lo que enseña* y *los frutos* de su educación científica.

## I

### QUE ES EL SOCIALISMO

Harto difícil es su definición. El socialismo no tiene perfiles claros ni líneas precisas. El mismo Proudhon, caracterizado socialista, ha dicho: «El socialismo hace tiempo que lo juzgaron Platón y Moro con una sola palabra: utopía, absurdo, quimera... el socialismo es una logomaquia» (1).

«La sociedad — continúa hablando Proudhon — se encuentra desde sus comienzos dividida en dos grandes partidos; el uno tradicional, esencialmente jerárquico, que se llama principado o de-

(1) A. SUDRE, *Historie du Communisme*, pag. 360.

mocracia, filosofía o religión, en una palabra, propiedad; el otro, que resucita en cada una de las crisis de la civilización y que se proclama ante todo anárquico y ateo, contrario a toda autoridad divina y humana, es el socialismo».

¿A qué indagar más?... No quiero sin embargo dejar de consignar esta afirmación de Boccardo: «el hombre para el socialista apenas existe; todo lo absorbe la humanidad, esto es, un gran todo impersonal y abstracto». (1)

Ya vimos quiénes simpatizaban con este ideal de la *humanidad*. Por cierto que no deja de contrastar y fuertemente el tal pensamiento humanitario con los pujos de *individualismo*, de exaltación de la valía propia del hombre, aún en sus primeros años, defendida por Rousseau y Pestalozzi, y que sostiene el señor Ovejero, cuando dice: (2) «Pestalozzi tuvo la intuición de reconocer por vez primera la personalidad del niño y la sustantividad de la vida infantil. No hay que hacer por el niño lo que el niño no pueda hacer por sí. La emancipación del niño es obra de ellos mismos, como la del pueblo ha de ser obra del pueblo mismo».

La comparación del niño con el pueblo es exacta; el pueblo es un niño grande.

Hay que reconocer, es cierto, la personalidad

(1) Dicionario di Economía Política.

(2) Véase el extracto publicado por *La Libertad* y reproducido en las páginas 11 y sig. de este libro.

del niño; pero la que *tendrá*, la que *debe tener*, la que *tiene derecho a tener el día de mañana*, que impone serias obligaciones y deberes en los padres y maestros encargados de ir la formando, por medio de la educación, paulatinamente. Por eso el hombre es naturalmente sociable, porque —como ya hemos indicado— es naturalmente débil; la sociedad doméstica conjura la indefensión del tierno niño; el conjunto de familias, o sea, el Municipio, debe suplir las deficiencias de la sociedad doméstica; la nación, alcanza donde no llega la actividad de los Ayuntamientos; la unión internacional debiera ser garantía de la vida propia de cada una de las naciones.

Es decir; el socialismo aniquila al hombre, lo hace desaparecer en el ideal humanitario, después de haber entonado un canto a su personalidad, reconocida y aun ensalzada en su edad primera; el catolicismo, que parte de la verdad de las cosas, que no sueña, que se nutre de realidades, ve en el niño, de hoy, no personalidad actual, ya que no es responsable de sus actos ni es sujeto de deberes y obligaciones; pero le hace blanco de los afanes y desvelos de los padres, de los maestros, de los Municipios, de las Naciones.

En otros términos: el socialismo quiere que *el hombre sea para la sociedad*; y el catolicismo que *la sociedad*, y cuanto en ella existe, *sea para el hombre*, y por tanto para el niño de hoy, que es el hombre del mañana, a fin de reintegrarle, en cuanto es posible por medio de la verdadera edu-

cación, a aquella integridad moral antigua, blason nobilísimo de su espiritual hidalguía y señorio primero.

Mas no tenemos por qué andar perplejos. Hé aquí la definición reciente que nos brinda *El Socialista*:

«Nosotros sabemos que el socialismo, doctrina universal, es la herencia de la Enciclopedia que dió al mundo la revolución francesa». (1)

## II

### QUÉ ENSEÑA EL SOCIALISMO (2)

Respondemos: Una sola cosa, como nos lo acaba de decir su órgano en la prensa española: *la revolución*.

Los maestros del socialismo no son sino divulgadores—según afirmación del autorizado Nicotra (3)— de las teorías que engendraron los cori-

(1) Citada en *El Siglo Futuro* de 11 de Marzo de este año.

(2) Puede consultarse, con seguridad de obtener gran provecho, la obra verdaderamente magistral del Rvdo. Padre Narciso Noguer S. J., titulada *Cuestiones candentes sobre la propiedad y el socialismo*.—Madrid, 1924.

También es excelente la obra *Verdades sociales y errores democráticos* (Barcelona-1923) escrita en francés por Monseñor Enrique Delassus, Deán de la Catedral de Lille, traducida al castellano por Caballeros de la Real Maestranza de Caballería de Valencia.

(3) «Dalla rivoluzione francese a noi, una turba di scrittori socialisti ha invaso la società, ed é per questo che il socialismo trovasi oggi molto piú sviluppato e diffuso che non fosse nei secoli passati». SOCIALISMO. *Discussioni*, Seconda edizione intieramente rifatta.—Roma-1889—pág. 26.

feos de la revolución francesa. Esta es su labor pedagógica.

Recordamos de paso, que parte de estas teorías proceden del *Contrato social* de Rousseau, Mentor y Mecenas de Pestalozzi. (1)

En esa turba de escritores socialistas encontramos a BABEUF (1762-1797) fundador del comunismo por medio de su ley agraria, en cuya *Declaración de los iguales* se sustenta como inconcuso y fundamental que *la propiedad es verdadero y público delito*; a SAINT-SIMÓN (1760-1825) fundador

---

(1) Corrigiendo las pruebas de este capítulo, llega a mis manos el número de *Iris de Paz*, correspondiente al 27 de Marzo, en el que el Rvdo. P. Leocadio Lorenzo, C. M. F., termina su brillante campaña contra Pestalozzi. Mucho agradezco la bondadosa alusión al artículo que, invitado por *El Siglo Futuro*, publiqué en este católico y militante periódico el 28 de Febrero.

El mencionado P. Lorenzo, hablando en el referido número de Pestalozzi *revolucionario*, dice:

«El señor Xandri, con una inocencia incomprensible en quien dejó de ser niño hace tiempo, afirma también que Pestalozzi formó parte «de la Sociedad secreta de los *Iluminados*, parecida a la de los masones, hermanos moravos, etc., cuyo lema es regenerar la sociedad por una mejora moral». (! ! ! !)

No ciertamente por pedagogo ni por regenerador de la Humanidad, sino por revolucionario vulgar, fué encarcelado en 1766 con Vogel, Dalliker y otros camaradas, y cuando los monstruos de la Revolución francesa hicieron a Pestalozzi la distinción de nombrarle en 1792 «ciudadano francés», no quisieron honrar al pedagogo, pues la República *no necesitaba sabios*, sino al revolucionario, y quizá con eso se le premiaron ciertos «servicios» que como buen patriota nunca debió prestar.

de la escuela industrialista, quien confía la dirección de la nueva sociedad a la aristocracia del trabajo: a BAZARD (1791-1832) discípulo de Saint-Simón, fundador del carbonarismo francés, según el cual el Estado es quien debe incautarse de las herencias y no los parientes; a FOURIER (1768-1837) fundador de la escuela societaria y falangsteriana, que tuvo la osadía de acusar de imbecilidad a los diez y ocho siglos de civilización cristiana que le habían precedido, propagando, por medio de sus *Falanges* a las que dió calor y vida Considerant profanamente llamado el San Pablo de aquel Mesías, que las pasiones humanas debían ser respetadas en sus ansias de libertad amplísima, porque eran muestras y señales de la divina voluntad; a LUIS BLANC (1811-1882); a CARLOS ROBERTUS JAGETZOF ministro de agricultura en Prusia y defensor del socialismo científico en Alemania: a ROBERTO D. OWEN propugnador del *amor libre* en su *Nueva Harmonía*; a PEDRO LEROUX llamado el filósofo humanitario; a CABET con su *Icaria*; a PROUDHON precursor del anarquismo con su programa *destruam et ædificabo* (destruyendo todo sin edificar nada); a PELLETAN y a COMTE aseveradores de que el *socialismo es el código de las naciones futuras*; a LASSALLE el hombre más enérgico y popular, verdadero apóstol del socialismo en Alemania; a BEKER, a SCHWEITZER, a la CONDESA DE HATZFELD, a RUSTOFF, a HESS, a WUTKE al más celebrado de todos, CARLOS MARX (1818, 1885), fundador y presidente de la *Internacional*,

dechado de prudencia acomodaticia y de pÉrfida moderaci3n, que supo dar a sus doctrinas subversivas ligero barniz cientÍfico, apto para ilusionar a espÍritus superficiales y engaÑar a los incautos obreros. (1) Pues bien; de todos estos seÑores *revolucionarios*, que, a la cuenta, representan el *socialismo cientÍfico*, es *precursor*. segÚn afirma el seÑor Ovejero, el llamado por algunos ingenuos *santo maestro* de Zurich, Juan Enrique Pestalozzi. Que conste asÍ.

El socialismo enseña algo mÁs.

El historiador del socialismo espaÑol, D. Fran-

---

(1) Vaya este dato como muestra. Conocida es la teorÍa de Marx sobre el *valor* de las cosas: depende Única y exclusivamente del *trabajo* concentrado en ellas. El sentido comÚn dice otra cosa. Un mal pintor, por ejemplo, trabaja todo un aÑo con mediano Éxito en un cuadro; y un buen pintor lo remata a la perfecci3n en algunos dÍas o semanas. Para todo el mundo que discurra, esta obra tiene *mÁs valor* y sin embargo encierra *menos trabajo*.

TodavÍa es mÁs popular la refutaci3n que entraña la siguiente anÉcdota:

Un relojero recibe la visita de un cliente.

—Mi reloj no anda—dice el cliente—. Arréglelo usted.

El industrial examina cuidadosamente el reloj. Mira y remira con exquisita atenci3n. Le da cuerda. Lo agita. Todo inútil. De pronto, desarruga el entrecejo. Da un soplo a la maquinaria, y el reloj comienza a marchar.

—Ya estÁ arreglado—dice al cliente—. Puede usted llevárselo. TenÍa un pelo atascando la maquinaria.

—¿QuÉ le debo?

—Cinco pesetas.

—¿Cinco pesetas por soplar un pelo?

cisco Mora (1) aduce datos suficientes, sacados de sus programas, deliberaciones y congresos, para persuadirse que el socialismo en España aspira tenazmente a la posesión del Poder político por la clase trabajadora. Su aspiración es el régimen *democrático*. Por eso hablaba el señor Ovejero, al referirse a la *educación o emancipación del pueblo, de la papeleta del sufragio*.

De la cual *democracia*, decía las siguientes lindezas el famoso demócrata Clemenceau:

—Hubiera usted aprendido a soplar, amigo mío.

—Pero... eso es un abuso; eso es un robo.

—Ni abuso ni robo. Otra cosa sería si yo tomase el reloj de usted y le obligase a volver dentro de tres o cuatro días, a *pretexto* de una rotura en la maquinaria...

—¡Sería usted un industrial sin conciencia!

—Se molestaría usted en venir dos o tres veces. Cada vez le diría a usted que el reloj estaba «en observación». Y usted, al fin, me pagaría las cinco pesetas, acaso más, que hoy le cobro, y se marcharía usted convencido de lo mucho que yo había trabajado en la compostura de su reloj, siendo así que no hice otra cosa que darle un soplo. Pero por querer servir a usted con prontitud y evitarle molestias, se resiste usted a pagar los servicios de mi *arte*, que me ha costado largo tiempo y dinero el aprenderlo.

—¡Hombre! no se discuta ya. Tome estas cinco pesetas y... *muchas gracias*.

Marx se parece al cliente de este relojero. Un relojero engañador (o torpe), trabajaría *más* (real o aparentemente) y con menos éxito. La habilidad y prontitud y esmero en el trabajo son circunstancias que Marx no aprecia. Sólo aprecia el trabajo en *bruto*. Y esto no dice nada en obsequio de Marx.

(1) *Historia del socialismo obrero español*. 1902. (1)

«¿Qué es la democracia? Por definición, el *gobierno del pueblo*. Pero ruego que me muestren el gobierno del pueblo, que me digan cómo y en qué lugar se manifiesta lo que se llama el pueblo, para comodidad del discurso; según parece, es la masa móvil de intereses mudables que cambia al viento de los prejuicios, de sueños atávicos, presiones y esperanzas. ¿Quién osará pretender que este pueblo gobierne, ni haya gobernado jamás? ¿Quién ignora que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días *está*, no digo conducido, sino *empujado al azar por los caprichos, sofismas, sentimientos buenos o malos de una alborotada minoría*? Verdaderamente lo que se entiende por democracia, en el lenguaje corriente, no es más que el *engrandecimiento* funesto, acaparador e incoherente de las minorías gobernantes... El pueblo es rey; reina pero no gobierna; como los dioses de Homero, no recibe más homenajes que el humo de las hecatombes» (1).

Esta democracia socialista forjada en los sofismas de Rousseau es además vitanda, por ser *hija de la francmasonería*. En 1819 el Dr. Richard Pescher decía en la Logia de Leipzig: «¿Qué es la democracia sino un acontecimiento que debemos conducir necesariamente y adelantar con nuestra habilidad para que avance? Sí; la democracia es nuestro hijo lleno de esperanza».

(1) *Gran Pan* pág. 316 y 317.

El H.: Carlos Limousin, en un artículo publicado en *La France* de 19 de Diciembre de 1882, decía lo mismo con estas palabras: «Las doctrinas democráticas y las doctrinas masónicas son idénticas; porque no hay que dudar que las reformas que tienen por objeto substituir el interés del pueblo por el interés de una clase, en la legislación y el gobierno, han sido y serán discutidas en las logias, y que la mayoría de los hombres importantes de la democracia francesa se educaron políticamente en estas mismas logias».

No es, pues, de extrañar que el Papa León XIII se opusiera a tan nefando magisterio con estas palabras de sus Encíclicas: «El poder público, no puede venir más que de Dios. En efecto, sólo Dios es el soberano Señor de todas las cosas; todas, cualesquiera que sean, necesariamente deben estarle sumisas y obedecerle; de tal manera, que si alguno tiene el derecho de mandar, sólo lo tiene como participación de Dios, Jefe Supremo de todos. *Todo poder viene de Dios*» (1)...

«Se engañan los filósofos que hacen brotar la sociedad civil de un libre contrato y asignan el mismo origen a la autoridad... Es un error pretender que todo viene del pueblo; que, por consiguiente, la autoridad no pertenece en propiedad a los que la ejercen sino a título de mandato popular y con la reserva de que la voluntad del pue-

(1) *Inmortale Dei*.

blo puede retirar siempre a sus mandatarios el poder que en ellos ha delegado» (1).

Sin llegar naturalmente a tales extremos, el amor *desmedido* y *desordenado al pueblo* ha hecho incurrir a algunos católicos en dislates como el que voy a referir.

Hojeando el aureo folleto *El Patronato Nacional* (Buenos Aires, 1924) del sabio y celosísimo presbítero, doctor don Zacarías Vizcarra—en el que trata magistralmente sobre la existencia y atribuciones del Patronato Nacional con motivo del incidente diplomático surgido hace tres años entre la Santa Sede y el Gobierno argentino—encuentro consignado en la página 28, el episodio siguiente:

«He tenido la desgracia de tropezar con un católico, que actúa con algún prestigio en el apostolado meramente económico, y que, a pesar de su aparente catolicismo se desata en impropiedades contra el Papa. He, aquí en resumen, algunas de las palabras que me ha dicho, en presencia de otro sacerdote:

*Soy católico, y católico militante; pero también soy argentino y republicano, Y, como argentino y republicano, debo rechazar la ingerencia del Papa en asuntos exclusivamente argentinos, como la designación del arzobispo de Buenos Aires. En la República Argentina*

(1) *Diuturnum*.

manda el pueblo, y sólo el pueblo. El día que haya un cisma, yo seré el primer cismático».

### III

## FRUTOS DE LA ENSEÑANZA SOCIALISTA

Si la enseñanza socialista es esencialmente revolucionaria, claro es que sus frutos son los frutos de la revolución, los frutos de la Escuela Moderna, la más brutalmente laica y atea. Más tarde o más temprano ese y no otro será el término de tan funestas propaǵandas, si no se cortan de raíz enérgicamente. Quien siembra vientos recoge tempestades. Son de ayer los sucesos de la semana sangrienta de Barcelona. Las hordas salvajes que asaltaron las iglesias, quemaron bibliotecas, atropellaron vírgenes, profanaron la paz de los sepulcros, trastornaron el orden social y pusieron en angustioso trance la vida misma de la Patria, se habían criado en la guarida de la escuela de Ferrer, quien escribía desde Barcelona a Leopoldina Bonnard, vecina de París (en carta que figura en el proceso): «Para las polémicas le puedo dar un argumento en contra de los que nos piden escuelas con grandes ventajas, enseñanza integral, trabajos manuales, oficios, asignaturas múltiples etc. etc. Nosotros no podemos ocuparnos más que en hacer reflexiones a los niños sobre las instituciones, sobre las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, de

justicia, de política, de militarismo (en la obra de texto *Patriotismo y colonización*—pág. 12— se dice que hay que huir del fusil como del hierro candente (1) y que la bandera Española no es más que tres metros de algodón puestos en la

(1) Tengo ante la vista, el periódico alemán *Derfrei Arbeiter*, órgano de la *Federación comunista anarquista* (sic) de aquellas tierras, correspondiente al 23 del pasado Octubre.

En la cabecera, que es tan mayúscula como minúsculo el periódico, aparecen dos brazos fornidos que intentan romper con sus robustas manos un fusil.

El periódico en cuestión es marcadamente *antimilitarista*; pero con un antimilitarismo distinto del de por acá. A los temperamentos sajones por lo visto, no les da *tan fuerte*; puesto que *se atreven a tocar* y aun *intentan romper* el fusil. A no ser que el fuego germano *no sea candente* o que aquellos fusiles *sean de palo*.

Quizá llame a alguno la atención ese maridaje de adjetivos que ostenta la mencionada Federación germana, de que es órgano el referido periódico. ¿Qué? ¿acaso los anarquistas en sus propagandas no han flagelado despiadadamente a los comunistas?...

Estos *comunistas*... son *otros* comunistas. Los hay que forman el partido comunista, sinónimo, más o menos, del socialista; y existen entre los adeptos del bando opuesto anarquista, afiliados a la fracción *anarquista comunista* en oposición a otra denominada *anarquista individualista*.

Quien propaga en España este anarquismo individualista es *Zaratusta*, autor de varios perniciosos libros. Obsesionados con su lectura, hombres, en edad temprana aún, intentan quitarse la vida; y unos lo consiguen como el joven *Villa* que se arrojó al paso del tren, allá por el año 1915 o 1916, y otros no, como le aconteció, según cuentan, a cierto obrero de los talleres de EL SOL.

punta de un palo) para preparar cerebros aptos para una revolución social. No nos interesa hacer buenos obreros, buenos empleados, buenos comerciantes; queremos destruir la sociedad desde sus fundamentos».

Concuerdá perfectamente con esta carta de Ferrer la siguiente confesión de Volksstaat: «La esperanza—dice (1)—de un feliz éxito por parte del socialismo, o del comunismo que equivale a lo mismo, antes que se extirpe del corazón del pueblo toda idea religiosa, es una utopía. Esto es lo que puede y debe querer el socialista. Nuestro deber es el poner manos a la obra con todo el ardor y con toda la constancia posible: ya que ninguno es digno del nombre de socialista, que no se aplique a plantear, sobre las ruinas de las creencias religiosas, el ateísmo».

A esta destrucción universal de creencias religiosas aspira también férvidamente el bolcheviquismo. *The Illustrated London News*, quizá el primer periódico ilustrado del mundo, en su número correspondiente al 14 de Marzo de 1925, publica diversas blasfemias bolcheviques y caricaturas revolucionarias. Las caricaturas, texto e inscripciones, están tomadas del periódico comunista de Moscú, *Bezbozhnik* (o *Ateo*).

---

(1) Vemos tan claro y abierto testimonio en la obra *El Comunismo*, sus causas, efectos y remedios, traducida del italiano por el P. Venancio M. de Minteguiaga. (Madrid 1878). En el art. 3.º del cap. V, se demuestra que el Comunismo es la actuación práctica del desarrollo del racionalismo.

«Entre los métodos de propaganda anti-religiosa (dice el corresponsal ruso del Morning Post, a cuya cortesía debemos nuestras ilustraciones) está la diseminación de literatura blasfema y atea, dando preferencia particular al libro de Yaroslavsky «La Biblia del Incrédulo» y al «Ateo», el periódico blasfemo y obsceno del cual es editor». Los versos debajo del «Milagro de Caná» son una parodia del San Juan II, 1 al 10. La inscripción al pie, ésta: *El Milagro de Caná o como fueron inventadas las bebidas espirituosas ilícitas.*

La parodia del *Padre Nuestro*, debajo de la caricatura «Padre Nuestro el Capital», está sacada de «Las Oraciones de los Capitalistas», por P. Lafargue, y dice: «¡Padre Nuestro el Capital que estás en la tierra! Dios Todopoderoso que cambias las corrientes de los ríos y atraviesas las montañas, que divides los continentes y unes las naciones, creador de los bienes y fuente de la vida, que dicta a los reyes y a los súbditos, a los amos y a los trabajadores. Venga tu reino sobre toda la tierra. Danos muchos compradores para nuestras mercancías, las buenas como las malas. Danos desgraciados trabajadores dispuestos a hacer cualquier trabajo y satisfechos con la paga más baja. Danos muchos simples que crean nuestras promesas. Que nos paguen sus deudas nuestros deudores y que los bancos acepten nuestras letras de cambio. Que jamás se abra para nosotros la prisión del deudor y sálvanos

de la insolvencia». La caricatura «El Asalto del Cielo» presenta entre las nubes las figuras de Jesucristo, El Padre Eterno, Jehovah, el Dios Moslem o musulmán y Satanás. Apoyada en las nubes una escalera, sube por ella un obrero en actitud aterradora con gran mazo en la diestra. Al pie: de un lado, muchas fábricas que humean; de otro, mezquitas e iglesias destruidas; y debajo de la caricatura esta inscripción: «Hemos acabado con los Zares de la Tierra y ahora vamos a destruir los Reyes del Cielo».

¿Está claro?...

Por eso no se explica la excesiva blandura y lenidad que refleja este artículo del *Servicio de Prensa*, que, por lo reciente, de actualidad e interés que encierra para la acción católica, nos complacemos en reproducir a continuación.

Dice así:

### **«Legislación social española y las temidas mayorías socialistas**

La orientación general de la Legislación Social Española merece sin duda apoyo y alabanzas por su tendencia bienhechora para disminuir y resolver en justicia y con mutua concordia los conflictos entre patronos y obreros, poniendo término a los principios anticristianos y antieconómicos, ya desacreditados en la lucha de clases y del capitalismo individualista manchesteriano:

Los reales decretos del Trabajo a domicilio, 26 de Junio 1926; del Contrato de Trabajo, propues-

to en el Código del Trabajo, 23 de Agosto 1926; y de la Organización Cooperativa Nacional, 26 Noviembre 1926, encierran en sí doctrinas y soluciones provechosas, no todas aceptables y oportunas, cuyo examen es el objeto de este artículo.

Pero lo hemos de decir con libertad y franqueza; en las leyes nacionales españolas, se siente la influencia perjudicialísima de una fuerza extraña, que con injusticia manifiesta resiste y se opone a la legítima y universal representación obrera en los organismos sociales. El manejo oculto lo sabe y censura terriblemente en pueblos y ciudades la opinión pública.

La cuestión clara, terminante y expuesta sin rodeos es ésta: ¿Sólo las mayorías socialistas han de tener representación en el Consejo Nacional del Trabajo, en las Juntas locales y provinciales de Reformas Sociales, en los Tribunales Industriales, en los Tribunales paritarios, en las Comisiones Mixtas del Trabajo, en los Consejos de Corporación, en el Instituto Nacional de Previsión y demás organizaciones oficiales? Así es en realidad. ¿Quién no lo conoce? Los jefes socialistas son únicamente los consejeros natos y absolutos mandatarios de todas las Sociedades de resistencia, que con ingerencias escandalosamente extrañas, han acaparado por entero los puestos de representación obrera, forcejean y defienden con amenazas de terribles trastornos desde el castillo roquero en que viven tan a sus anchas, que no hay ni puede haber en España otro dere-

cho de representación obrera fuera del suyo porque son la mayoría.

Y por arte de birlibirloque es lo cierto que en el Consejo del Trabajo, los 16 vocales patronos y suplentes y los 16 vocales obreros y suplentes de los distintos grupos de las industrias y trabajos son elegidos por las Asociaciones profesionales «por mayoría absoluta» de estos. (Real decreto de reorganización del Consejo del Trabajo de 19 de Junio de 1924: Reglamento de Régimen electoral para vocales y suplentes, 8 de Junio de 1920) El sistema electoral de los Jurados para los Tribunales Industriales se rige asimismo por las normas legales vigentes para la designación de vocales patronos y obreros de las Delegaciones del Consejo del Trabajo». (Código del Trabajo art. 444). Los mismos procedimientos de exclusivismo en favor de la mayoría numérica de los asociados en las Asociaciones patronales y obreras se establece en la constitución de representación en los Comités Paritarios, y como consecuencia, en las Comisiones mixtas del Trabajo y en los Consejos de Corporación (Decreto ley de la Organización corporativa nacional, artículos 12, 13, 20, 29, 30).

Este es el hecho. Su importancia y trascendencia para el orden social futuro de España no hay quien lo vea. Defiéndase como se quiera: por este procedimiento los «consejeros y absolutos mandatarios» del partido socialista, han encontrado el camino de asegurar sus sinecuras, de influir poderosamente en la preparación y redac-

ción de los anteproyectos de Ley de informar en los expedientes a que dé lugar el servicio especial de la Inspección del Trabajo, de mediar en los conflictos que surjan con motivo de las anomalías en la vida del trabajo, etc.. etc. (Real decreto del Consejo del Trabajo, art. 15. Reglamento interior del Consejo del Trabajo, art. 21), de intervenir con su único criterio de revolucionarios simulados en los Tribunales Industriales, en los Comités Paritarios, en la Organización Corporativa Nacional. Así tenemos que en España solamente un centenar de delegados del Partido socialista llevan la voz y la representación de más de tres millones de obreros.

— Pregunto: ¿es esto justo?, ¿es esto equitativo?, ¿es esto social?

— En unas declaraciones del ministro del Trabajo hechas a LA NACION, a raíz de la publicación del Decreto-ley sobre la Organización Cooperativa Nacional, el Sr. Aunós dijo: «Por algunos se critica en el Decreto no haber concedido representación a las minorías; pero hay que tener en cuenta que un país como el nuestro, en el que, desgraciadamente, se encuentran sin sindicalizar la mayoría de los obreros y patronos, resulta que las minorías asociadas son tan insignificantes—si se los considera desde el punto de vista de los oficios, distribuidos en localidades, que son la base electoral del Comité paritario—que, por lo general, sería hasta injusto concederles representación. Además, en el Decreto se tiende

a crear grandes agrupaciones, evitando el mal endémico de los cismas y Asociaciones fraccionadas hasta el infinito; lo contrario sería estimular las escisiones». (Organización Corporativa Nacional, página 81-82 del folleto publicado por el Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, Madrid, Sobrinos de Sucesores de M. Minuesa de los Ríos, 1926).

Con el debido respeto y salvando siempre la recta intención del Sr. Aunós, con deseo de poner la verdad a plena luz, vamos a demostrar con argumentos los tres puntos siguientes:

1.º Que las Sociedades socialistas de resistencia, que se atribuyen la mayoría de la representación obrera en España, no tienen tal mayoría.

2.º Que aun supuesto que las Sociedades de resistencia y las Asociaciones patronales existentes tuviesen la mayoría de obreros y patronos asociados, no es justo, ni equitativo, ni social, excluir de la representación legítima proporcional, a las minorías importantes de diversas tendencias.

3.º Que la ley de las mayorías individuales absolutas, sin representación alguna de las minorías, si no es admisible en el régimen político-constitucional de un pueblo, mucho menos lo es en un recto ordenamiento social.

1.º Las Sociedades socialistas de resistencia no tienen la mayoría de la representación obrera.

Con conocimiento de causa afirma el señor Aunós que «desgraciadamente se encuentran sin sindicarse la mayoría de los obreros y patronos en España»; así lo confirma el Censo de Asociaciones. Pues si la gran mayoría de obreros y patronos no están asociados, ¿por qué dar la representación obrera a la minoría socialista y la representación patronal a los pocos patronos asociados? ¿No significa este proceder dar la representación a verdaderas minorías obreras y patronales? ¿No tendrán razón para levantar enérgicas y amargas protestas las mayorías obreras y patronales no asociadas de Cataluña, Vizcaya, Asturias, Andalucía, Castilla, de todas las regiones? O es que se pretende que estas verdaderas mayorías violentamente, despóticamente, contra el dictamen de la conciencia entren a formar parte en las Sociedades de resistencia o en las Asociaciones Patronales existentes? ¿Se quiere por ventura, para no estimular las escisiones, que todos los obreros de España, católicos y comunistas, pertenezcan a las sociedades de resistencia, o, lo que es más claro, se hagan socialistas? ¿No se pretende esto? Pues según la ley estricta de las mayorías dése representación a las verdaderas mayorías y no a las verdaderas minorías socialistas o patronales.

2.º Pero demos por supuesto que las Sociedades de resistencia y las Asociaciones patronales existentes tuvieran la mayoría en España de «los trabajadores y patronos asociados»; aun

en esta hipótesis afirmamos, que no es justo, ni equitativo, ni social, excluir de la representación legítima proporcional a las minorías importantes de diversas tendencias.

Me acuerdo de haber propuesto esta cuestión a los directores cristianos del movimiento obrero en Alemania, Bélgica y Holanda, quienes me respondieron que el caso no era nuevo; que la táctica de los socialistas de todos los países había sido monopolizar la representación del trabajo con la repulsa de los demás trabajadores que no sintieran con ellos; al fin dimos la batalla con grandes luchas y refriegas; la razón se impuso a la tiranía; los Sindicatos Cristianos y Católicos, y los Sindicatos neutros consiguieron la representación en todos los organismos del Trabajo a pesar de su minoría numérica. En Alemania en 1923 la Confederación general de los Sindicatos Libres (socialistas), subía a un millón ochocientos ochenta y un mil sesenta socios; la Confederación general de los Sindicatos liberales nacionales a seiscientos setenta y siete mil novecientos sesenta y nueve socios; y en una proporción parecida están los Sindicatos obreros cristianos de Bélgica y los Sindicatos Obreros católicos de Holanda.

Los socialistas convencieron del derecho de representación de las minorías, en esos países para la organización armónica del trabajo y para la defensa general de los intereses de los trabajadores de todos los sectores de opinión.

¿Por qué han de regir distintos criterios en España? Reconózcase el derecho de representación «directa» proporcional al número de asociados a los Sindicatos Católicos, como asociaciones íntegramente profesionales y a las demás Sociedades obreras, y de este modo la opinión obrera española se declarará completa en los organismos del trabajo, se establecerá el verdadero ordenamiento social; el Consejo del Trabajo, los Comités industriales y Paritarios, tendrán verdadera vida nacional y la Organización Corporativa será una realidad. De lo contrario existirán siempre hondas divisiones y disgustos en las masas obreras españolas, y nunca llegarán al éxito los Decretos-leyes de sanas orientaciones del ministro del Trabajo.

3.º La ley de las mayorías individuales absolutas sin representación alguna de las minorías, si no es admisible en el régimen político constitucional de un pueblo, con mucho menos razón lo es en un recto ordenamiento social.

El Directorio militar y civil durante su gobierno ha demostrado a España en repetidas ocasiones lo que todos los españoles, aun los mismos políticos del antiguo régimen conocieron: que los partidos políticos apoyados en el corrompido sufragio individualista universal, eran la antítesis de la nación, su carcoma, su gangrena el criadero y sostenedor del caciquismo. ¿Quién no abomina de aquellas ilegalidades, abusos, cohechos, tra-

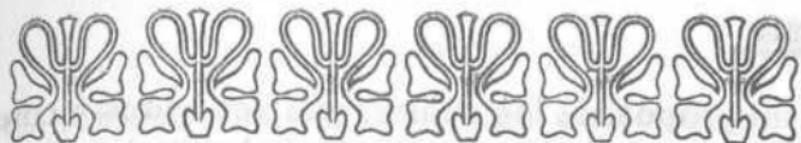
pacerías, vejámenes y desafueros? ¿Por qué no alejar del orden social esos peligros ciertos?

¿Por qué poner en las manos «inocentes» de los socialistas, únicas supervivientes del caciquismo, la recluta electoral en cuyo arte fueron maestros y superhombres en el antiguo régimen? ¿Quién no conoce sus falsificaciones del censo, sus violencias para llevar a los obreros a sus organizaciones y fines?

Si se quiere un recto ordenamiento social en España, suprimase de la legislación la ley de las mayorías individuales absolutas; reconozcan a todas las sociedades derecho de representación los organismos del trabajo: y llegará pronto el día de saber la expresión fehaciente de la voluntad de los trabajadores españoles».

Aborruñadamente no tenemos que salir a buscar por esos mundos de Dios trabajo alguno en el que se haya resucitado y conspiciendo la legislación canónica y civil, vigilar en la práctica la relación a la materia que nos ocupa. En primer lugar en casa, en este apartado todo es bastante y muy completo y acabado. El gran libro, el gran y vigilante Pastor de maestros, también tiene traducciones, Dr. Pla y Daniel, publicado en el año 1922, fecha en la que de España, notable Carta Pastoral, etc. etc. que se reproducir bien número de páginas de trabajo





## REPARO DECIMOTERCERO

LA PEDAGOGIA DE PESTALOZZI, CONTRARIA  
AL SACERDOCIO DE LA EDUCACION, QUE,  
POR LEGISLACION CANONICA Y CIVIL, DEBE  
EJERCITARSE EN ESPAÑA

Afortunadamente no tenemos que salir a buscar por esos mundos de Dios trabajo alguno en el que se halle resumida y compendiada la legislación canónica y civil, vigente en España, con relación a la materia que nos ocupa. Lo tenemos en casa, en este apartado rincón de Castilla, y muy completo y acabado. El prudente celoso y vigilante Pastor de nuestra bendita tierra tere-siana, Dr. Pla y Deniel, publicó el 25 de Julio de 1922, festividad de Santiago Apóstol, Patrón de España, notable Carta Pastoral, que lleva por título *El Sacerdocio de la educación*. De ella voy a reproducir buen número de párrafos que hacen

a mi propósito; los cuales, una vez leídos y cotejados con la pedagogía de Pestalozzi que llevamos expuesta, te persuadirán hondamente, lector amable, de la verdad que entraña la afirmación que encabeza este reparo decimotercero.

### I.—El Magisterio es un

: : : Sacerdocio : : :

«El sacerdocio es un magisterio y el magisterio es un sacerdocio. El sacerdocio en relación a Dios tiene como objeto principal el ofrecerle dignos sacrificios; mas en relación a los hombres, en la cura de almas, tiene por objeto principal instruir las y adoctrinarlas. El magisterio, a su vez, sentido, como debe serlo el magisterio educativo, y principalmente el magisterio educativo de la niñez, es un verdadero sacerdocio. Entrambos necesitan vocación, sin la cual su ejercicio se hace insoportable: entrambos necesitan conocer el valor del alma de un niño; entrambos deben enderezarse a formar su conciencia, que será la del hombre de mañana, ¿Quién puede señalar dónde termina la misión docente del sacerdote y empieza la del maestro y dónde termina ésta y empieza la del sacerdote? Un día en nuestra España, sin mala intención tal vez, se habló de que en la escuela sólo enseñase religión el sacerdote. ¡Ah, no! Ciertamente que el sacerdote ha de visitar la escuela y allí dar también su enseñanza religiosa, pero el día que al maestro de la escuela primaria se le relevase de dar la instrucción y educación religiosa, se deformaría su misión y se rebajaría notablemente.

Los maestros de instrucción primaria no sois sólo preceptores de lectura, escritura y cuentas;

sois principalmente educadores, modeladores de almas infantiles, de conciencias y caracteres. Si sólo fuérais lo primero, nosotros no escribiríamos esta Carta Pastoral; poco tendríamos que ver con vosotros. La antigüedad pagana que apenas reconocía más que la instrucción, la encomendaba muchas veces a los esclavos. A tan bajo papel queda reducido el maestro laicista que no educa cristiana y moralmente a sus niños. No renunciéis, por Dios, jamás vosotros a la alteza de la misión de un *Maestro Cristiano*. Participáis de una de las funciones principales del sacerdocio. La Iglesia os comunica la misión de enseñar su doctrina y os autoriza para ello; os tiene como cooperadores valiosísimos.

Para nosotros hay en cada pueblo dos hombres que son los que más nos interesa que llenen cumplidamente su misión: *el sacerdote* y *el maestro*. Son los cultivadores de los espíritus, los educadores de las almas, los estatuarios de hombres, los forjadores del porvenir. Ante la nobleza y eficacia de la misión educadora la misma actuación externa de la autoridad civil, con ser tan importante, ocupa un segundo lugar. Por ello en la Visita Pastoral, después de la Iglesia, creemos deber nuestro visitar la Escuela y así lo practicamos con gran consuelo, siempre que apremios de tiempo imprevistos no nos lo impiden. Y mirad qué nos atrevemos a deciros; saldríamos con el corazón más apenado de un pueblo donde la escuela no fuese cristiana, lo cual por la misericordia del Señor no nos ha acontecido, que de un pueblo que tuviese la iglesia derruida, con ser tan grande el dolor que a un Obispo causa (y éste sí que lo hemos experimentado) el contemplar un pueblo con su iglesia arruinada. Tristes, tristísimas ruínas son pero materiales, aun cuando lo sean

de un edificio consagrado al culto del Señor. Mas creedme, mucho más tristes son y más difíciles de reparar las ruinas de las almas de los niños a quienes se propina una intoxicada educación anticristiana, meramente laica y naturalista».

**II.—La escuela primaria sin enseñanza de religión es neutra o laica y los padres católicos no pueden enviar a ella sus :: :: :: hijos :: :: ::**

«La escuela primaria es la escuela por autonomía. De ella, o por lo menos de la instrucción y educación que en ella se suministra necesita todo hombre, todo ciudadano, todo cristiano. Las Universidades dan profesionales en las distintas carreras; los Institutos preparan a ellas; la Escuela primaria debe dar *hombres* con aquella educación religiosa y moral, y aún física y civil que todo hombre debe tener y que la Iglesia en su reciente Código de Derecho Canónico prescribe a los padres como gravísima obligación procuren dar a sus hijos: «Los padres tienen la gravísima obligación de procurar a sus hijos la educación tanto religiosa y moral, como física y civil según sus fuerzas, y también deben proveer su bien temporal». (1) Por ello, dejando siempre a los padres la libertad de elegir escuela y de instruir personalmente a sus hijos, entendemos que es muy justa la obligatoriedad de la instrucción primaria tal como está establecida en la legislación espa-

(1) Canon 1113.

ñola (1) y ojalá se pusiera por parte de todos mayor empeño en su cumplimiento... La Iglesia urge a los padres el cumplimiento de sus sacratísimos deberes; y el Estado debe, sin intromisiones funestas en el sagrado del hogar, coaccionar a los padres negligentes y suplir el interés que debieran tener en asegurar a sus hijos el patrimonio mínimo espiritual, cuando tal interés por ignorancia o por malicia desgraciadamente falte».

«Saber leer es un medio para adquirir muchos conocimientos, pero si se deja al niño sin el conocimiento de sí mismo, de sus destinos, de Dios, quedará en una letrada ignorancia y espiritual ceguera peor que el analfabetismo ¡De cuán poco sirven las letras si sólo sirven para que el hombre conozca lo que es menor que él y no a sí mismo y a su Autor y a su Fin, si no sirven para orientarle a su felicidad eterna! Peor que el analfabetismo es ese amoralismo y éste es una consecuencia de la falta de instrucción y educación religiosa. Sin Dios, sin el conocimiento del Supremo Legislador, no hay ley moral que obligue, y sin ley moral no hay conciencia ni más regla que el placer, el interés o el capricho individual,

La instrucción tiene menor valor que la educación: como la ciencia lo tiene menor que la virtud y el carácter. Es más: la instrucción sin la educación proporcionada se convierte en un peligro, y a los individuos les hace más infelices no pocas veces, y a la sociedad le proporciona criminales más precoces, más numerosos, más refinados y audaces. Una triste experiencia lo confirma».

(1) Art. 7.º de la ley de Instrucción Pública de 9 de Septiembre de 1857, modificada por la de 23 de junio de 1909.

«Hemos de advertir que la escuela primaria no basta que no sea impía, anarquizante o herética: debe ser positivamente católica. De no serlo está ya condenada por la Iglesia, que ha condenado siempre las escuelas laicas o neutras. Para todo el que profesa la fe católica es de una evidencia meridiana el principio fundamental que establece el Código de la Iglesia en el título que dedica a las escuelas: «Todos los fieles han de ser educados desde su niñez de tal suerte, que no sólo se les inculque nada contrario a la religión católica o a la honestidad de las costumbres, sino que obtenga el principal lugar la educación religiosa y moral. No sólo sus padres, sino también todos los que hacen sus veces tienen el derecho y gravísimo deber de procurar la cristiana educación de los hijos» (1). Y como el maestro en la escuela hace las veces de padre a los niños que le han sido confiados, de aquí se sigue como consecuencia ineludible el otro principio y precepto establecido por el Código de la Iglesia: «En cualquier escuela elemental debe darse a los niños educación religiosa proporcionada a su edad» (2).

«Deben tener por tanto muy presente todos los que funden o dirijan escuelas privadas que en toda escuela primaria privada es preciso también que se dé instrucción y educación religiosa; que se enseñe Catecismo e Historia Sagrada; que se prepare a los niños para la recepción de los sacramentos. De lo contrario, intitúlese como se intitule una escuela es una escuela neutra o laica, a la cual no pueden enviar los padres católicos sus hijos según el siguiente canon del Código de la Iglesia: «Los niños católicos no frecuenten las

(1) Canon 1372.

(2) Canon 1373.

escuelas acatólicas, neutras, mixtas; esto es que también son frecuentadas por los acatólicos. Compete exclusivamente al Obispo del lugar resolver, según las instrucciones de la Santa Sede, en qué circunstancias y con qué cautelas, para evitar el peligro de perversión, se pueda tolerar que tales escuelas se frecuenten» (1)...»

«Igualmente prohibiríamos la asistencia a escuelas bisexuales que no fuesen de párvulos, si tal asistencia no venía excusada por la pequeñez de la población y por no existir más que una sola escuela. Sólo en estos casos, y aún con la separación debida, según la legislación española, se permite la bisexualidad en las escuelas nacionales» (2).

«A mayores conocimientos científicos se requieren mayores conocimientos religiosos si no se quiere abrir brecha al funesto escepticismo, hijo de la falta de cultura religiosa, la más de las veces, y que actúa de tósigo esterilizador de energías, porque éstas proceden sólo de firmes convicciones, engendradoras de entusiasmos. Únicamente la fe racional y la convicción edifican; la duda corroe, paraliza y destruye. Por ello debe darse instrucción y educación religiosa en la segunda enseñanza y deben procurar los directores de colegios que sus alumnos del bachillerato no dejen de examinarse de la asignatura de religión, que el Estado debiera declarar obligatoria no sólo para ser consecuente consigo mismo y para que hubiese armonía entre la primera y segunda enseñanza, sino también porque no puede darse la cultura general propia de la enseñanza media, ni el conocimiento debido de la litera-

(1) Canon 1374.

(2) Art. 103 de la Ley de 9 de Septiembre de 1837.

tura e historia españolas sin conocimiento de la religión algo más extenso del que proporciona un catecismo elemental. Vergonzoso sería en alumnos y en profesores católicos invocar pretextos de comodidad y deseos de eximirse de un examen para no dar una muestra gallarda del aprecio de su fe y de su cultura religiosa, suministrando así con su conducta práctica un voto favorable a una disposición que no es legislativa sino del poder ejecutivo y que debiera modificarse en una nación católica como España. La Iglesia en su reciente Código de Derecho Canónico prescribe que «la juventud que frecuenta las escuelas medias y superiores sea instruída con una más extensa doctrina religiosa y que los Obispos procuren que esto se haga por sacerdotes distinguidos por su celo y doctrina» (1). Por Nuestra parte mandamos a los Párrocos que tengan colegios de segunda enseñanza en sus feligresías que no dejen de visitar tales colegios y les exhortamos a que se ofrezcan a dar esta enseñanza superior de la religión, no menos que a cultivar la educación moral y religiosa, acompañada de la frecuencia de sacramentos que tan necesaria es en la edad en que despuntan las pasiones, debiendo tener presente que según lo declarado en el Código de Derecho Canónico por lo menos la «obligación del precepto de recibir la comunión (en el tiempo pascual) que grava a los impúberes, recae también y principalmente en aquellos que deben tener cuidado de los mismos, esto es en los padres, tutores, confesor, maestro y párroco» (2).»

«El maestro cristiano no es sólo un instructor,

(1) Canon 1373-2.

(2) Canon 860.

es ante todo y sobre todo un educador. Por ello no debe contentarse con obtener de sus niños una fría recitación de la letra del catecismo; debe procurar que la entiendan, que penetren su espíritu, que amen a Jesús y su religión santa, que practiquen la oración y reciban dignamente los Santos Sacramentos. Esta es la noble misión educadora. De esa suerte es el magisterio también un sacerdocio».

**III.—La legislación escolar española reconoce los derechos de la Iglesia en las escuelas primarias**

«Para nosotros una nación será lo que sea su escuela nacional. En el grado de civilización actual la escuela nacional existe en todos los pueblos, por pequeños que sean, y en muchos de ellos es única. De ella depende, pues, la formación de los hombres del porvenir y la orientación de un Estado.

No creáis que por ello defendemos el monopolio exclusivo del Estado en la enseñanza. No necesita la verdad de nuestras mentiras. La importancia de la escuela nacional no pende del monopolio exclusivista del Estado, que se basaría en un principio tiránico y falso. La función docente no es una función política y por ello no es atributo directo ni exclusivo del Estado. Ni a la Iglesia ni a los particulares se les puede impedir que funden escuelas con tal que las que estos últimos funden no sean atentatorias a los principios morales y constitucionales de una nación. El derecho de la Iglesia para fundar escuelas es

incontrovertible para todo el que se precie de católico. El Código de Derecho Canónico así lo proclama en su canon 1375: «A la Iglesia compete el derecho de fundar escuelas no sólo elementales sino también medias y superiores de cualquier disciplina». El derecho de los particulares a fundar escuelas está reconocido en la Constitución de la Monarquía Española: «Cada cual es libre de elegir su profesión y de aprenderla como mejor le parezca. Todo español podrá fundar y sostener establecimientos de instrucción o educación conforme a las leyes. Al Estado corresponde expedir los títulos profesionales, y establecer las condiciones de los que pretendan obtenerlos, y la forma en que han de probar su aptitud» (1). Pero el fomento de la cultura patria es uno de los fines del Estado y para realizarlo el Estado crea sus escuelas; y de hecho hoy en España creemos que la mayoría de las escuelas son nacionales. Basta este hecho para reconocer la importancia de la escuela primaria nacional.

Vosotros los maestros nacionales, reunís una triple misión: del Estado de la Iglesia y de los padres. Vuestra función es sobre manera augusta y debéis mirarla con reverencia y sagrado respeto».

«A los Obispos compete el derecho de aprobar los maestros y los libros de religión; y de exigir que tales maestros o libros sean removidos, si así lo pidiese la causa de la religión o de las costumbres» declara terminantemente el Código de Derecho Canónico (2). Y ello es naturalísimo porque sólo la iglesia puede conferir la facultad

(1) Art. 12.

(2) Art. 12.

de enseñar sus doctrinas y juzgar definitivamente del modo como se dé tal enseñanza».

«Por ello no hace todavía un año, el Ministro de Instrucción Pública urgía con muy buen acuerdo el exacto cumplimiento de la disposición ya secular de que en todas las escuelas nacionales en lugar preferente y a la vista de los alumnos se coloque la imagen de Nuestro Señor Jesucristo y el retrato del Soberano reinante».

«Afortunadamente en nuestra España la escuela primaria nacional es católica de derecho y de hecho. Reconoce la legislación escolar vigente los derechos de la Iglesia en la escuela y éstos son de hecho respetados. Así debiera acontecer también en las escuelas medias y superiores conforme a la Constitución que declara la religión católica, apostólica, romana, la del Estado (1), y conforme al Concordato que no puede ser modificado, mientras está vigente, por una sola de las partes contratantes y dice así terminantemente en su artículo segundo: «la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas o privadas de cualquiera clase será en todo conforme a la doctrina de la misma Religión Católica».

«La escuela nacional en nuestra patria es católica, porque hasta hoy conserva la obligatoriedad de la enseñanza religiosa y reconoce los derechos de la autoridad eclesiástica. Desde la Ley de Instrucción Pública de 9 de Septiembre de 1857 hasta el Real Decreto de 25 de Abril de 1913, todas las disposiciones vigentes reconocen la obligatoriedad de la enseñanza religiosa. Es más; colocan esta enseñanza como la primera que debe darse en las escuelas nacionales. La Ley de 1857 en su artículo 2.º dice: «La primera enseñanza elemen-

(1) Art. 11.

tal comprende: Primero.—Doctrina cristiana y nociones de Historia Sagrada, acomodadas a los niños». El Real Decreto de 26 de Octubre de 1901 en su artículo 3.º prescribe: «La primera enseñanza pública comprende las materias siguientes: 1.º Doctrina cristiana con nociones de Historia Sagrada»; y en el artículo 1.º añade: «Cada uno de los tres grados en que queda dividida esta enseñanza, abrazará todas las materias indicadas». Por fin el Real Decreto de 25 de Abril de 1913 dice en su artículo 1.º: «Las enseñanzas de Doctrina cristiana y nociones de Historia Sagrada continuarán figurando con carácter obligatorio en el plan de estudios de las escuelas públicas de instrucción primaria»; y si bien el artículo 2.º (sobre el cual no es esta la ocasión oportuna de emitir nuestro juicio) establece que «quedarán exceptuados de recibir dichas enseñanzas los hijos de los padres que así lo deseen, por profesar religión distinta que la católica», debe notarse que no admite más causa para atender la petición de los padres que el «profesar éstos religión distinta que la católica», y en la exposición misma del Real Decreto se dice explícitamente que no se refiere tal excepción a los hijos de padres que siendo católicos desearan no someter a sus hijos a la enseñanza oficial de las mencionadas materias. Sería por tanto un abuso, aun bajo el punto de vista de la ley civil, exceptuar de la enseñanza religiosa a algunos alumnos de las escuelas públicas sólo por pedirlo así sus padres, si no profesaran éstos religión distinta de la católica».

«Dada la importancia y el lugar preeminente que la legislación escolar española concede a la enseñanza del Catecismo y de la Historia Sagrada no bastaría la enseñanza semanal o bise-manal de la misma, ni aun alterna: sino que debe

ser diaria conforme al Reglamento provisional de las escuelas públicas de instrucción primaria elemental de 26 de Noviembre de 1838 que reconocen como vigente, por lo menos en todo aquello en que no ha sido derogado o caído en desuso, los tratados de legislación escolar, (1) los Inspectores de Enseñanza, (2) y lo que es más, muchas recientes disposiciones del Ministerio de Instrucción Pública. (3) Este Reglamento prescribe lo siguiente, al tratar de la Instrucción Religiosa y Moral: «Artículo 36.—Como el fin que debe proponerse el Maestro de la educación de los niños no es sólo enseñarlos a leer, escribir y contar, sino también y principalmente instruirles en las verdades de la religión católica, será cargo suyo dársela a conocer por medios convenientes, disponiéndoles con buenos hábitos y sanos principios a cumplir con los deberes para con Dios, para con los demás hombres y para consigo mismo, y teniendo presente que en esta parte es más instructivo el ejemplo que toda otra enseñanza. Artículo 38.—La instrucción moral y religiosa obtendrá el primer lugar en todas las clases de la Escuela. Artículo 39.—Habrá lección corta pero diaria, de Doctrina cristiana, acompañada de alguna parte de Historia Sagrada, en que se vean

(1) Véanse las *Nociones de Legislación Escolar*, por don Rufino Blanco, Profesor de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, séptima edición, págs. 26 y 27; y el *Diccionario de Legislación de Primera Enseñanza*, por don Victoriano Ascarza, II tomo, pág. 729.

(2) Véase la reciente óptima Circular del Inspector de Primera Enseñanza de Gerona, señor Torrent,

(3) Real orden de 2 de Marzo de 1891, sobre la obligación de llevar los niños a la confesión anual y Real orden de 4 de Octubre de 1921, arriba citada, sobre el Crucifijo y Retrato del Rey en las escuelas.

explicadas las máximas y preceptos que se hayan explicado, acomodando estas instrucciones a la capacidad respectiva de las diferentes clases».

En las escuelas nacionales debe adoptarse como libro de texto para la enseñanza de la Doctrina Cristiana el que señale el propio Obispo. Así lo prescriben el artículo 87 de la Ley de 9 de Septiembre de 1857 y el 8.º del R. D. de 26 Octubre de 1901. Por tanto debe emplearse en la escuela primaria nacional como texto el mismo catecismo que se emplee por el Párroco en la Iglesia para la catequesis de los niños, lo cual está además recomendado por la sana pedagogía para no confundir a los niños con textos distintos. «Las obras que traten de Religión y Moral no podrán señalarse de texto sin previa declaración de la Autoridad eclesiástica de que nada contienen contra la pureza de la Doctrina ortodoxa», según el artículo 12 de la citada Ley de 1857.

También toda la legislación escolar hasta nuestros días reconoce la inspección de los Prelados en la parte moral y religiosa de las escuelas nacionales y el derecho de visita de los Párrocos para explicar el Catecismo. Reconocido este derecho en el Reglamento de 1838 (1) y en el solemne concordato con la Santa Sede de 1851 que establece que «no se pondrá impedimento alguno a los Obispos y demás Prelados diocesanos encargados de su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina de fe y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas», la ley de 1857 en el título IV *De la Inspección*, después del artículo fundamental en esta materia dedica los dos primeros artículos a la Inspección

---

(2) Art. 37 y 46.

moral y religiosa de los Obispos, diciendo en el 295: «Las autoridades civiles y académicas cuidarán, bajo su más estricta responsabilidad, de que ni en los establecimientos públicos de enseñanza ni en los privados se ponga impedimento alguno a los Reverendos Obispos y demás Prelados diocesanos, encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la Fe y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo».

En el artículo 11 de la misma Ley se dice: «El Gobierno procurará que los respectivos Curas párrocos tengan repasos de Doctrina y Moral cristiana para los niños de las Escuelas elementales, por lo menos una vez a la semana». En la Real orden de 24 de junio de 1911 se resolvió «que el Párroco, por sí o por otro Sacerdote de la parroquia en su delegación, serán los que en las Escuelas expliquen el repaso de la Doctrina y Moral Cristiana a que se refiere aquel precepto legal».

A raíz de los Reales decretos de 5 de mayo de 1913 reformando las Inspecciones y las Juntas locales y provinciales de primera enseñanza acudió el señor Nuncio de Su Santidad en España al señor Ministro de Instrucción Pública preguntando si después de los citados Reales decretos se entendía quedaban a salvo los derechos de las autoridades eclesiásticas en las escuelas, a lo cual contestó el entonces ministro señor López Muñoz que «por esa medida no se alteraban los derechos que la ley de 9 de Septiembre de 1857 y demás disposiciones concordadas conceden a las autoridades diocesanas». Con esta declaración quedó manifiesto en los arts. 22 y 23 del Real decreto de 5 de Mayo de 1913 restringieron las facultades de las Juntas locales y de los Pá-

rrocos como miembros de dichas Juntas; pero no las facultades de los Párrocos como Párrocos, que son dos conceptos muy distintos. Muchos Párrocos hay que no son miembros de ninguna Junta local, pues donde en un municipio hay varias parroquias sólo pertenece a la misma el Párroco que indique el Diocesano (1); y viceversa puede haber un Párroco que pertenezca a dos Juntas locales, cuando en una parroquia hay varios municipios, caso no raro en esta diócesis. El Párroco como miembro de la Junta local puede entender aún en escuelas no situadas en su parroquia y en asuntos que no se refieran a la Religión ni a la Moral; pero todas sus facultades como miembro de la Junta local dimanán del Estado que puede ampliarlas o restringirlas. En cambio como Párroco no se extiende su jurisdicción fuera de su parroquia ni a otras materias que a la Religión y a la Moral, pero estas facultades puede sí corroborarlas y confirmarlas el Estado con la fuerza de la ley civil, como hemos visto lo ha hecho la legislación española, pero ésta no puede anularlas, porque nacen de la misma naturaleza de la educación religiosa y de las leyes de la Iglesia. El Código de Derecho Canónico establece terminantemente: «La institución religiosa de la juventud en cualesquiera escuela está sujeta a la autoridad e inspección de la Iglesia. A los Obispos pertenece el derecho y el deber de vigilar que no se enseñe ni practique nada contrario a la fe o a las buenas costumbres en cualquiera escuela de su territorio (2). El Párroco vigile diligentemente que no se enseñe nada con-

(1) Art. 11 y 12 del Real Decreto de 5 de Mayo de 1913.

(2) Canon 1381. 1 y 2.

tra la fe y las costumbres en su parroquia, principalmente en las escuelas públicas y privadas» (1).

Hasta hoy siempre que se ha suscitado en España la cuestión sobre el derecho de los Párrocos de visitar las escuelas ha sido resuelta en sentido afirmativo. Nos mismo hemos intervenido por dos veces en cuestiones semejantes. La primera como miembro de la Junta provincial de primera enseñanza de Barcelona, la cual en su sesión de 8 de Enero de 1914, presidida por el que más tarde fué ministro de Instrucción Pública señor Andrade, declaró que después de los Reales decretos de 1913 continuaba intacto y vigente como antes el derecho de los Párrocos como tales a la visita de las escuelas. La segunda ya como Obispo de Avila, a los pocos meses de encargarnos del gobierno de esta diócesis. Ante la resistencia de un señor maestro (cuyo nombre y el de su escuela omitimos, aun cuando habiéndonos dado posteriormente en la Visita Pastoral pruebas fehacientes de su fe y de su piedad podríamos citarlo) a admitir la visita del Párroco a su escuela acudimos al señor Ministro de Instrucción Pública; y el Director general de primera enseñanza por Real orden de 29 de Octubre de 1920 dirigida al Inspector Jefe de la provincia a que pertenece dicha escuela ordenó al maestro que «se abstenga de poner inconveniente a las visitas que haga el Párroco de dicho pueblo a la referida escuela, en cumplimiento de la obligación que le impone el art. 11 de la vigente ley de Instrucción pública».

También hasta hoy reconoce la legislación escolar española la obligación de los maestros na-

(1) Canon 469,

cionales de conducir los niños a la iglesia para que se confiesen y comulguen (1).

El Reglamento de 1838 prescribe otras prácticas religiosas, como la oración al empezar la clase (2), la asistencia a la misa parroquial los domingos donde haya tal loable costumbre (3) etc., y aun cuando disposiciones posteriores han declarado que algunos de estos actos no eran obligatorios para los maestros, es muy de notar que siempre los han declarado laudables y meritorios (4).

El carácter católico de la Escuela Nacional en España acaba de ser confirmado y consagrado solemnemente con la Real orden de 4 de Octubre último, urgiendo la observancia de que en todas las escuelas nacionales se coloque siempre la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado y un retrato del Soberano reinante (5).

Mientras las escuelas nacionales de nuestra España sean presididas por el Crucifijo y el retrato

(1) Reglamento de 26 de Septiembre de 1838, art. 43; Real orden de 2 de Marzo de 1851; Ascarza *Diccionario de Legislación Escolar* tomo I, pág. 121.

(2) Art. 29.

(3) Art. 42.

(4) Véanse por ejemplo las Reales órdenes de 10 de Febrero de 1890 y de 11 de abril de 1912 sobre la asistencia del maestro con los niños a la Misa Parroquial de los domingos.

(5) Ilmo. Sr.: En virtud de algunas quejas que transmiten algunas Inspecciones de Primera Enseñanza, manifestando que en algunas escuelas nacionales no existen los símbolos de la Religión del Estado y del Poder moderador, que representa a la unidad de la Patria.

S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

1.º La observancia de lo dispuesto en el artículo cuarto del Reglamento de las escuelas de instrucción primaria elemental de 26 de Noviembre de 1838 en cumplimiento del cual, en todas las escuelas nacionales, en lugar preferente y a la

de nuestro augusto Monarca, no tememos por el porvenir de nuestra patria. En España no sabemos apreciar muchas veces los tesoros que poseemos, y tesoro inapreciable es poseer la escuela nacional confesional y católica. ¡Cuántos pueblos han perdido este tesoro! ¡Cómo lloran amargamente esta pérdida los católicos! Cuán funestas son las consecuencias de tal pérdida para todas las respectivas naciones!»

«No ha muchos años la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico decía en la *Reseña Geográfica y Estadística de España*: «El dato relativo a la religión que el individuo profesa no se pide en nuestros censos de población, desde que el de 1877 puso de manifiesto un hecho social que realmente no necesita los auxilios de la Estadística para demostrar su existencia: el hecho de que los españoles, exceptuada una insignificantisima parte (1 por 100), profesaban la religión ca-

---

vista de los alumnos, se colocará una imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado.

2.º También en sitio visible se pondrá un retrato del soberano reinante.

3.º Los Inspectores de Primera Enseñanza, al girar sus visitas a las referidas escuelas nacionales, cuidarán muy particularmente del exacto cumplimiento de lo dispuesto en esta Real orden, comunicando a la Superioridad toda infracción que encuentre en la misma; y

4.º Las inspecciones provinciales suspenderán en lo sucesivo la aprobación de los primeros presupuestos que les encomiendan el art. 32 del Real decreto de 5 de Mayo de 1913, de aquellas escuelas que no acrediten poseer una imagen del Crucificado y un retrato de S. M. el Rey.

De Real orden lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de Octubre de 1921.

SILÍO.

Señor Director General de Primera Enseñanza.

tólica, que es también la religión oficial del Estado, según la vigente constitución». En nuestra diócesis de Avila, estamos seguros de que ni al uno por ciento llega, gracias al Señor, el número de los que se declararían no católicos, que muy probablemente no alcanzaría siquiera al uno por mil de la población.

Aprovechémonos de este legado inapreciable de fe y piedad recibida de nuestros antepasados. Defendamos todos la escuela nacional católica, robustezcámosla y apoyémosla. Procuremos que no quede pueblo ni aun anejo sin escuela, lo cual por fortuna en esta provincia de Avila ya casi se ha conseguido; que se gradúen las escuelas nacionales en las poblaciones donde sea posible; que tengan locales higiénicos, limpios y alegres; que estén bien dotadas de material pedagógico; que los maestros tengan casa conveniente y dotación decorosa. Pero ante todo y sobre todo defendamos el carácter católico de la escuela nacional, que es su verdadero espíritu y el único que puede darla eficacia educadora. Cuando en 1913 se agitó la cuestión del catecismo en la escuela, un aplastante plebiscito y dentro de él más de once mil maestros de escuelas públicas representaron al Gobierno el grande daño que infería a las escuelas nacionales la supresión del carácter obligatorio de la enseñanza de la doctrina cristiana. El día (Dios no permita que esto suceda jamás), que la escuela primaria pública dejase de ser católica, dejaría también de hecho aun cuando se le conservase el nombre, de ser *nacional*. Sería condenada por la Iglesia, no merecería la confianza de los padres; y sería un taller de mutilación espiritual de la infancia».

**IV.—La educación debe ser integral y armónica y a ella deben cooperar las familias, las autoridades y todos los elementos sociales**

«El cristianismo es espiritualista, pero muy realista; y es espiritualista porque el espíritu es una gran realidad. Mas la doctrina cristiana enseña la unión substancial del alma y del cuerpo en el hombre y su mutuo influjo; y no olvida nunca estos principios en su liturgia, que siendo de la más elevada espiritualidad se reviste de una plasticidad humanísima, sensibilizando los dogmas y los misterios, utilizando los diversos elementos de la creación visible para llevarnos al conocimiento de lo suprasensible y sobrenatural y valiéndose de las artes todas para conquistar la voluntad del hombre, apetito en sí espiritual pero muy influido por los apetitos sensitivos. Así como la religión cristiana siendo la más divina puede decirse a la vez que es la más humana por ser la que más responde a nuestra naturaleza, así, no lo dudéis, la educación católica es la más integral y harmónica, porque es la que mejor aprecia en su valor todas las facultades del niño y promueve su harmónico desarrollo.

Ella no quiere formar atletas vencedores en luchas poco humanas con conciencias embrutecidas: ni sentimentales refinados de muelle carácter; ni idólatras patrioterros que sacrifiquen y atropellen los derechos de los demás hombres y de los demás pueblos. Ella busca y armoniza la higiene y robustez del cuerpo y la delicadeza de conciencia; el gusto y aprecio de lo bello y la fir-

meza del carácter; el culto a Dios y el amor hasta el sacrificio a su propia patria con el respeto y amor a los hombres todos. La educación católica se preocupa de la higiene y robustez del cuerpo del niño, procurándola con prácticas adecuadas en la escuela y en las excursiones escolares y con los principios que para toda su vida le inculca; pero se preocupa también de la gimnasia del espíritu, procurando aún más que suministrar ciertos y determinados conocimientos a los niños despertar su ingenio, y fomentar el hábito de discutir rectamente por cuenta propia; procura que el niño salga de la escuela instruido, pero aún más se preocupa de que sea bueno y un futuro ciudadano recto y probo.

La educación católica no se limita a la educación moral y religiosa, pero da a ésta su natural lugar: la considera como base y centro de toda la educación, que a toda ella irradia; y por ello no es una educación satisfactoria la que se contenta sólo con dedicar una pequeña parte del tiempo de clase a la educación moral y religiosa y prescinde luego por completo de ella en todo el restante tiempo. No: en la escuela primaria más importancia que los rudimentos de las ciencias que se suministran tiene la obra educadora que en todo momento y lugar ejerce el maestro, en las horas de clase y en las de esparcimiento, en la escuela y fuera de ella. Por esto la educación moral y religiosa la da el maestro no sólo en la lección de catecismo y de historia sagrada, sino en la solución de los pequeños casos de conciencia que sus alumnos le proponen, en las oraciones que con ellos reza, en el respeto de las personas y cosas sagradas, en los sacramentos a cuya recepción les conduce, en la armonía en-

tre la enseñanza religiosa y todas las demás lecturas, explicaciones y enseñanzas.

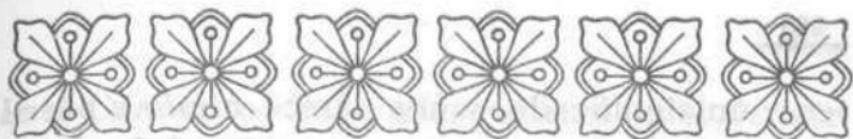
Sólo en la educación católica se da esta unidad y armonía entre todas las enseñanzas, entre la escuela y el templo, entre la escuela y la vida. Sólo con esta unidad y armonía la educación es eficaz y duradera y sólida.

Por esto la obra de la verdadera y completa educación no puede realizarla por sí sólo el maestro. En la gran labor educadora de la niñez y la juventud han de cooperar con el maestro los padres y todos los elementos sociales. Si los padres muestran poco interés en la asistencia de sus hijos a la escuela, si menoscaban ante los mismos la autoridad del maestro, si les enseñan doctrinas distintas o les dan ejemplos opuestos, la labor educadora del maestro se esteriliza frecuentemente en la atmósfera mefítica del hogar. Si las autoridades no cuidan de rodear la escuela de la veneración debida, si el local que para ella suministran sirve sólo para almacenar niños, sin aire suficiente para sus pulmones, sin luz para sus virginales pupilas, sin bella sencillez que les atraiga, la asistencia a la escuela no resultará simpática a los niños.

Todo pueblo debe tener grande interés en tener buena Iglesia y buena Escuela; más aún, en tener buen sacerdote y buen maestro».

«Creemos firmemente que los siglos venideros se asombrarán del culto fetichista que a la palabra libertad se ha tributado en los pasados lustros, y decimos a la palabra libertad, que no a la libertad razonable y justa. Muy bien que no se cohiban las iniciativas del Profesor ni en sus métodos ni en la investigación científica. Ojalá se concediera mayor libertad académica de la cátedra. Pero la libertad justa y razonable tiene

límites en todos los órdenes de la vida; de lo contrario se convierte en anarquizante licencia que vulnera los derechos de los demás y subvierte la paz social. Las Escuelas Normales y del Magisterio vienen a ser seminarios de maestros. Un Estado que en su Constitución hace profesión de católico y que en pacto solemne con la Santa Sede se ha obligado a que la enseñanza sea católica recibiendo en cambio de la Iglesia no pequeños privilegios respecto de nombramientos eclesiásticos (de los cuales hoy apenas goza ningún otro Estado en el mundo), no puede tolerar que desde cátedras oficiales en seminarios de maestros se insulte a la religión, como no puede tolerar que se insulte a la patria ni a sus instituciones fundamentales. Esperamos que no ha de quedar sin su justa sanción el caso de la Escuela Normal de Lérida; mas los católicos todos deben tener gran energía en no permitir insultos a su fe y en no tolerar avances sectarios en materia de enseñanza, que sería el mayor peligro para el más precioso tesoro que de sus grandezas conserva España: su fe católica y su noble espiritualidad».



## REPARO DECIMOCUARTO

EL NATURALISTA PESTALOZZI NO ENTIENDE  
EL LIBRO DE LA NATURALEZA

Enrique Laserre, el tan conocido cronista de Nuestra Señora de Lourdes, escribió un lindo y maravilloso estudio zoológico-social titulado *Las serpientes*.

Lo tradujo don Valentín Gómez y lo reprodujo el presbítero Sardá y Salvany en varios números de *La Revista popular*, publicación bizarra y amenísima del infatigable propagandista católico.

Del *prefacio* de tan genial y peregrino estudio tomamos las siguientes frases, esplendorosas cual ráfagas de luz clarísima:

«Es una manera por extremo ruín y baja de estudiar la ciencia, no buscar en los fenómenos de la naturaleza sino aquello que hiere los sentidos, Este prodigioso libro que se llama *Creación* debe

tener un significado, y nos parece nimio y pueril pararse en la forma sin penetrar en el fondo de esta Biblia misteriosa, de esta Biblia siempre abierta por la misma página bajo la mirada de las generaciones.

Sabemos deletrear; quizás sabemos leer; pero ¿qué vale esto si no poseemos la lengua, si no conocemos la idea?

La ciencia hasta aquí ha buscado el *cómo*; debemos pensar en descubrir el *por qué*.

San Pablo nos dice que «las cosas visibles son manifestación de las invisibles».

El *por qué* del mundo está en los pensamientos mismos que Dios ha querido expresar y realizar creando. Para Dios crear es escribir. El Universo es un libro. El hombre expresa su pensamiento por medio de palabras; Dios por medio de cosas... el cielo y la tierra son palabra de Dios; lo que importa es conocer su significación».

*Inteligencia* viene de las palabras latinas *intus legere*, leer adentro, penetrar en lo íntimo y recóndito de las cosas. Por eso afirmamos que el naturalista Pestalozzi no *entiende* el libro de la naturaleza; porque se queda y estaciona en el *exterior*, en lo de fuera, fijando únicamente su atención en lo que impresiona y hiere los *sentidos*.

¿Y al naturalista maestro de Zurich se le ha comparado con San Francisco de Asís? ¿Con qué verdad? ¿Con qué justicia?

Maravilloso, sublime sobre toda ponderación

es el *Cántico al Sol* o a las criaturas, del Serafín de Asís hasta el punto que el impío e infame Renán ha llegado a decir de él, que es «el trozo más bello de la poesía religiosa, después de los Evangelios» (1).

Confirma esta idea el más insigne de nuestros modernos polígrafos, don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando, en su discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua, no dudó en afirmar: «La inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia, que llena el canto XXVIII, y llegaba a purificar e idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente, llevada por los mendicantes franciscanos, desde el Santo Fundador. . hasta Fray Pacífico, trovador convertido, llamado en el siglo el *Rey de los versos*, y San Buenaventura, cuya teología mística, aun en los libros en prosa, en el *Brevilogium*, en el *Itinerarium mentis ad Deum*, rebosa de lumbres y matices poéticos, no indignos algunos de ellos de que Fray Luis de León los trasladase a sus odas. Y en pos de ellos a Fray Giacomino de Verona, el ingenuo cantor de los gozos de los bienaventurados, y el beato Jacopone de Todi... que fué en ese género fraileasco, beatífico y popular, singularísimo poeta, mezcla de fantasía ar-

(1) *Neuvelles Etudes de la Hist. relig.*, pág. 331.

diente, de exaltación mística, de candor pueril y de sátira acerada, que a veces trae a la memoria las recias invectivas de Pedro Cardenal.

«¿Y a quién extrañará que en frente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama el amor*, pongamos sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del Amado*? ¡Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia escribió Ozanon!»

Del párrafo antecedente del conspicuo polígrafo español—escribe el Reverendo P. Fray Andrés Ocerín-Jaúregui O. F. M. (1) — se deduce que San Francisco de Asís no sólo es poeta, sino fundador de una Escuela Poética, porque su influencia se nota en todos los grandes vates líricos posteriores.

Conocida es la frase de Menéndez y Pelayo en el citado discurso: «San Francisco fué soberano poeta en todos los actos de su vida y en aquel simpático y penetrante amor suyo a la Naturaleza».

«Si para Daudet, Foubert, Macaulay y otros vates—añade el referido P. Ocerín-Jaúregui—el poeta es un hombre que ve la naturaleza con ojos de niño, para San Francisco es un hombre que

(1) *San Francisco y la poesía*, artículo publicado en el *Siglo Futuro* el 2 de Agosto de 1926.

ve el universo con los ojos de Niño Predilecto de Dios, herido con llagas de amor. Su estro no tiene símil... Brotaron sus versos *ex abundantia, cordis*, como desbordamiento de su vida interior, henchido de insondable ternura; y la psicología y la inspiración de su poesía abraza todas las relaciones que existen entre el Criador y la criatura.

«Con frecuencia juguetea con Dios y sus obras, formando un idilio y cantando endechas al Criador...»

Y termina el mencionado artículo con estas palabras.

«Me atrevo a decir que el presbítero Verdaguer, con sus más que sublimes *Canigó*, la *Atlántida* y otras composiciones, ha sido el *Restaurador de la poesía franciscana en España*, como siglos antes fueron el beato Raimundo Lulio con su *cántico del Amigo y Amado* en la Blanquerna, Ambrosio Montesinos con su *Cancionero*, Fray Arcángel de Alarcón, Fray Diego Murillo, Fray Pedro de los Reyes, Fray Antonio Panes, Fray Paulino de la Estrella y otros mil. Y casi otro tanto podíamos decir en nuestros días de los espontáneos y límpidos versos de Gabriel y Galán y de otros vates que aparecen entonando himnos a la región, a las bellezas de la Naturaleza, a los héroes de la patria y a los santos del cielo, como acontece en Iturribarria y en los poetas vascos Arrese y Gabriel Manterola.

Tampoco faltan quienes quisieran agregar a la falange de la Escuela poética, sencilla y clara, fá-

cil y sublime, profunda y teológica de San Francisco, el señor Zorrilla y otros vates modernos en lo que tienen de candoroso, espontáneo y divino.

Sin darse cuenta influyó en su mente, en su corazón y en toda su alma, aquel simpático amor del Serafín de Asís a la Naturaleza, al prójimo y a Dios, llegando por este medio a abandonar sus ideas naturalistas y a remontarse al Criador para convertirse al Catolicismo el gran poeta danés Juan Joérgensen, hoy sublime panegirista del Poeta de Umbría, por que quien conozca a San Francisco es imposible que no sienta en su alma el entusiasmo a lo bello, a lo tierno, a lo sobrenatural y divino.

Es, pues, San Francisco de Asís, no sólo poeta, sino Fundador de una Escuela poética, lírica, sublime y superior a todo arte, que jamás desaparecerá, mientras haya sed de lo infinito y aspiraciones a la unión con el Crucificado y a algo más noble y elevado que la vida material.»

Por las ideas indicadas claramente se advierte la verdad del enunciado de este reparo decimo-cuarto y cuán injustamente se ha comparado a Pestalozzi con San Francisco de Asís; pero a mayor abundamiento, quiero añadir aquí algunos apuntes referentes a tan sugestivo asunto.

Y sea el primer testimonio el del esclarecido P. Carlos Sauvé S. S.: «Todo—dice (1)—en el Universo (lo mismo en el mundo material que en

(1) *San José.*—Elevación—XII—cap. III.

el de los espíritus) todo nos está hablando de Dios N. S., así como el retrato de una persona o el símbolo de una cosa nos están hablando siempre de ellas. Quien no está viendo siempre en la creación el símbolo, los vestigios, el recuerdo o la imagen de la Divinidad, no puede decir con verdad que conoce la naturaleza».

Y el segundo, el de nuestro dulcísimo y suavísimo Fray Juan de los Angeles en sus Diálogos del Reino de Dios, cuando exclama:

«El Eclesiástico (1-10) afirma que Dios *derramó su sabiduría por todas sus obras*. No dice que echó gotas de sabiduría, sino que la *derramó* y que están bañadas de sabiduría».

«Todas las criaturas —añade Ojea Márquez (1)— son *vestigios* vivientes del Señor, *órganos* que publican su gloria y su grandeza, *espejos* donde se refleja su esencia soberana, *incensarios* perpetuos de su inefable, de su adorable divinidad».

*Deus mirabilibus operibus loquitur*, prorrumpe San Agustín (2); las obras maravillosas son el lenguaje de Dios.

Qué cosa sea el orden físico y cómo este orden sube a Dios por medio del orden moral, tratólo con gran competencia el Reverendo Padre Minteguía en el primer capítulo de su obra *La moral independiente*. (3)

(1) *Maravillas divinas*.

(2) *Epist.* 49; q. 6.<sup>a</sup>

(3) *V. Ciencia cristiana*, t. II, pág. 323.

Sobre materia tan interesante existen dos obras muy útiles: una «El orden en el mundo físico y su causa primera según las ciencias modernas» por D. L. De Saint-Ellier, traducida por D. F. P.—Madrid-1890 ; y otra que lleva por título *Hermosura de la naturaleza y sentimiento estético de ella* por el Ilustrísimo señor don Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, con preámbulo de Menéndez Pelayo (Madrid-1908) curioso y delicado estudio de *Física estética*, pensado, sentido y escrito por un alma que— como dice el insigne polígrafo en el preámbulo — «ve en la naturaleza el reflejo de las perfecciones de la belleza increada y en todas y cada una de las criaturas unas como letras quebradas y dispersas que declaran la omnipotencia y sabiduría de su divino autor».

Cerremos estos breves apuntamientos con una página primorosamente bella, elocuente y arrebatadora, arrancada a la obra príncipe del Reverendo P. Juan M.<sup>a</sup> Solá, S. I., mi venerado y dilectísimo maestro: (1)

«Señores: hoy que se ha estudiado y estudia la naturaleza con un afán acaso nunca conocido; hoy que se la abarca en toda su grandiosa magnificencia desde los globos celestes hasta el infusorio más menudo y microscópico; hoy que se domina la tierra y se sondea el mar a palmos y

(1) *La Profecía de Daniel*.—Lecciones Lacras.—Barcelona-1919-pág, 287 y siguientes.

vamos precipitadamente a la conquista del aire; hoy que se mide la fuerza y la magnitud hasta de una molécula, de una hispa de un ión, de una onda impalpable e indivisible y estamos en la vigilia de las grandes manifestaciones en que no soñaron siquiera nuestros antepasados, es hora de entonar con más oportunidad que nunca el himno de los tres mancebos en el horno de Babilonia. No separéis jamás las tres partes de que consta:

*Dios, la Naturaleza, el hombre;* porque estudiar a la naturaleza sin Dios, el hombre sin Dios, es contemplar un enigma indescifrable, es malograr todas nuestras fatigas, es desquiciar toda la creación (1).

Al explorar los secretos de la naturaleza, reparad en estos cuatro prodigios: tanta multitud con tanta diferencia, tanta hermosura con tanta utilidad, tanto concierto con tanta contrariedad y oposición, tanta mudanza con tanta permanencia por siglos y siglos. Y de aquí subid a la primera Causa, criadora y moderadora de porten-

---

(1) Concuerda con este pensamiento del gran Aparisi y Guijarro:

«Como el cielo se levanta sobre la tierra, así es mayor que el cuerpo que siente el espíritu que piensa. Quitad del mundo al hombre. ¿Quién sabe en él de Dios? Esas flores se entrea-bren y esos astros resplandecen; mas ignoran para quién dan su luz o exhalan su perfume. Son los mudos e insensibles adornos de un templo magnífico. ¿qué es del templo, si falta el sacerdote?».

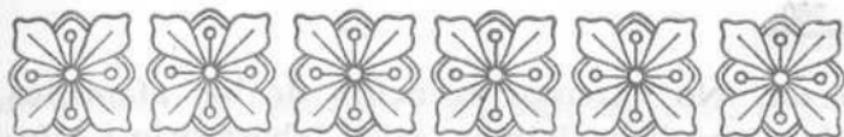
tosa máquina, y admirad su sabiduría en la traza, su omnipotencia en la ejecución, su providencia en el gobierno, su hermosura en la perfección, su inmunidad en la asistencia, su bondad en la comunicación; y sobre todo, aquél ocultarse tan humildemente este gran Dios, que es conocido y no visto, escondido y manifiesto, está tan lejos y tan cerca de nosotros, que *in ipso vivimus et movemur et sumus*: en El vivimos, nos movemos y existimos. ¿Qué es el mundo? *Espejo* grande de Dios, en que reverberan sus perfecciones infinitas; pues contempladlas y recrearos en esta contemplación. ¿Qué es el mundo? *Un libro* con tanta diversidad de tipos y caracteres estampado, con iluminaciones espléndidas, ilustraciones sorprendentes enriquecido, cuya lectura pasma, entretiene y diviniza; leedlo pues y seréis verdaderamente sabios. ¿Qué es el mundo? *Un convite*, en frase de Filón hebreo, de tantos manjares como criaturas hay, en que se da la misma divinidad, por sus atributos en ellas escondidos; pues sentaos a esta mesa y sustentad vuestro espíritu con el néctar de los dioses. ¿Qué es el mundo? *Una cítara* acordada de tantas cuerdas como seres hay, para que su artista tañedor, el hombre, tocándolas divinamente, ensalce a su criador y señor; tañed, pues, y no discordéis en esa melodía universal con el estridente sonido de la culpa. ¿Qué es el mundo? *Un templo*, atrio de otro templo muy más ámplio, hermoso y duradero, donde quiere ser adorado por el hombre

con el incienso de la oración y con el saerificio de un corazón contrito y humillado: no lo profanéis, ¿Qué es finalmente el mundo? *Una escala* misteriosa, de tantas gradas o peldaños como objetos se ven, dada por Dios al hombre, para que suba por ella al conocimiento y amor de su eterno Hacedor: subid, pues, subid incesantemente, hasta que lleguéis al último peldaño de una muerte santa, que os franqueará la entrada en los palacios de la gloria.

*Benedicite, omnia opera Domini Domino:* diré en vuestro nombre y mío a todas las criaturas: *laudate et superexaltate eum in sæcula.*

Y vosotros, Hermanos de Cristo: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in sæculum misericordia ejus.*»





## REPARO DECIMOQUINTO

PESTALOZZI Y LAS GRANDES FIGURAS PEDAGÓGICAS DEL CATOLICISMO

Siendo la Iglesia Católica, por constitución y esencia, perenne y autorizado Magisterio, claro es, que, a lo menos sus Doctores esclarecidos, los *soles* rutilantes de su cielo, merecen en justicia, el calificativo de *pedagogos* de las generaciones todas que integran la vida de los siglos. Solamente el desarrollo de este pensamiento suministraría materia más que suficiente para escribir sendos volúmenes. Y otros no menos locupletísimos y documentados podrían componerse estudiando el celo vigilante de los Papas, quienes, siguiendo divino mandato, confirmaron a sus hermanos en la cristiana fe, disipando en todo tiempo con el resplandor de su alta sabiduría las apretadas tinieblas de la herejía y del

error. No haremos mención de los afamados claustros benedictinos, asilo, laboratorio y refugio de la cristiana ciencia ni pensamos detenernos en visitar las vastísimas bibliotecas confiadas a la monástica ilustración; dejaremos a un lado la pléyade ilustre de escritores eclesiásticos, asombro del mundo que se deleitó con los frutos variadísimos de su peregrino ingenio y omitiremos el recuento de múltiples Universidades y otros centros de enseñanza nacidos y conservados al soplo vital del magisterio eclesiástico. La alusión a las Escuelas Pías y a las piísimas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas—que inspiró tan baja y ruin caricatura a EL LIBERAL, con motivo del centenario de Pestalozzi—nos obliga a concretar nuestro pensamiento a San José de Calasanz y San Juan Bautista de la Salle.

### I.— SAN JOSE DE CALASANZ

Tengo ante la vista el admirable y breve *Commentarium de Sancto Josepho Calasanctio atque de Scholis piis ab eo conditis* (1); y con los capítulos que lo integran puede muy bien formularse la más acabada defensa de la enseñanza que dan los preclaros hijos del insigne pedagogo aragonés.

Con el título *San José de Calasanz y Pestalozzi*, publicaba EL NOTICIERO de Zaragoza (2)

(1) Roma. Tipografía Vaticana 1906.

(2) Número correspondiente al 11 de marzo.

un artículo de fondo, del que transcribimos el siguiente párrafo:

«Sería muy injusto no insistir en divulgar lo que muchos todavía ignoran: que un compatriota nuestro, San José de Calasanz, dos siglos antes que Pestalozzi, le dejó muy atrás en su amor a los niños pobres, llevó a la práctica la graduación de clases según los alcances de los niños y recomendó y practicó los procedimientos prácticos e intuitivos.

No tenemos, pues, que ir a buscar a Iverdon ni a Turín al «fundador de la escuela moderna». Lo tenemos muy dentro de nuestra casa.

En 1597 abrió Calasanz escuelas verdaderamente populares; en ellas se enseñaba «gratis» la lectura y no por el procedimiento del deletreo; la escritura «a la manera española», la Aritmética, la Geometría, la Contabilidad; la Filosofía, la Teología, el Dibujo y la Música, cosa muy inusitada en aquellos tiempos.

Los colegios de Calasanz fueron desde su fundación verdaderos grupos escolares, donde no podían pasar los alumnos de una clase a la inmediata superior sin riguroso examen; y en ellos se practicaba el método eurístico, llevando a los niños al conocimiento de lo abstracto, partiendo de lo concreto; de lo tangible, de lo «intuitivo».

Por la infancia desvalida fundó y dirigió Pestalozzi algunos asilos y escuelas; pero no llegó como Calasanz a la renunciación completa de un

porvenir brillante para mejor entregarse a los niños.

En cierta ocasión se extrañaba un personaje que hiciese ciertos oficios humildes en favor de los niños, y Calasanz le contestó que tenía en ello gran placer porque servía a los ángeles de los niños.

Al ver cómo se anañaba con los niños y hacía por ellos las faenas del último criado, ¿quién hubiera reconocido allí al descendiente del príncipe Fortuñón, azote de la morisma, al laureado en Lérida, Valencia y Alcalá, al elegido por prelados y reyes como Felipe II, para encargarle árduas comisiones de reformas, y asuntos espinosísimos?

Este mismo amor al niño recomendaba a sus maestros: «Traten con benignidad a todos sus discípulos para que vean que se les ama de corazón y que se desea ardientemente su aprovechamiento».

«Enseñaba a los niños pobres con tanta caridad y afecto, dice un testigo, que era cosa que enternecía; era superior a todo encarecimiento; no podía decirse cosa mayor».

Las escuelas fundadas por Pestalozzi hubieron de cerrarse, porque carecían de talento organizador.

Las de Calasanz se extendieron rápidamente por Europa y después de tres siglos su obra sigue cada vez más floreciente, pasando de 150.000 los

niños que se educan conforme a las normas pedagógicas calasancianas.

Sólo al afán de elogiar todo lo extranjero olvidando las glorias patrias podemos atribuir el silencio que con ocasión del centenario de Pestalozzi se ha hecho alrededor del gran pedagogo aragonés».

Pero el más cumplido elogio del gran maestro San José de Calasanz lo ha tejido la Santidad de Benedicto XV. Con motivo del tercer centenario de las Escuelas Pías, dirigía al Revdmo. P. General Tomás Viñas, la siguiente hermosísima pedagógica carta, que íntegra reproducimos a continuación. Dice así:

«Amado Hijo. Salud y la bendición apostólica. Muchísimas, ciertamente, son las armas que se esgrimen en la encarnizada y perdurable guerra que a la Iglesia se hace, tales como las leyes, las instituciones, los escritos; pero bien puede asegurarse que ninguna iguala en eficacia para hacer daño, a esa educación de la niñez y juventud, que llaman *laica*. Pues aunque por fingido amparo a la libertad se empeñan en que la educación debiera ser desvinculada de la religión, en realidad, como la quieren, es impía o contraria a la religión. Ahora bien; si la tierna e imprevisora edad de la niñez, que con tanta facilidad es modelada a la voz de los maestros, no sólo se entera de que éstos no reverencian a Dios, sino se acostumbra a no hacer caso y hasta despreciar cuanto a Dios hace referencia, ¿qué es lo que podrá contenerla en la obligación, cuando el fuego de la concupiscencia la arrastre a la corriente de los vicios?

¿Qué tendrá para ella, quitado de en medio el fundamento del deber, valor, para ostentar un nombre vano de virtud? Así es como la experiencia nos demuestra que, desde que tal sistema de educación se puso en juego, las costumbres de los pueblos se han empeorado, siendo los cambios muy notables en los menores de edad, cuya rebeldía ha sustituido al respeto a los padres, y para los cuales cada día se abren nuevas casas de corrección, las cárceles son testigos de su maldad, que supera a la de los mayores, y a menudo el suicidio pone fin a una vida que todavía no probaron.

Todo ello es obra maléfica de los malvados: pero ¡cuánto mayores males tendríamos que deplorar, si no fuera por varones santísimos que, excitados por un don de Dios, después de haber laborado por la buena educación de la juventud, perpetuaron en la misma obra por medio de sus herederos en el Instituto que formaron! En el número de éstos ocupa lugar de preferencia aquel José de Calasanz, cuya memoria es justo que celebremos con toda solemnidad dentro de poco, en que se cumplirá el tercer centenario de las Escuelas Pías por él fundadas. Porque entre todos aquellos a quienes el vulgo tiene en grande estima por haber promovido la educación popular, ¿hay quien pueda compararse con este varón, que en la misma obra precisamente a que se consagró él, y como él sus hijos, tanto sufrió que vino a ser la segunda edición de Job? El fué el primero que abrió a la caridad cristiana un nuevo camino, tomando a su cargo la educación gratuita de los pobrecitos, para que no carecieran de instrucción, en un tiempo en que los primeros elementos sólo se cambiaban por dinero. Que si luego hizo que sus escuelas estuvieran también abiertas